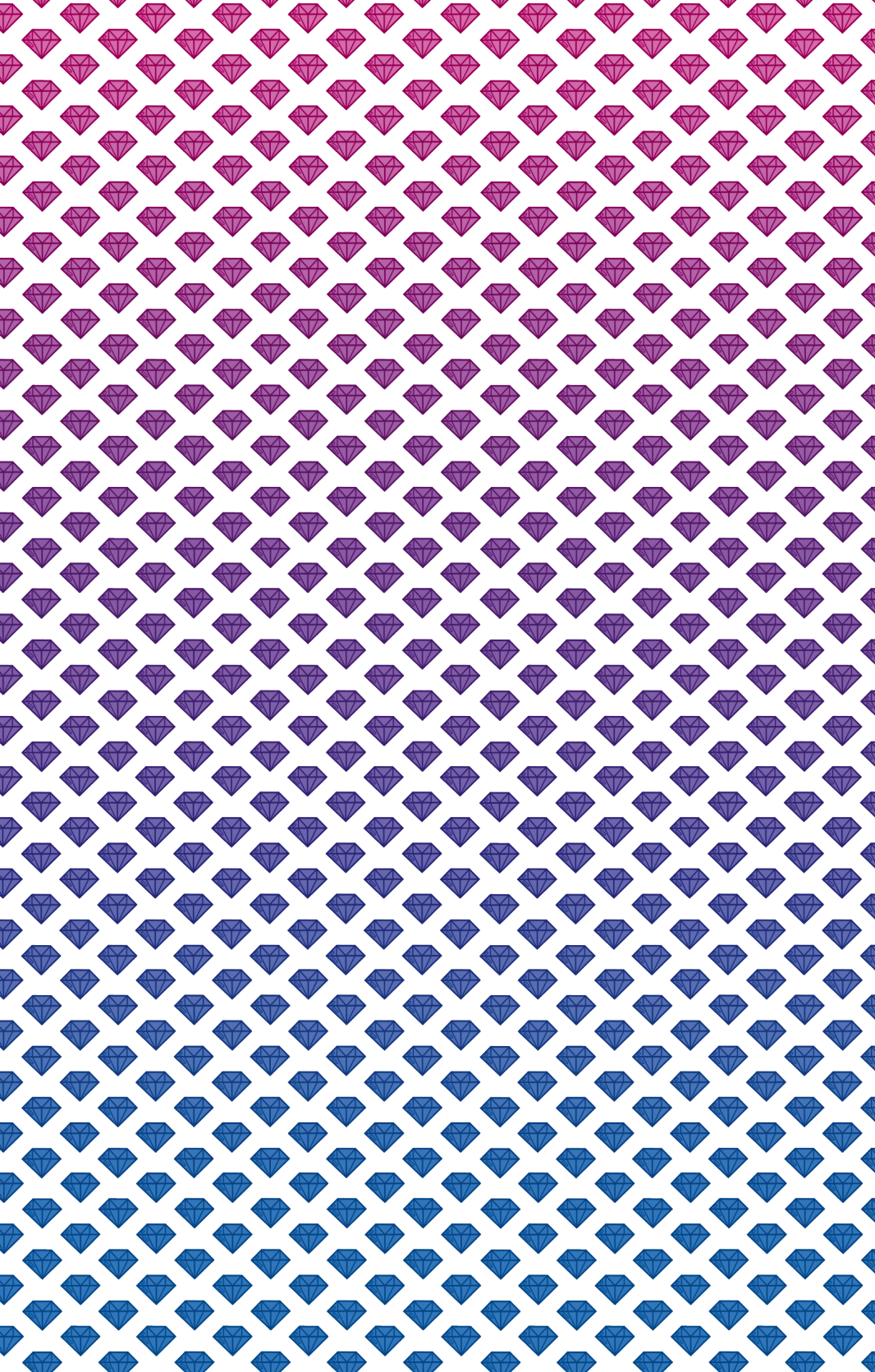
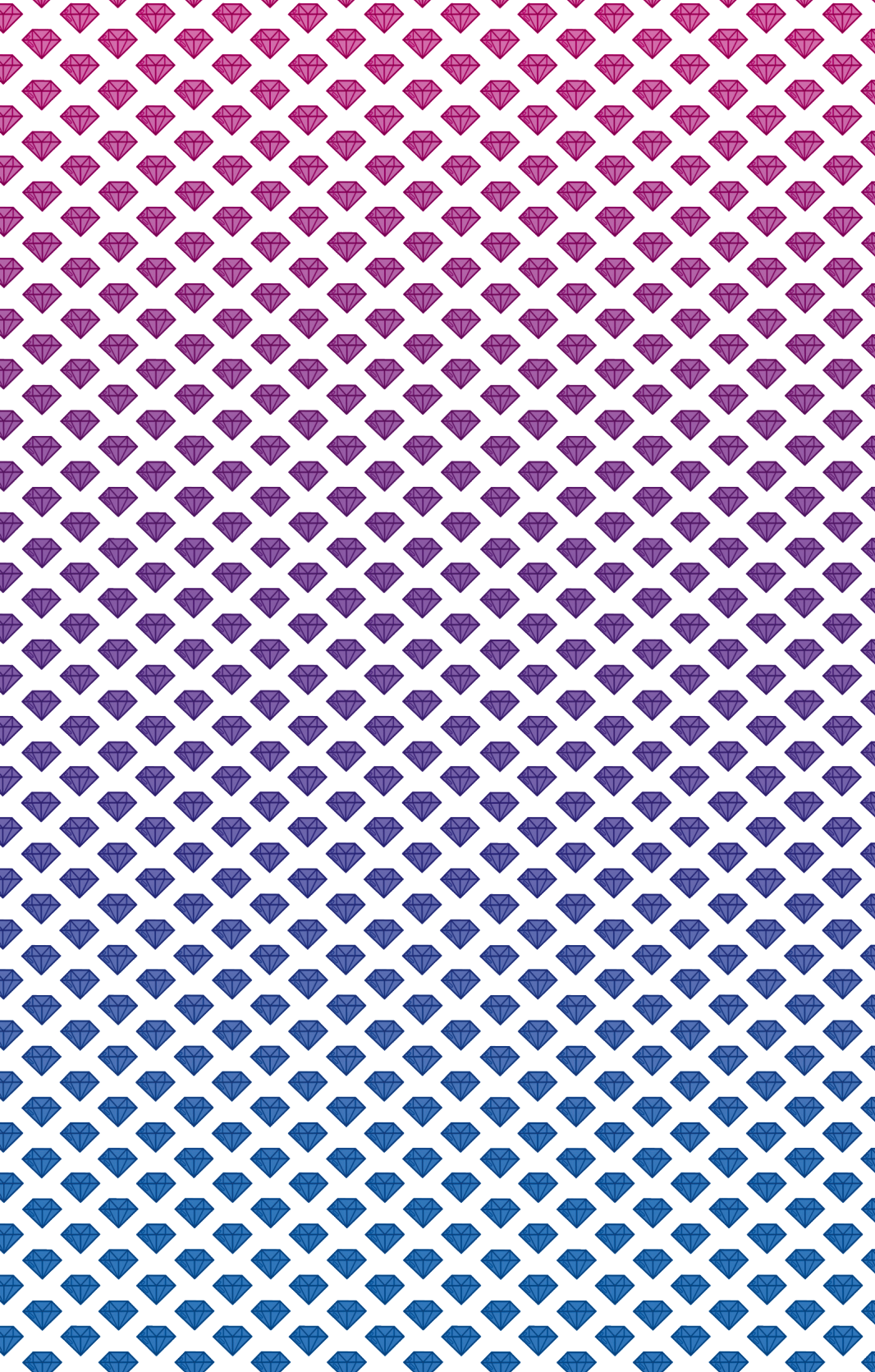
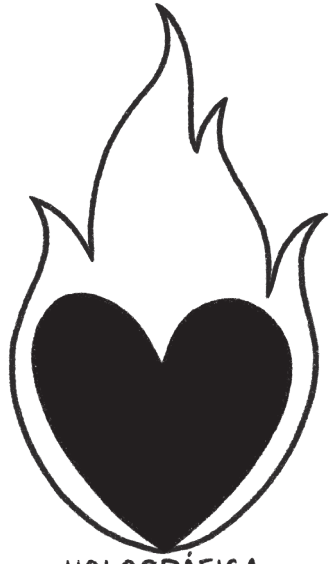





HOLOGRÁFICA

Holográfica es una estructura pequeña y precaria para la publicación de literatura disidente/cuir/transmaribibollo. Apostamos por prácticas editoriales anticapitalistas: funcionamos sin ánimo de lucro y liberamos nuestros libros. Puedes descargarlos gratis en holograficaeditorial.com. Tienes permiso para hacer lo que quieras con los textos, siempre que no los modifiques ni los vendas y los atribuyas correctamente a su autore.

A todas las personas que han apoyado el proyecto.
A les autorxs, por su trabajo y por su disposición. Por seguir tejiendo alianzas juntes.
A Arca, por darme apoyo siempre.
A mis ~~amigues~~ amores.

Teo

Primera edición: septiembre de 2025

Coordinado por Teodore de las Guzmanas

Prólogo ilustrado de Maria Queraltó

Textos de Teodore de las Guzmanas, la Bay Area Bisexual Network, Narella Catania, Elena Bassin, Merchi Cortés, Rocío Esperilla, Cristina Arrojo, Marilyn dos Santos, Patrick Duarte, Alba M. Gálvez, Eme F. Velasco, Junio Gómez, Alex Robles, Noemí López Trujillo, Aida Sunyol, Artemisa Martínez, María de Elena Amor, Rocío P. Domenech, Zoe Garcia, Carmen Rojas, Sara Torres y Elisa Coll

Traducción del capítulo 1 por Arca Puerto

Edición, diseño y maquetación: Holográfica Editorial
www.holograficaeditorial.com
@holografica.editorial

ISBN: 978-84-127534-7-9
Depósito legal: M-16256-2025



Esta obra está protegida por una licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). El texto de la licencia puede consultarse en https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_ES

MANIFIESTO BI

UNA AMPLIACIÓN NECESARIA



ÍNDICE

Oniriometría
Maria Queraltó ____ 18

Prólogo
Bisexualicémoslo todo
Teodore de las Guzmanas ____ 21

1. Manifiesto bisexual
Bay Area Bisexual Network
Traducción de Arca Puerto ____ 29

2. Bisexualidad: origen y desarrollo del término
Narella Catania ____ 43

3. *Passing* sin pertenencia
Ser bisexual, birracial y *banat*
Elena Bassin ____ 65

4. Silencio, vergüenza y ansiedad
Narrarnos como bisexuales
Merchi Cortés ____ 85

5. Una historia de borrado e invisibilización
¿Dónde estábamos les bisexuales cuando nadie nos nombraba?
Rocío Esperilla ____ 111

6. Álbum de recuerdos de las vacaciones de verano de 2022
Cristina Arrojo ____ 133

7. Cuando lo difícil es quedarse
Habitar la bisexualidad en un mundo de etiquetas monosexistas
Marilyn dos Santos ____ 155

8. Transitar el género, reconstruir el deseo
Patrick Duarte ____ 175

9. Un cuaderno de viaje *ene-bi*
Encuentros bisexuales y nobinarios
Alba M. Gálvez, Eme F. Velasco
y Junio Gómez ____ 195

10. El caballo de Troya de la masculinidad
Cómo ser un hombre bi
Alex Robles ____ 223

11. Una madre monstruosa
Noemí López Trujillo ____ 245

12. No cabemos en los márgenes del deseo
Bisexualidad y gordura
Aida Sunyol ____ 263

13. Bi-crip
¿Existen las personas con discapacidad bisexuales?
Artemisa Martínez ____ 283

14. Truenos compartidos, espacios liminales y algunos cangrejos
Bisexualidad y no monogamias
María de Elena Amor ____ 299

15. Devenir inconmensurable
Alianzas entre lo bi y lo asex
Rocío P. Domenech ____ 317

16. Habitar la grieta
Neurodivergencia bi
Zoe Garcia ____ 337

17. Alianzadas
Carmen Rojas y Sara Torres ____ 357

Epílogo
Utopía bi
Elisa Coll ____ 377

Referencias bibliográficas 391

2. Bisexualidad: origen y desarrollo del término
Narella Catania 391

9. Un cuaderno de viaje *ene-bi:*
Encuentros bisexuales y nobinarios
Alba Gálvez, Eme F. Velasco y
Junio Gómez 392

12. No cabemos en los márgenes del deseo:
Bisexualidad y gordura
Aida Sunyol 393

13. Bi-crip:
¿Existen las personas con discapacidad
bisexuales?
Artemisa Martínez 396

14. Truenos compartidos, espacios liminales
y algunos cangrejos:
Bisexualidad y no monogamias
María de Elena Amor 398

16. Habitar la grieta:
Neurodivergencia bi
Zoe Garcia 399

Maria Queraltó (1986, Barcelona) es ilustradora y diseñadora gráfica. Ha publicado sus ilustraciones en revistas como *LaDirecta*, *Núbol*, *LaMadeja*... *Contigo y sin ti* fue su primer fanzine y posteriormente publicó con editorial Melusina *Me cuesta bivir*, su primera novela gráfica, en la que retrata el difícil proceso de reconocerse como bisexual desde su historia personal.

MARIA QUERALTÓ

ONIRIOMETRÍA

Maria Queraltó



PRÓLOGO
Bisexualicémoslo todo
Teodore de las Guzmanas

La idea de publicar un monográfico sobre bisexualidad me surgió allá por 2023, cuando hicimos la fiesta de presentación de Holográfica. Para aquel evento, preparamos unas pegatinas de nuestro logo con diferentes banderas del colectivo. Nos sentíamos interpelades por varias y fue una elección difícil, pero al final escogimos tres: la trans, la enebé y la bi, por ser las que nos parecía que nos aunaban a todes les componentes que conformábamos nuestra pequeña editorial en aquel momento. Al iniciar la fiesta nos lo tomamos como un pequeño experimento sociológico, ¿qué modelo se acabaría antes? Para nuestra sorpresa, la bi fue, sin lugar a dudas, la que desapareció más rápido.

Yo, confieso, nunca me había sentido demasiado cómode con la etiqueta "bisexual", aunque mis prácticas, mis afectos y mi deseo siempre lo habían sido. Tenía prejuicios respecto al término: "Bi significa dos", "No siento atracciones simétricas hacia los distintos géneros" y toda esa retahíla de simplezas que están tan extendidas sobre la bisexualidad y que tan —demasiado— bien conocemos. A pesar de esto, sí que la utilizaba de forma meramente funcional. Es decir, para explicar mi realidad a personas ajenas al colectivo. Pero, aquel día, el hecho de ver cómo tanta gen-

te se ubicaba orgullosamente en esa etiqueta me dio que pensar. Reflexionando sobre ello, me di cuenta, además, de que casi todas las personas que había ido incorporando en mi vida en los últimos años eran bisexuales. Pensé que si a tanta gente le hacía sentir bien esa etiqueta, tenía que ser por algo. Había visto muchas veces referencias al *Manifiesto bisexual* —sobre todo en torno a los términos bi y pan— y decidí, entonces, leerlo. Para mi sorpresa, no era un libro. Ni siquiera era un artículo. Era un escueto panfleto. Y en ese momento tuve LA IDEA. ¿Por qué no ampliarlo? ¿Por qué no entrelazarlo con las experiencias de personas que vivenciaban la bisexualidad atravesada por otra u otras disidencias? ¿Por qué no, en definitiva, producir un texto complejo en el que la bisexualidad se viera reflejada con todos sus matices? Un texto al que poder acudir y del que poder servirnos cuando alguien dijera cualquier barrabasada sobre la bisexualidad. Yo andaba buscando, además, un proyecto ambicioso que permitiera a Holográfica darse a conocer y pensé que esta era la oportunidad perfecta. ¿Había yo coordinado la publicación de un monográfico antes? Claro que no. ¿Decidí embarcarme en la aventura de coordinar a dieciséis —que al final fueron veintiún— autorxs? Por supuesto. ¿Existe una cosa más bisexual que sentirse capaz de todo sin tener la menor idea? No lo creo.

Empecé a investigar. Tenía claro que quería que fuera un monográfico y tenía como referencia a los

volúmenes de *(h)amor* de Continta me tienes. Sin embargo, quería hacerlo ligeramente diferente. Quería construir yo el índice y buscar personas específicas para cada capítulo para evitar, de esta manera, que se quedara algún tema en el tintero. Cuando empecé a buscar publicaciones sobre bisexualidad me di cuenta que sólo había unas pocas[1], lo cual me animó todavía más a esforzarme en el proyecto.

Desde entonces, se han publicado en España —y los ordeno según fecha de publicación— *(h)amor*[10] *bi(y)bollo* de la colección de *(h)amores* de Continta me tienes, *Confundidas, indecisas, promiscuas: Bisexualidad, identidad y deseo en un mundo monosexista* de Daniel Valero (*aka* Tigrillo) y *Manifiesto para un apocalipsis bi*, sueños y herramientas para otros mundos* de Sayre Domínguez. Me invade una profunda alegría por que esto haya pasado. Que les bisexuales empecemos a hablar de nosotres, construyamos nuestro propio discurso y ocupemos el lugar que merecemos. Me siento profundamente afortunade de haber podido llevar a cabo este proyecto, gracias al apoyo de todes vosotres, y poder aportar mi granito de arena para

[1] Las que yo consulté en aquel momento fueron: *Resistencia bisexual. Mapas para una disidencia habitable* de Elisa Coll, *Bifobia. Etnografía de la bisexualidad en el activismo LGTB* de Nacho Elpidio, *Biciosas o la necesidad de queerezar lo queer* de Ana Amigo Ventureira, *Más que visibles. Antología de la bisexualidad y otras plurisexualidades* coordinado por Carlos Castaño Rodríguez e Ignacio Elpidio Domínguez Ruiz y *Bi: Apuntes para una revolución bisexual* de Shiri Eisner.

la producción colectiva de conocimiento sobre la bisexualidad.

La bisexualidad, ya no como categoría, sino como forma de habitar el mundo, es una grieta en la que podemos caber todes. Es romper con la binariedad del cistema. Es construir como opción viable quererlo todo. Me gustaría ser contundente en esto: la bisexualidad no debería de leerse únicamente desde el prisma de la orientación sexual. Este es el principal motivo que me ha llevado a plantear esta publicación como un proyecto colaborativo. Para poder, así, construir una geografía compleja de la bisexualidad, buscando sus puntos de encuentro y paralelismos con otros sujetos disidentes, a través de voces plurales, diversas e irreverentes.

Esta publicación es una ofrenda a aquelles bisexuales que llevan luchando por nuestra etiqueta desde mucho antes de que a nadie le pareciera interesante hablar de ella. A los colectivos que, desde la tierra y desde la carne, han reivindicado nuestro espacio. Gracias. A todas aquellas personas que encuentran refugio en la etiqueta bisexual y sus narrativas, que han hecho hogar en este término y que han podido construirse, orgulloses, a partir de él.

Este libro, también, es un puente para aquelles que, como yo, no se ubicaban en la bisexualidad pero se servían de ella. Para que amplíen sus horizontes y quizá empiecen a utilizarla para generar lazos y encontrar

comunidad. La bisexualidad, como cualquier otra categoría, es un artefacto político que nos ayuda a dar sentido a nuestras existencias. Es un hechizo. No olvidemos la capacidad fantasiosa que reside en ellas, y utilicémoslas para transformar nuestra realidad en un lugar más habitable.

Por último, pero no menos importante, este manifiesto es un abrazo fuerte a todas las personas que no se definen como bisexuales porque no se sienten legítimas para hacerlo. Para las que lo han pensado, pero no lo han probado. Para las que se lo tomaron como un juego. Para las que fue una fase de aprendizaje. Para las que desearían serlo. Sois bienvenides siempre que queráis. Podéis ir, venir, cuestionaros y decidir otra cosa. Y si en esa oscilación, resulta que encontráis un hogar en la bisexualidad, nuestros brazos siempre estarán abiertos para vosotres.

MANIFIESTO BISEXUAL

Bay Area Bisexual Network

Traducción de Arca Puerto

(Nota de la traductora: El escrito que sigue, ampliamente difundido con el apodo *The Bisexual Manifesto*, abría casi todos los números de la revista *Anything That Moves*, editada en Estados Unidos desde 1991 hasta 2001 por la Bay Area Bisexual Network —actualmente Bay Area Bi & Pan Network o BABPN—. Existen diferentes variantes del texto. Para esta traducción, que se publica con permiso de integrantes de la BABPN, me he basado principalmente en la versión que apareció por primera vez en el número 2 de la revista[1], el de la primavera de 1991. Ese mismo año, unos meses después, nacería yo cerca de otra bahía, más de cien grados de longitud al este de San Francisco).

[1] Los veintidós volúmenes (más uno especial) están disponibles en la web anythingthatmovesarchive.carrd.co, gracias a la labor de un equipo de jóvenes *archibistas*: Jes, Kravitz, Jo(hanna) y Brodie.

ANYTHING THAT MOVES:
Beyond the Myths of Bisexuality

move (moov): 1. to advance, progress, or make progress. 2. to change place or position. 3. to take action. 4. to prompt, actuate or impel into action. 5. action toward an end; a step. 6. to set in motion; *STIR OR SHAKE*.

---

about our name . . .

Our choice to use this title for the magazine has been nothing less than controversial. That we would choose to redefine the stereotype that "bisexuals will fuck anything that moves," to suit our own purposes has created myriad reactions. Those critical of the title feel we are purporting the stereotype and damaging our image. Those in favor of its use see it as a movement away from the stereotype, toward bisexual empowerment.

We deliberately chose the radical approach. We are creating dialogue through controversy. We are challenging people to face their own external and internal biphobia. We are demanding attention, and are re-defining "anything that moves" *on our own terms*.

TODO LO QUE SE MUEVE:
Más allá de los mitos de la bisexualidad

***move*: 1. avanzar, progresar, seguir adelante. 2. cambiar de lugar o posición. 3. pasar a la acción. 4. estimular, instigar o impulsar la acción. 5. acción para lograr un fin; un paso. 6. poner en movimiento; REVOLVER O AGITAR.**

---

acerca del nombre . . .

Ha habido —por decirlo suavemente— cierta controversia con el título que hemos elegido para la revista. Hemos elegido redefinir el estereotipo de que "los bisexuales se follan todo lo que se mueve" para adaptarlo a nuestros propios fines, y ello nos ha valido una miríada de reacciones. Quienes critican el título sienten que estamos extendiendo el estereotipo y dañando nuestra imagen. Quienes están a favor de usarlo ven en él un distanciamiento del estereotipo, hacia el empoderamiento bisexual.

Hemos elegido deliberadamente el planteamiento radical. Estamos creando diálogo mediante la controversia. Estamos retando a las personas a afrontar su propia bifobia, externa e interna. Estamos exigiendo atención y redefiniendo "todo lo que se mueve" en nuestros propios términos.



1. Manifiesto bisexual

READ OUR LIPS; WE WILL WRITE OR PRINT OR SAY ***ANYTHING THAT MOVES*** US BEYOND THE LIMITING STEREOTYPES THAT ARE DISPLACED ON TO US.

This magazine was created by bisexuals and their friends. All proceeds are invested into its production and the bisexual community. It is published by the Bay Area Bisexual Network and reflects the integrity and inclusive nature of the BABN Statement of Purpose. ***ATM*** was created out of pride; out of necessity; out of anger. We are tired of being analyzed, defined and represented by people other than ourselves—or worse yet, not considered at all. We are frustrated by the imposed isolation and invisibility that comes from being told or expected to choose either a homosexual or heterosexual identity. Monosexuality is a heterosexist dictate used to oppress homosexuals and to negate the validity of bisexuality.

Bisexuality is a whole, fluid identity. Do not assume that bisexuality is binary or dougamous in nature; that we must have "two" sides or that we MUST be involved simultaneously with both genders to be fulfilled human beings. In fact, don't assume that there are only two genders. Do not mistake our fluidity for confusion, irresponsibility, or an inability to commit. Do not equate promiscuity, infidelity, or unsafe sexual behavior with bisexuality. Those are human traits that cross ALL sexual orientations. Nothing should be as-

LÉENOS LOS LABIOS; ESCRIBIREMOS O IMPRIMIREMOS O DIREMOS **TODO LO QUE NOS MUEVE** MÁS ALLÁ DEL LASTRE DE LOS ESTEREOTIPOS QUE NOS COLOCAN ENCIMA.

Esta revista fue creada por bisexuales y sus amigues. Todas las ganancias se invierten en su producción y en la comunidad bisexual. Como publicación de la Bay Area Bisexual Network, refleja la integridad y naturaleza inclusiva de la Declaración de Intenciones de la BABN. La creación de ***ATM*** nace del orgullo; de la necesidad; de la rabia. Estamos hartes de ser analizades, definides y representades por personas otras que nosotres mismes; estamos aun más hartes de que ni siquiera se nos considere. Estamos frustrades porque nos abocan al aislamiento y a la invisibilidad cuando nos dicen —o cuando esperan de nosotres— que elijamos una identidad homosexual o heterosexual. La monosexualidad es un mandato heterosexista que se usa para oprimir a les homosexuales y para negar la validez de la bisexualidad.

La bisexualidad es una identidad completa y fluida. No asumas que la bisexualidad es, por naturaleza, binaria o duógama; que tenemos necesariamente "dos" lados o que tenemos NECESARIAMENTE que relacionarnos de manera simultánea con ambos géneros para realizarnos como seres humanos. De hecho, no asumas que solo hay dos géneros. No malinterpretes nuestra fluidez como confusión, irresponsabilidad o incapacidad para comprometernos. No equipares promiscuidad, infidelidad o comportamiento sexual de riesgo con bisexualidad. Estas son cualidades humanas que se dan en TODAS las orientaciones sexuales. No hay que asumir nada sobre la sexualidad

sumed about anyone's sexuality—including your own.

We are angered by those who refuse to accept our existence; our issues; our contributions; our alliances; our voice. It is time for the bisexual voice to be heard. Do not expect each magazine to be representative of all bisexuals, for our diversity is too vast. Do not expect a clear-cut definition of bisexuality to jump out from the pages. We bisexuals tend to define bisexuality in ways that are unique to our own individuality. There are as many definitions of bisexuality as there are bisexuals. Many of us choose not to label ourselves anything at all, and find the word 'bisexual' to be inadequate and too limiting. Do not assume that the opinions expressed are shared by all bisexuals, by those actively involved in the Bisexual Movement, by the ***ATM*** staff, or the BABN Board of Directors.

What you can expect is a magazine that, through its inclusive and diverse nature, creates movement away from external and internal limitations.

This magazine is about ***ANYTHING THAT MOVES***: that moves us to think; that moves us to fuck (or not); that moves us to feel; that moves us to believe in ourselves—***To Do It For Ourselves!***

de nadie —ni siquiera sobre la tuya propia—.

Nos llenan de rabia quienes se niegan a aceptar nuestra existencia; nuestros temas; nuestras contribuciones; nuestras alianzas; nuestras voces. Es hora de que se oiga la voz bisexual. No esperes que cada revista represente a todes les bisexuales, porque nuestra diversidad es demasiado vasta. No esperes que salte de entre las páginas una definición inequívoca de bisexualidad. Nosotres les bisexuales tendemos a definir la bisexualidad de formas que son únicas de cada una de nuestras individualidades. Hay tantas definiciones de bisexualidad como bisexuales. Muches de nosotres elegimos no etiquetarnos de ninguna manera, y la palabra "bisexual" nos parece inadecuada y demasiado limitante. No asumas que las opiniones expresadas son suscritas por todes les bisexuales, por todes les que participan activamente en el Movimiento Bisexual, por el equipo de ***ATM*** o por la Junta Directiva de la BABN.

Lo que puedes esperar es una revista que, a través de su naturaleza inclusiva y diversa, genere un movimiento que se aleje de limitaciones externas e internas.

Esta revista trata sobre **TODO LO QUE NOS MUEVE**: lo que nos mueve a pensar; lo que nos mueve a follar (o no); lo que nos mueve a sentir; lo que nos mueve a creer en nosotres: **¡a hacerlo por nosotres!**

about BABN . . .

The Bay Area Bisexual Network is an alliance of bisexual and bi-supportive groups, individuals, and resources in the San Francisco Bay Area. BABN is coalescing the bisexual community and creating a movement for acceptance and support of human diversity by coordinating forums, social events, opportunities, and resources. We support relationships among people regardless of gender, which can include relating intellectually, emotionally, spiritually, sensually, and sexually. We support celibacy, monogamy, and non-monogamy as equally valid life choices. We support open expression of affection and touch among people without such expression necessarily having sexual implications. The BABN is by nature educational in that we are supporting the rights of all women and men to develop as whole beings without oppression because of age, race, religion, color, class, or different abilities, nor because of sexual preference, gender, gender preference and/or responsible consensual sexual behavior preferences. We also support acceptance in areas of employment, housing, healthcare, and education. This includes access to complete sexual information, free expression of responsible consensual sexual activity, and other individual freedoms. Membership is open to all bi-positive people whether or not they consider themselves bisexual.

sobre BABN . . .

La Bay Area Bisexual Network es una alianza de grupos, recursos y personas bisexuales y que apoyan la bisexualidad en el Área de la Bahía de San Francisco. La BABN está aglutinando la comunidad bisexual y creando un movimiento por la aceptación y el apoyo de la diversidad humana mediante la coordinación de foros, eventos sociales, oportunidades y recursos. Estamos a favor de las relaciones entre personas sin que importe el género, incluyendo relaciones intelectuales, emocionales, espirituales, sensuales y sexuales. Estamos a favor del celibato, la monogamia y la no monogamia como elecciones vitales igual de válidas. Estamos a favor de que la expresión de afecto y el contacto físico sucedan de manera abierta entre las personas, sin que ello implique necesariamente connotaciones sexuales. La BABN tiene una naturaleza pedagógica, en cuanto que estamos apoyando los derechos de todas las personas a desarrollarse como seres completos, libres de opresión por su edad, su raza, su religión, su color, su clase o sus capacidades distintas, ni tampoco por su preferencia sexual, su género, su preferencia de género o sus preferencias entre comportamientos sexuales consentidos y responsables. También apoyamos la aceptación en los campos del trabajo, la vivienda, la salud y la educación, incluyendo el acceso a información completa sobre sexo, la expresión libre de la actividad sexual consentida y responsable y otras libertades individuales. La membresía está abierta a todas las personas bi-positivas, ya se consideren bisexuales o no.

Mi nombre es Narella Catania. Soy travesti, psicoanalista e investigadora. Vivo en Buenos Aires, Argentina. Desde el 2020 me dedico a estudiar las relaciones entre la clínica psicoanalítica y los malestares de las disidencias sexo-genéricas. Esa investigación surgió a partir de la crítica a lo que los psicoanalistas conservadores y de derecha teorizaban sobre las disidencias, recurriendo a la patologización y el extractivismo sobre nuestros deseos e identidades. Esas críticas las compartí en una página de Instagram a la que llamé @psicoanalistasrancios. Allí expuse citas textuales de psicoanalistas contemporáneos, muchos de ellos titulares de cátedra y figuras mediáticas. La viralización de ese contenido fue inmediata y si bien fue acompañada del repudio hacia mí por parte de estos psicoanalistas, me permitió conocer colegas que compartían mis críticas, con quienes puede armar redes de investigación, que hoy continúan y siguen fortaleciéndose.


NARELLA
CATANIA

BISEXUALIDAD: ORIGEN Y DESARROLLO DEL TÉRMINO

Narella Catania

Comenzaré este ensayo con una anécdota personal. Tenía yo catorce o quince años, y por ese entonces estaba cuestionando mi sexualidad. Estaba segura de que no era heterosexual, pero tampoco me sentía gay o marica. A la vez, me costaba pensar en la posibilidad de que me atrajeran distintos géneros. En la escuela secundaria tenía un profesor de Física del que se decía en los pasillos que era bisexual. No sé si era un rumor, pero yo lo tomé como cierto. Fue mi primer conocimiento de un adulto cercano que públicamente era nombrado como "bisexual". Toda mi vida había sentido atracción hacia distintas corporalidades, pero no imaginaba una salida del clóset posible; en principio, porque no sabía muy bien en tanto qué saldría del closet. Lo hablé con mi psicoanalista de aquel entonces, formada en la tradición freudolacaniana. No recuerdo con claridad cómo formulé mi inquietud —seguramente con torpeza, quizás con pudor—, pero sí recuerdo su respuesta. Me dijo: "Según Freud, todos somos bisexuales, incluso yo", y rió con una risa que no supe si leer como soberbia o ironía. Pero luego agregó, como quien señala el borde de una ley: "En algún momento hay que elegir. No te puede gustar todo. Hay que aceptar la castración de que todo no se puede".

Con el tiempo, pude cuestionar aquella afirmación de mi ex-psicoanalista. ¿Ser o estar bisexual implicaba que me gustara "todo"? ¿Y qué sería "todo"? ¿Hombres y mujeres cis alcanzan a representar la totalidad del deseo posible? A mí no me gustaban todos los hombres ni todas las mujeres, y tampoco se restringía mi atracción a varones cis y mujeres cis. Aunque en esos años aún no conocía personas que se identificaran como no binaries o género fluido, sí me he sentido atraída hacia corporalidades andróginas, travestis, lesbianas butch. Para mí estaba claro: no me gustaba "todo", pero mi deseo no respondía a un único género.

Por otra parte, incluso aceptando la idea de que "hay que elegir", me surgía otra pregunta: ¿quién elige? ¿Quién decide qué desear y qué no? ¿Existe una voluntad soberana sobre el deseo?

Años después, con mi formación como psicóloga, psicoanalista y a través del estudio de autores queer y de los aportes de activistas LGBTIQ+, comprendí que la intervención de mi analista tal vez no derivaba solo de los marcos del psicoanálisis, sino también de ciertos prejuicios históricos en torno a la bisexualidad, anclados en las formas occidentales de pensar la sexualidad, especialmente en el campo del saber científico.

¿Qué define a la bisexualidad? Su definición, aún hoy, es un territorio de disputa. Una formulación contemporánea la concibe como la capacidad de sentir

atracción por personas de "mi género y otros", lo que presupone, sin embargo, la estabilidad del propio género. Pero si mi identidad de género fuera fluida o no binaria, ¿cuál sería entonces "mi" género desde el cual se piensa "el otro" género por el que sentiría atracción?

Más allá de esa dificultad, esta definición implica un avance respecto de las concepciones clásicas del siglo XX, que definían la bisexualidad como "atracción hacia los dos sexos", formulación criticada por los estudios de género y los activismos bisexuales por su apego al binarismo sexual. ¿Quién sostiene que existen solo dos sexos? ¿Y por qué la atracción debería dirigirse al sexo (a los genitales), y no al género (la identidad de género y su expresión)?

En el libro *Bisexualidades feministas*, Alejandra Sadá recopiló una serie de prejuicios construidos en torno a la bisexualidad. La autora recogió dichos provenientes de terapeutas de distintas corrientes teóricas, público de *talk-shows* televisivos, personas gais y lesbianas (activistas o no), estudiantes de psicología, entre otros. De estos discursos emerge una figura estereotipada: la persona bisexual es vista como inmadura (por no haber superado la fantasía omnipotente de "quererlo todo"), impostora (porque en realidad sería gay o lesbiana sin admitirlo), confundida (porque "no sabe lo que quiere"), hipersexualizada (porque "cualquier cuerpo le sirve") o egocéntrica (por no poder renunciar a ningún género y comprometerse con uno

solo). En síntesis, la persona bisexual aparece como una cobarde del deseo, a la vez hipersexualizada, indefinida, incapaz de salir del clóset o de asumir una identidad clara.

Lo que propongo pensar es en qué medida estos prejuicios se articulan con los modos en que la bisexualidad fue constituida como objeto de saber en los discursos científicos modernos y occidentales. Para ello, me detendré en dos hitos clave en la construcción histórica de esta figura —y, en consecuencia, de los prejuicios que aún hoy persisten en torno a ella—: el modelo de "bisexualidad universal" y la escala de Kinsey.

La pregunta que orienta este recorrido es: ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad para la emergencia de la figura de le bisexual? ¿Existe algo así como un estereotipo de bisexualidad que haya sido producido por los propios discursos científicos? En el intento de responder, aparece un primer obstáculo: no es posible pensar el surgimiento de un concepto de forma aislada, sin considerar la red de nociones de la que forma parte. La bisexualidad no puede pensarse sin atender, al mismo tiempo, a la producción histórica de la "heterosexualidad", la "homosexualidad", o la "diferencia sexual anatómica".

El segundo obstáculo al intentar rastrear el origen del término bisexualidad es que, aunque está directamente vinculado con los conceptos de heterosexua-

lidad y homosexualidad, sus primeras definiciones distan mucho de la concepción actual. De hecho, cada vez que se menciona la bisexualidad en textos científicos de comienzos del siglo XX, es muy probable que se esté haciendo referencia a algo muy distinto de la capacidad de sentir atracción hacia más de un género. Como categoría en los discursos de la sexología, la psiquiatría, la psicología o el psicoanálisis, la "bisexualidad" comienza a tomar forma hacia fines del siglo XIX a partir de las nociones de "inversión sexual" y "hermafroditismo psíquico", aunque no llega a consolidarse como una taxonomía definida, como sí ocurre con "heterosexual" y "homosexual". Para entender por qué en ese contexto no existía aún una categoría específica para la bisexualidad, es necesario tener en cuenta que todavía no se había producido una diferenciación conceptual entre sexo, género, identidad de género, expresión de género y prácticas sexuales. Muchas de las personas que hoy integrarían el colectivo LGBTIQ+ eran entonces agrupadas en un conjunto amplio e impreciso de "invertidos" o "invertidas", donde la figura normativa era el varón cis heterosexual. Cualquier desviación respecto de ese modelo —ya fuera una orientación del deseo hacia personas del mismo sexo o una vivencia de género que hoy identificaríamos como trans o travesti— quedaba subsumida bajo ese término paraguas de inversión.

La primera mención relativamente precisa de los

términos "heterosexual" y "homosexual" aparece en un artículo de 1892, escrito por el médico británico James G. Kiernan y publicado en The Medical Standard. Ambos conceptos son definidos allí como desviaciones respecto de una sexualidad normativa: aquella orientada a la reproducción dentro del matrimonio. De hecho, el término "heterosexual" no designaba aún una identidad normalizada, sino una forma de apetito sexual excesivo por el otro sexo, desvinculada del fin reproductivo. Según Louis-Georges Tin en *La invención de la cultura heterosexual*, fue recién más adelante, cuando esta forma de sexualidad se volvió dominante, que "heterosexual" pasó a ocupar el lugar del sujeto "normal" y se convirtió en su equivalente. En ese mismo artículo, Kiernan utiliza la expresión "hermafroditismo psicosexual" para referirse a quienes sentían atracción por ambos sexos. Este término revela la concepción de que tal atracción se explicaba por una mezcla interna de elementos masculinos y femeninos, es decir, que la bisexualidad derivaba de una continuidad entre el hermafroditismo corporal y lo psíquico-sexual.

Aunque desde sus inicios lo que hoy entendemos como bisexualidad en términos conductuales no formaba parte de las taxonomías sexuales, sí estuvo presente en las preocupaciones de ciertos teóricos. La noción imprecisa de "hermafroditismo psicosexual" apareció vinculada a la biología, entendida como una

mezcla de componentes masculinos y femeninos que tendría efectos sobre la atracción sexual. Esto se debe a que, durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, la ciencia intentó encontrar en el cuerpo la clave del deseo. Médicos y científicos buscaban huellas físicas que permitieran explicar por qué alguien se sentía atraíde por un sexo u otro. Algunos, como el sexólogo Magnus Hirschfeld (de quien hablaremos más adelante), perseguían el objetivo de encontrar una "base natural" para la diversidad de orientaciones sexuales con el fin de despenalizarlas; otros, como el endocrinólogo Eugen Steinach, aspiraban a intervenir hormonalmente para normalizar conductas y deseos considerados desviados de la norma.

Durante este período proliferaron teorías que intentaban explicar la homosexualidad a partir de una interioridad sexuada. Karl Heinrich Ulrichs, considerado uno de los primeros activistas en hablar abiertamente del amor entre personas del mismo género, introdujo entre 1864 y 1880 el concepto de *Urning* para referirse a lo que hoy conocemos como homosexualidad, y lo vinculó con la idea de "un alma femenina en un cuerpo masculino". Aunque no fuera su intención, esta formulación sentó las bases de la noción de "inversión", al asumir que la atracción hacia un sexo solo podía surgir desde una posición sexualmente opuesta. Sin embargo, como señalan las autoras del artículo "Genealogías bisexuales: un recorrido por la historia",

publicado en el ya citado *Bisexualidades feministas*, la taxonomía de Ulrichs contemplaba tres formas de atracción: hacia varones (*urning*), hacia mujeres (*dioning*) y hacia ambos sexos (*urano-dioning*). Esta última podría considerarse una categoría precursora de lo que hoy entendemos como bisexualidad.

Algunas décadas más tarde, el médico y sexólogo alemán Magnus Hirschfeld —apodado el "Einstein del sexo"— retomó y reformuló ideas de Ulrichs. En su teoría sexual, conceptos como "bisexualidad universal", "tercer sexo" e "intermedios sexuales" están estrechamente vinculados. Su propuesta central gira en torno a esta última noción: una categoría amplia que abarca todas las formas de diversidad entre los polos ideales de lo masculino y lo femenino. Esta idea, de base biológica, incluía a personas homosexuales, trans, intersex, travestis y otras identidades no normativas. La "bisexualidad universal" era, para Hirschfeld, la hipótesis de que todas las personas poseen en distintos grados rasgos masculinos y femeninos, tanto físicos como psíquicos. Lo que hoy entendemos como bisexualidad —atracción hacia más de un género— puede inscribirse en este marco como una de las múltiples variantes posibles. El "tercer sexo", en cambio, era un concepto más político, utilizado para visibilizar a quienes no encajaban en las categorías tradicionales de hombre o mujer, especialmente personas homosexuales y trans. Aunque hoy el término resulta

problemático, en su contexto buscaba legitimar la diversidad desde una fundamentación biológica.

Si bien en su momento hubo un debate sobre la autoría del concepto de "bisexualidad universal" —ya que tanto Wilhelm Fliess como Otto Weininger se lo adjudicaron—, lo cierto es que distintos miembros de la comunidad científica recurrieron a este postulado para explicar, desde una base biológica, las particularidades de la atracción sexual en los varones y en las mujeres.

En este contexto, desde el psicoanálisis, Sigmund Freud también retomó la noción de bisexualidad, aunque con importantes variaciones. En sus primeros desarrollos teóricos —particularmente en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905)— propuso la idea de una bisexualidad originaria, constitutiva de todo sujeto. Según Freud, ningún individuo se forma exclusivamente como masculino o femenino, ni en el plano anatómico ni en el psíquico. Esta bisexualidad no aludía a una orientación sexual consciente ni a una identidad, sino a una disposición estructural que permitía que el deseo se orientara en distintas direcciones. En ese marco, la homosexualidad era concebida como una detención en el desarrollo sexual considerado normativo, cuyo destino final debía ser la heterosexualidad. En "El yo y el ello" (1923) Freud permite entrever que, en el caso de los varones homosexuales, esa "elección de objeto" respondería a una predominancia del com-

ponente femenino en su disposición bisexual, lo cual conduciría a una identificación reforzada con la madre en el contexto del complejo de Edipo. Es decir, la elección de objeto sería el resultado del entrecruzamiento entre factores constitucionales (como la bisexualidad originaria) y factores accidentales o contingentes de la vida de cada individuo.

Judith Butler, en *El género en disputa*: el feminismo y la subversión de la identidad (1990), advirtió que esta concepción freudiana de la bisexualidad no coincide con la noción actual, ya que en la teoría del psicoanalista vienés se trataría más bien de "la coincidencia de dos deseos heterosexuales alojados en una misma psique". Así, la atracción de un hombre hacia otro hombre se explicaría por la activación del componente femenino de su bisexualidad constitutiva. Desde esta perspectiva, la heterosexualidad —como atracción hacia el "sexo opuesto"— sería el resultado de la represión o sofocación de uno de esos componentes: el femenino en los hombres, el masculino en las mujeres.

Lo más cercano a lo que hoy entendemos por bisexualidad aparece en Freud bajo la noción de "inversión anfígena", también en *Tres ensayos de teoría sexual*. Allí se refiere a hombres que pueden tener relaciones sexuales tanto con otros hombres como con mujeres (a diferencia de los invertidos absolutos o los invertidos ocasionales), aunque no se trata ni de una

identidad ni de una vivencia subjetiva estable.

Años más tarde, en el ensayo "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920), Freud introduce una distinción más clara entre sexo biológico, identidad de género (a la que denomina "actitud psíquica masculina o femenina") y orientación sexual (o "elección de objeto"), aunque todavía dentro de un marco en el que la heterosexualidad seguía siendo la meta esperada del desarrollo. Estos tres aspectos —sexo, identidad y orientación— se combinarían de forma singular en cada sujeto, lo que acerca esta perspectiva a la teoría de los "intermedios sexuales" de Hirschfeld. Desde allí, podría pensarse que la bisexualidad, tal como la concebimos hoy, se vislumbra como una posibilidad.

Aunque Freud no llegó a consolidar una figura clínica del bisexual, su enorme influencia dejó una huella discursiva profunda: la idea de que todos somos potencialmente homosexuales. Esta noción fue reapropiada —y también distorsionada— por diversos discursos. Algunos psicoanalistas que orientaron su práctica clínica hacia la normalización de las orientaciones sexuales partieron de una premisa presente en el ya citado "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina": que la homosexualidad puede ser curada, siempre y cuando no haya surgido demasiado temprano. Solo en esos casos, sostienen, sería posible restablecer la función bisexual, conce-

bida como la única vía para reencauzar la orientación hacia la heterosexualidad.

A pesar de sus limitaciones y sus usos heteronormativos, la propuesta freudiana contiene una potencia crítica que no siempre fue reconocida. La bisexualidad originaria, entendida como condición estructural, abría la posibilidad de pensar una sexualidad no monosexual desde el comienzo. Sin embargo, esa apertura fue subsumida en una narrativa de desarrollo que exigía la renuncia a la ambigüedad: la heterosexualidad como síntesis deseable, la homosexualidad como fijación o fracaso del recorrido.

En este sentido, Gilles Deleuze y Félix Guattari plantearon que el modelo de bisexualidad universal no desarma el binarismo de la diferencia sexual, sino que lo miniaturiza e interioriza. En lugar de romper con la lógica dual, la reproduce dentro del cuerpo y la psique. Lo que pudo haber sido una ruptura con la diferencia sexual como fundamento del deseo terminó operando como un nuevo mecanismo de su reproducción. En *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia* (1972), critican esta noción de bisexualidad vinculada estrechamente al deseo edípico, siempre atrapado entre polos masculinos y femeninos, y proponen en su lugar una concepción rizomática del deseo, capaz de desplazarse sin anclarse en identidades fijas.

Con la irrupción de los estudios del zoólogo Alfred Kinsey a mediados del siglo XX en Estados Unidos, el

discurso científico sobre la sexualidad dio un giro decisivo hacia lo cuantitativo. Ya no se trataba de indagar las causas psíquicas o biológicas del deseo —como lo habían hecho el psicoanálisis o la sexología clásica—, sino de estudiar empíricamente las prácticas sexuales de la población. Entre 1948 y 1953, Kinsey y su equipo publicaron Conducta sexual del varón y Conducta sexual de la mujer, estudios pioneros que desestabilizaron la idea de una orientación sexual fija y binaria.

Su propuesta más célebre fue la escala Kinsey, que clasifica los comportamientos sexuales en un rango del 0 al 6: el 0 representa una conducta exclusivamente heterosexual y el 6, exclusivamente homosexual. En el punto medio, el 3, se ubica la bisexualidad, mientras que entre esos polos se distribuyen diversos grados de atracción y experiencia con ambos sexos (1: predominantemente heterosexual, con contactos homosexuales esporádicos; 2: mayoritariamente heterosexual, con experiencias homosexuales más frecuentes; 4: mayoritariamente homosexual, con experiencias heterosexuales más frecuentes; 5: predominantemente homosexual, con contactos heterosexuales esporádicos). Esta escala introdujo la noción de un continuo sexual: muchas personas no se encontraban en los extremos, sino en posiciones intermedias. Kinsey documentó así la existencia de individuos que habían tenido experiencias tanto homosexuales como heterosexuales sin identificarse ni como homosexuales ni

como bisexuales.

Una diferencia notable que Kinsey introdujo respecto de los enfoques anteriores sobre la bisexualidad es que prescindió por completo de explicaciones biológicas o psicológicas. En su perspectiva, no existe alguien bisexual en tanto síntesis de lo masculino y lo femenino en su interior. El término "bisexual", en cambio, deja de funcionar como un sustantivo que define a la persona y pasa a ser un descriptor de la relación entre el género del sujeto y el de sus parejas sexuales. No se trata de una esencia interior, sino de una clasificación basada en la conducta observable.

Sin embargo, aunque la escala Kinsey permitió visibilizar la diversidad de prácticas sexuales, también instauró un modelo cuantitativo y coitocéntrico. Para Kinsey, solo se contabilizaban aquellas prácticas que culminaban en orgasmo, lo que dejó fuera una vasta gama de experiencias afectivas, eróticas o deseantes que no respondían a esa lógica. El deseo sin acto, el afecto sin genitalidad, la excitación sin conclusión orgásmica eran considerados secundarios o irrelevantes. En ese marco, por ejemplo, la asexualidad quedó relegada a una categoría residual (X), entendida como una no-sexualidad, sin subjetividad propia.

En relación con el modelo freudiano de bisexualidad originaria, la propuesta de Kinsey pareció otorgar un estatuto autónomo a las distintas modalidades del deseo, aunque en la práctica las redujo a una lógica

conductual. Al considerar definitoria la experiencia sexual que culmina en el orgasmo, reforzó el prejuicio de que la bisexualidad implica necesariamente mantener relaciones sexuales con personas de ambos sexos. Esta perspectiva limitó la posibilidad de pensar la bisexualidad como parte de una identidad, más allá de los actos sexuales concretos. Sin embargo, Gordon Muir y Erchel —críticos de la obra de Kinsey— subrayaron una de sus conclusiones más significativas: que la bisexualidad constituye una expresión normal de la sexualidad humana. Que no todas las personas la ejerzan se debería, según Kinsey, a restricciones culturales e inhibiciones sociales.

Freud y Kinsey, desde posiciones muy distintas, coincidieron en un punto clave: ambos concibieron la bisexualidad como un tránsito, un pasaje entre dos polos fijos. Freud la entendía como una fase psíquica originaria que debía superarse en el desarrollo normativo de la sexualidad adulta. Kinsey, en cambio, recolectó datos empíricos sobre prácticas sexuales para construir una escala que buscaba desafiar el binarismo sexual. Pero la misma herramienta que prometía complejizar las categorías terminó por reafirmarlas, al fijar el deseo en una lógica medible y clasificable según los sexos con los que se tuviera relaciones.

Lejos de ser una expresión espontánea de la naturaleza humana, la bisexualidad es una categoría histórica, producida y regulada por discursos que confi-

guran nuestras formas de comprender el deseo. Como sostuvo Michel Foucault, los discursos no se limitan a describir sujetos: los producen. Del mismo modo en que la locura y la figura del "loco" emergen con los saberes psiquiátricos, o el delito y el "delincuente" con los saberes jurídicos, la bisexualidad se constituye como efecto del dispositivo de la sexualidad: una red de saberes, instituciones y prácticas que clasifica, jerarquiza y disciplina los cuerpos. No obstante, quizá la ambigüedad con la que fue concebida —nunca del todo homo, nunca del todo hetero— haya obstaculizado la consolidación de una figura reconocible de "le bisexual", a diferencia de lo que ocurrió con "le homosexual" y "le heterosexual".

Es necesario, entonces, leer la historia de la bisexualidad no como una evolución natural del conocimiento sobre el deseo, sino como parte de un proceso más amplio de control social. Las categorías sexuales modernas se consolidan entre los siglos XIX y XX, en el marco del colonialismo, el capitalismo industrial y los saberes médicos burgueses. Por eso, desde una perspectiva decolonial y materialista, tenemos que preguntarnos cuánto de lo que hoy seguimos llamando "heterosexualidad", "homosexualidad" o "bisexualidad" responde a intereses geopolíticos, económicos y raciales concretos.

Pero precisamente por su carácter inestable, la bisexualidad también puede ser una fisura en la cishete-

ronorma. No como identidad fija, sino como posición política desde donde disputar los regímenes de saber que nos nombran. La pregunta es si podemos utilizar esa fisura como un motor de transformación del orden sexual colonial, binario y capitalista que todavía organiza nuestras vidas.

Elena Alysse Bassin Zawaideh (Detroit, 1996) es escritora activista árabe-estadounidense bisexual. Su vida y militancia están marcadas por la lucha antirracista, feminista e internacionalista. Nieta de personas sobrevivientes de la Nakba, ha vivido entre Estados Unidos y España, habitando las tensiones de la migración, la diáspora y la ambigüedad identitaria. Participa en el movimiento BDS y forma parte de FDIHA, una asociación cultural de personas árabes queer en España. Su trabajo ha sido publicado en medios como Al Jazeera, À Punt, *El Salto*, Canal Red y Reuters, donde defiende los derechos humanos desde una narrativa honesta y radical. Esta es su primera publicación larga sobre el tema de la bisexualidad y la identidad SWANA, escrita desde una perspectiva personal, política y poética.


ELENA
BASSIN

PASSING SIN PERTENENCIA
Ser bisexual, birracial y *banat*

Elena Bassin

Imagínate que aterrizas en un planeta alienígena. Allí, sus habitantes se organizan en grupos según los lunares que tienen en la piel. Hay un grupo con lunares grandes, otro con lunares pequeños y un tercer grupo con ambos. Casi sin darte cuenta, comienzas a organizar lo que ves. Presupones que hay dos grupos claros, y que ese tercero es una excepción, un caso aislado que no encaja en ninguno.

Ese ejercicio mental fue parte de un estudio publicado en *Journal of Applied Social Psychology* (Revista de Psicología Social Aplicada) en 2022 sobre los prejuicios hacia los llamados grupos intermedios: es decir, grupos que se perciben como poseedores de características asociadas a otros grupos más comúnmente reconocidos. Por ejemplo, rasgos más relacionados tanto a personas negras como blancas, o comportamientos que se vinculan con personas gais, lesbianas, o heterosexuales[1].

A pesar de que los investigadores variaron el procedimiento, los resultados se mantuvieron constantes. Cuando les participantes vieron que un grupo era algo

[1] Sarah E. Burke, Sylvia P. Perry, John F. Dovidio, Marianne LaFrance, "Distinctive Negative Reactions to Intermediate Social Groups", *Journal of Applied Social Psychology*, 2022. https://doi.org/10.1111/jasp.12942

intermedio, presumieron que no formaba parte de un grupo legítimo y que sus integrantes estaban confundides sobre su identidad real.

Pero ¿si no fuera una excepción? ¿Y si ese grupo no fuera menos legítimo, sino simplemente perteneciera a su propia nomenclatura? Lo que incomoda no es su existencia, sino el hecho de que su identidad no se define en oposición binaria. No es fija; es relacional. Fluctúa, oscila, se adapta según su entorno. Y para una mirada acostumbrada a buscar dos opciones, esa ambigüedad resulta inquietante.

Cuando los investigadores preguntaron a les participantes sobre grupos sociales humanos, sus creencias persistieron. Por ejemplo, no otorgaban la misma validez a ser birracial que a ser blanco o negro. Lo mismo ocurrió cuando se les consultó sobre las personas bisexuales. De hecho, cuando las personas dudaban de la legitimidad de un grupo, solían expresar con más libertad sus sentimientos negativos hacia ese grupo. En resumen, los grupos intermedios eran percibidos como menos legítimos que los demás.

Las dos identidades solicitan carnets. No son asumidas ni dadas por sentadas: siempre hay que demostrarlas. Ser bisexual significa estar constantemente saliendo del armario, sin importar el género de tu pareja. Es sentirte, y ser tratada, como turista en el colectivo LGBTQIA+. Es sentirte una traidora cuando estés en una relación *hetero passing*, es aguantar comentarios microagresivos, "¿has vuelto a los chicos?",



"nunca creí que volverías a las chicas". "Pensé que él era el último". Es ser el remate de chistes hechos por personas hetero, queer, y por ti misma. Ser birracial en espacios blancos significa "confesarlo". Es ser testigo de los comentarios racistas porque tú no eres "como ellos". Mientras que en espacios de personas no blancas hay que gestionar los nervios sobre el riesgo de ser descubierta como una infiltrada. Una intrusa. O peor: la blanqueada. "¿No hablas el idioma de tu origen? ¿Por qué? ¿Tus padres no te enseñaban? ¿Nunca has visitado el país de origen? ¿No? ¿No quieres conocer tu cultura? Qué pena las de la diáspora. Qué pena eres tú".

Las dos están sujetas tanto a la sospecha como a la fantasía. Muchas personas birraciales llegan a entender su racialización a través de la objetificación sexual y la exotización. Se encuentran con pretendientes buscando personas foráneas para vivir sus fetiches coloniales. "Ya sabes, somos una pareja perfecta, ya sabes, si vas por ese camino, ébano y marfil". Quieren conocer tu cuerpo por ciencia y antropología, no por deseo ni placer. "Guau, mira el color de los pezones". "Vaya, es que mis exnovias no tuvieron tetas así". Hagas lo que hagas para que te conozcan de verdad, los atributos físicos siempre pesarán más que los logros personales. La peña bisexual conoce esta sensación perfectamente. Ser bisexual viene acompañado de suposiciones típicas. Hipersexualidad, promiscuidad, o simplemente una parada en el camino de reconocer

que eres gay, o solo querías probar esa identidad, no inhabilitarte. Pero ¿cómo se vive en el intermedio de la intersección? ¿Cómo se habita el hueco entre dos márgenes? ¿Cómo se siente pertenecer a dos grupos intermedios?

Es sentir culpa por llegar a espacios privilegiados porque tú eres una persona racializada familiar, cómoda y aceptable. Eres su evidencia de diversidad, igualdad y convivencia. Pero lo peor de todo es la culpa que tú sientes por todo lo que no has vivido. Tú no has sido perseguido por la policía, pero tu primo sí. A ti no te detuvieron en el aeropuerto, pero a tu hermana sí. Nadie se te ha acercado presumiendo que vendías drogas o tu cuerpo. A ti no te han echado de la casa. Tú no perdiste familiares cuando saliste del armario. Nunca te llamaban bollera porque eras lo suficientemente femenina para ser, a lo mejor, solo una marimacho. Te duele saber que esas experiencias humillantes sí le pasaron a tu comunidad. Y te duele aún más entender que si no las has vivido, es porque tú no lo eres.

La práctica de *passing*, en su esencia, es una espada de doble filo. En ese hueco entre dos márgenes los habitantes se convierten en esgrimistas aspirantes, aprendiendo a dominar sin hacer ruido. A encajar sin levantar sospechas. A bajar el volumen de su identidad para atravesar umbrales sin ser detectades. Las personas birraciales bisexuales desarrollan una aguda conciencia del entorno. Saben cuándo hablar, cuándo callar, cuándo asumir una identidad, y cuándo

retraerse.

Hay cierta ironía en que las personas refugiadas en el campo intermedio de un mundo en guerras binarias estén condenades a dominar un arma que solo ofrece dos filos: avanzar o alienarse. El camuflaje ofrece acceso, pero a veces a costa de la pertenencia y la lealtad. Algunas veces, como escribe Allyson Hobbs en su libro *A Chosen Exile: A History of Racial Passing in American Life*, pasar puede implicar una renuncia radical: cortar lazos, negar raíces y desaparecer del paisaje original para poder sobrevivir en otro[2]. Pero otras veces, esa habilidad se convierte en un arma —no de traición, sino de transformación social y resistencia estratégica—.

Nacida en San Luis, Misuri, en 1906, Josephine Baker fue una vanguardia de la maestría del *passing*. De ascendencia negra, india apalache y española[3], Josephine se crio en una época marcada por la política de segregación racial. Ella aprendió desde joven cómo convertir su talento en resistencia. Josephine era una de las estrellas de *Shuffle Along*, el primer musical escrito, producido y protagonizado totalmente por personas negras en los Estados Unidos[4]. Después de tres

[2] Allyson Hobbs, *A Chosen Exile: A History of Racial Passing in American Life*, Cambridge: Harvard University Press, 2014.
[3] Zakiya Adair, "Josephine Baker (1906-1975)", *BlackPast.Org*, 7 de febrero de 2008. www.blackpast.org/global-african-history/baker-josephine-1906-1975/
[4] Jasmin Darznik, "Introducing Fredi Washington", *Hollywood Progressive*, 9 de enero de 2022. hollywoodprogressive.com/music/introducing-fredi-washington

años exitosos de gira nacional, consiguió un papel en la *Revue nègre* en París, y la oportunidad de demostrar su esgrima contra la fantasía europea colonial.

En la ciudad del *amour*, Josephine hechizaba los imaginarios sobre la sensualidad de la mujer africana en su icónica *Danse sauvage* (danza salvaje). Josephine descendía de una palmera al escenario, vestida con poco más que hilos de perlas, brazaletes brillantes y una falda compuesta por dieciséis plátanos de caucho, e hipnotizaba al público noche tras noche[5]. Su manipulación de la mirada blanca y el exotismo le permitía conquistar tanto los escenarios como los corazones de sus amantes. Entre ellos, se rumorea, Frida Kahlo, Ernest Hemingway, Colette y Fidel Castro[6].

Como una Juana de Arco moderna, Josephine hizo del deseo un escudo y se convirtió en espía durante la Segunda Guerra Mundial. Aprovechando su acceso a fiestas diplomáticas de las fuerzas del Eje, deslumbraba a los burócratas nazis con su presencia mientras memorizaba rutas, escuchaba conversaciones y escondía mensajes en partituras manchadas de tinta invisible.

Josephine dominó un filo de la espada: la proxi-

[5] Morgan Jerkins, "90 Years Later, the Radical Power of Josephine Baker's Banana Skirt", *Vogue*, 3 de junio de 2016. www.vogue.com/article/josephine-baker-90th-anniversary-banana-skirt

[6] Sara Kettler, "How Josephine Baker Upended Sexual Stereotypes While Advocating for Civil Rights", *Biography*, 25 de agosto de 2022. www.biography.com/news/josephine-baker-bisexual

midad a lo exótico como vía de trascendencia. Pero no todas las personas queer ni racializadas cuentan con esa posibilidad. Elisa y Marcela intentaron pasar como una pareja hetero hasta que pudieron huir a Argentina. Otras comunidades, como la mía, han debido aprender a blandir el otro filo: el de la proximidad a las estructuras hegemónicas. Tal fue el caso de la comunidad árabe a inicios del siglo XX en los Estados Unidos, que se mimetizó con lo dominante para poder existir dentro de sus márgenes. No como estrategia individual, sino como táctica colectiva.

Según la normativa legislativa de su época, solo los "hombres blancos libres" podían acceder a la ciudadanía estadounidense. George Dow, un inmigrante sirio maronita, optó por una estrategia única: afiliarse al poder. George desafió las decisiones de tribunales inferiores que excluían a todos aquellos considerados asiáticos, africanos o de otras categorías raciales ambiguas. George sostuvo que, según supuestas evidencias científicas, los sirios descendían de pueblos indoeuropeos. Así, logró que algunos árabes (no musulmanes) fueran considerados blancos y, por ende, pudieran acceder a los derechos de la ciudadanía.

A pesar de las oportunidades que este hito jurídico ofreció al colectivo, el hecho de que los árabes se consideren legalmente blancos no es únicamente positivo. Con esa blancura impuesta llegan no solo desventajas sistémicas, sino una crisis identitaria —una que, en mi caso, fue el impulso detrás de este capítu-

lo—. Porque una de las consecuencias de aprender a manejar espadas es inevitable: tarde o temprano, una termina cortándose.

En *Between Banat*, Mejdulene Shomali propone una respuesta provocadora a una pregunta urgente: ¿cómo cambiarían nuestras reflexiones sobre raza, género, sexualidad y estado si partieran de las experiencias de mujeres árabes queer y trans? Para ella, banat (بنات) no solo significa "niñas" en árabe; sino una red de intimidad compartida, una forma de vivir la feminidad árabe que desborda las normas impuestas por el orientalismo, la homofobia y el patriarcado[7]. Es una manera de ser con otras, desde los márgenes, con deseo, contradicción y cuidado. En este tramo del capítulo, intento sumarme a esa conversación.

Aceptar mi bisexualidad no solo me ofreció un lenguaje para nombrar el deseo, sino también una estructura para entender la identidad. Fue a través de esta aceptación que empecé a ver algo semejante en mi arabidad: ambas identidades me conferían cierto acceso —gracias a la ambigüedad—, pero a cambio exigían hipervigilancia, traducción constante y el entendemiento de que jamás serían plenamente aceptadas en su totalidad. Quiero argumentar que ser árabe —y más aún bisexual— es también formar parte de un grupo intermedio.

No pretendo equiparar las formas de violencia que

[7] Mejdulene Shomali, *Between Banat: Queer Arab Critique and Transnational Arab Archives*, Duke University Press, 2023.

enfrentan las personas bisexuales blancas con aquellas que enfrentan las personas árabes y otras personas racializadas. Muy al contrario, escribo esto para subrayar las formas en que estas identidades pueden entrelazarse, amplificarse y complejizarse mutuamente. Como advierte Elaine Pinderhuges, "usar la identidad personal como sustituto de un sentido étnico sólido e integrado puede ser riesgoso. Las personas pueden —y de hecho lo hacen— buscar significado personal en una variedad de fuentes que funcionan como sustitutos del significado étnico. Entre esas fuentes se incluyen la profesión, el talento, un grupo religioso o la identidad gay"[8].

Como ocurre con la bisexualidad, ser árabe no encaja del todo en los marcos binarios de identidad que dominan las conversaciones públicas. Ambas identidades enfrentan formas de opresión singulares, son vastas en su interior, y nombradas —y distorsionadas— por fuerzas externas. Señalar estos puntos de convergencia no implica igualar sus historias ni sus heridas, sino visibilizar cómo los mismos sistemas que borran, simplifican o patologizan la diferencia operan con lógicas similares. En lugar de trazar jerarquías de dolor, propongo una lectura comparativa que nos permita comprender cómo estas formas de marginalidad se entretejen, y qué se revela cuando leemos una a tra-

[8] Elaine Pinderhughes, *Understanding Race, Ethnicity, and Power: The Key to Efficacy in Clinical Practice*, New York: The Free Press, 1989, 70.

vés del prisma de la otra.

Las palabras "racismo" y "homofobia" no bastan para describir las opresiones singulares que enfrentan los dueños de identidades árabes o bisexuales. Por eso, hacía falta otra nomenclatura para encajar sus experiencias vitales. En *Orientalismo*, el renombrado académico palestino Edward Said sostiene que el "Oriente" no existe como una realidad autónoma, sino como una invención de Occidente para definirse a sí mismo como su opuesto racional, moderno y civilizado. Esta operación dualista no busca comprender la diferencia, sino marcarla, reducirla y someterla. En su ensayo "Feminist Bisexuality: A Both/And Option for an Either/Or World" (Bisexualidad feminista: una opción de ambos/y para un mundo de uno/o), Kathleen Bennett propone que la bifobia nace de ese mismo patriarcado occidental basado en la dicotomía y la dominación. La ambigüedad de la bisexualidad amenaza el sistema dualista y esencialista sobre el cual se sostiene el patriarcado occidental. La bisexualidad no niega lo binario, lo desestabiliza. Y por eso, como el sujeto orientalizado, debe ser denigrada, conquistada o borrada.

Ambas identidades comparten un problema estructural: han sido nombradas desde fuera. El llamado "Medio Oriente" es una invención eurocéntrica que posiciona a Europa como centro geográfico y simbólico, relegando al suroeste de Asia y el norte de África a una periferia indefinida. Esta denominación borra

la diversidad interna de una región que alberga una multiplicidad de etnias, entre ellas —pero no exclusivamente—, kurdos, nubios, sudaneses, armenios, circasianos, árabes, persas, drusos, asirios, caldeos, turcos, yazidíes, azeríes, turcomanos, afganos, coptos e imazighen.

Asimismo, los términos "SWANA", "árabe" y "musulmán" no son intercambiables. Dentro de los pueblos que componen esta región se practican una gran variedad de religiones: el islam en sus múltiples ramas, pero también el cristianismo, el judaísmo, el zoroastrismo, el parsiismo, el samaritanismo, el shabakismo y el mandeísmo. La identidad SWANA dista de ser monolítica, pero ha sido encajonada en una categoría rígida, impuesta por sistemas coloniales y patriarcales que necesitan orden sin matices para poder controlar.

La bisexualidad ha sufrido por una lógica similar. Concebida dentro del marco hetero y monosexista, ha sido relegada al hueco entre dos círculos en un diagrama de Venn. Sin embargo, esta imagen niega la realidad contundente: la comunidad bisexual constituye la porción más grande del colectivo LGBTQIA+. La bisexualidad no es simplemente atracción hacia "hombre y mujeres", como dicta el monosexista patriarcado occidental. Tal como lo explican muches teóriques y activistas, es la capacidad de sentir atracción hacia más de un género. Su amplitud incluye, y a menudo se entrelaza, con otras identidades igualmente marginalizadas: personas no binarias, trans, asexuales, arro-

mánticas, intersexuales, neurodivergentes, racializadas, con discapacidades y no monógamas. Reducirla a una posición intermedia entre heterosexualidad y homosexualidad no solo es conceptualmente incorrecto, sino que borra la riqueza y complejidad de una comunidad que desafía activamente las lógicas binarias impuestas por el pensamiento hegemónico.

Así, la invisibilización no es casual: forma parte de una estrategia global que convierte lo que no encaja en amenaza, y lo que no se puede nombrar con claridad, en algo que debe ser corregido o conquistado.

Tanto el orientalismo como la bifobia distorsionan a través de la mirada externa y exotizan con una lógica que combina deseo y desprecio. En los discursos orientalistas, la mujer árabe suele ser construida como una figura hipersexual cuya existencia gira en torno al placer masculino: ya sea como la sumisa *hijabi*, la bailarina de vientre expuesta o la figura amenazante de la terrorista. Como señala Shomali, "la mujer árabe hipersexual es al mismo tiempo testimonio de la hipersexualidad del hombre árabe; su lujuria salvaje exige un harén de mujeres sexualmente disponibles"[9]. Estas representaciones no solo habitan el imaginario cultural, sino que se reproducen explícitamente en los medios, especialmente en la pornografía. Un caso paradigmático es el de Mia Khalifa, cuya aparición en apenas una docena de vídeos pornográficos —uno notoriamente vistiendo en hiyab— la catapultó al

[9] Mejdulene Shomali, *Between Banat*.

primer lugar en los *rankings* de Pornhub en 2014. La bisexualidad no es ajena a la hipersexualización, al contrario: ha sido definida por ella. Se reproducen de forma explícita en productos mediáticos, desde películas hasta la pornografía; la identidad bisexualidad es tomada como una invitación abierta a un trío.

Hoy, sin embargo, veo señales de una nueva era. Ambas comunidades —la bisexual y la SWANA— están viviendo una especie de renacimiento cultural. Hace apenas cinco años, hablar de una estética o una cultura bisexual parecía imposible, y por lo tanto la comunidad se ha aferrado a cualquier sugerencia de que sí hay cultura bi (tomar tres bebidas a la vez, llevar un *septum*, etc.); hoy, la cultura bisexual florece en el arte, la moda, los espacios comunitarios y los discursos públicos. Lo mismo ocurre con las juventudes SWANA: aquellas que crecimos en la sombra del 11S, en medio de representaciones mediáticas feroces contra lo árabe y lo musulmán, ya no nos escondemos. Hemos dejado de minimizar nuestras identidades para encajar. En su lugar, las desplegamos con *karame* (كرامة, orgullo) en redes sociales, en fiestas, en música, en poemas y en manifestaciones. Es desde este cruce fértil entre márgenes donde florecen nuevas formas de pertenencia: sin pedir permiso, sin pedir perdón.

Bint fue la primera palabra en árabe que entendí antes de saber que entendía algo de árabe. Estaba sentada en el regazo de mi *Teta* (تيتا, abuela), cuando me preguntó con una sonrisa:

—*¿Min binti?* —¿Quién es mi niña?

Y yo, sin dudarlo ni un segundo, respondí:

—*¡Ena!* —¡Soy yo!

En ese momento, ser *bint* era un gesto íntimo: una afirmación de nuestro vínculo, de nuestra historia compartida, y de una identidad cultural que apenas comenzaba a intuir. Años después, conocí la palabra *sumud* (صمود). *Sumud* alude a la firmeza, la resistencia, la capacidad de mantenerse en pie frente a la opresión. Es una palabra profundamente arraigada en el imaginario palestino y levantino, asociada con la lucha por la tierra, la memoria y la vida cotidiana bajo el colonialismo.

Banat sumud, entonces, nombra una hermandad que no solo sobrevive, sino que resiste con ternura. Una alianza de *banat* que, desde los márgenes, hacen comunidad, se protegen, se espejean. No por puras coincidencias identitarias, sino porque saben que el sistema no está hecho para ellas, y aun así —o precisamente por eso— se niegan a desaparecer.

En todos los estudios que leí sobre la formación de identidades birraciales y bisexuales, hubo un punto que resonaba una y otra vez: la importancia de los espacios propios. Espacios donde no hace falta traducirse ni suavizar la propia complejidad. Yo encontré uno de esos espacios en FDIHA (فضيحة): una asociación cultural para personas queer árabes en el estado español cuyo nombre, en árabe, significa "escándalo". Las conversaciones fluyen con naturalidad en inglés, es-

pañol, árabe y francés. Las habilidades que adquirimos al pasar —saber leer el ambiente, negociar partes de nuestras identidades, traducirse— están presentes, pero aquí nadie blande espadas. Nadie tiene que explicar la "singularidad" de su identidad porque todes encarnamos lo que es ser *fdiha* y eso nos permite profundizar amistades desde el principio. Y sabemos que no somos les úniques.

Cada vez más *banat* los están encontrando también: en colectivos, en fiestas, incluso en redes sociales que celebran nuestra existencia queer y árabe sin pedir permiso. De Berlín a Beirut, de Nueva York a Marsella, de Los Ángeles a Barcelona, florecen comunidades que vibran con *banat sumud*. Comunidades que no aceptan el destino de ser relegadas a un "tercer espacio" o zona liminal, sino que lo convierten en trinchera, en altar, en hogar. Allí, entre cuerpos bailando *dabke*, reguetón y Charli xcx se encarna una posibilidad radical: la de existir en voz alta. La de vivir en plural. La de mirar al margen, y no ver soledad, sino comunidad.

Mi madre me puso de nombre Mercedes, pero mi abuela decidió llamarme Merchi y así me conoce todo el mundo, menos en los listados oficiales de las instituciones, claro. Soy de un pueblo de Sevilla y he pasado allí toda mi vida hasta que, como marca la historia de Andalucía, me fui más al norte de Despeñaperros para buscarme la vida. Llegué a Madrid en 2018. He trabajado de tantas cosas diferentes para ganarme la vida y tener autonomía que sería una lista interminable que poner aquí y a día de hoy, aún no se me han caído los anillos. He cambiado mucho a lo largo de lo que llevo de vida. Soy la figura de la conversa. Estudié una carrera, trabajé de ello, lo dejé, estudié otra carrera, ahora un máster. Todo para intentar leer y escribir con un sueldo que me permita trabajar poco de forma asalariada y dedicar mi vida a ampliar los horizontes de lo posible desde la calle y los movimientos sociopolíticos de base. Y no solo quiero hacerlo leyendo o escribiendo, sino desde la práctica.
La pocilga de mundo en la que vivimos no está bien y yo no me voy a quedar sentada sin hacer nada con ello.


MERCHI
CORTÉS

SILENCIO, VERGÜENZA Y ANSIEDAD
Narrarnos como bisexuales
Merchi Cortés

No puedo hablar de bisexualidad sin problematizar el resto del sistema. Te aviso que mi voz es incorrecta y fuera de lugar, las vivencias no lineales con las que narro la bisexualidad y el resto de categorías de la vida son caóticas e inapropiadas. No busco la voz de "mi verdadera identidad", ese foco es incorrecto, creo que esa esencia no existe. No creo en una epifanía de nuestra esencia escondida que un día se nos vaya a presentar para contarnos lo que verdaderamente somos. Lo que somos se construye en la interacción y es cambiante. Cómo nos narramos tiene más que ver con las coordenadas presentes en las que estamos entretejidas y nos permiten nombrarnos que con aspectos innatos. Coordenadas, articulación de palabras, marcos de sentido o lo que sea. No es que ahora tenga ansiedad y antes no. No es que ahora sea bisexual y antes no lo fuera. Ahora puedo narrarme desde la bisexualidad o la ansiedad (entre otras cosas) porque antes no tenía palabras para ello. Puedo hablar desde el lugar, tiempo y círculos sociales que habito y que le dan significado a mi identidad. Que, por cierto, no es estable ni inmutable, por mucho que el proyecto capitalista o la concepción lineal del tiempo nos haya dicho que sea así.

Las rejas de mi calabozo han sido la exigencia de

coherencia narrativa que me impone la concepción lineal del tiempo y las estructuras sociales que habito. Ahora que puedo nombrarme, me gustaría que la persona que lee mis palabras pueda dejarse llevar por las temporalidades cuir: asincrónicas, torcidas, arrítmicas y anacrónicas. Las confesiones, tensiones y contradicciones que voy a vomitar a continuación no tendrán una temporalidad lineal cronológica. La selección de diálogos internos y escenarios que os confesaré están articulados entorno al silencio, la vergüenza y la ansiedad, que se calmaban con los relatos que me contaba a mí misma para que mi deseo entrara en la heteronorma. Daré saltos en el tiempo, os mostraré cómo me pienso desde el diálogo interno. Haré referencias a pasados y a futuros desde un presente que no quedará claro. Espero así hacer de tu lectura una experiencia caótica, sin sentido y confusa.

Si en el firmamento poder yo tuviera
Esta noche negra, lo mismo que un pozo
Con un cuchillito de luna lunera
Cortaba los hierros de tu calabozo.

Rafael de León, Manuel López-Quiroga
Miquel y Antonio Quintero

TENGO VEINTICINCO AÑOS y mi mundo se está desmoronando: ya no soy de ningún lado, no vivo en mi pueblo de origen, el mito de vocación/trabajo asalariado está destruido, mi forma de ver del mundo está cambiando, la forma de relacionarme y reproducir la vida, también. La línea del proyecto de vida capitalista: estudia, trabaja, cómprate un coche, cásate, hipotécate para tener una casa, sé madre, cómprate un coche más grande, trabaja, trabaja, trabaja, trabaja, jubílate... se ha derrumbado. Enterita. Ya solo quedan pedazos de un deseo que sobrevive por inercia, que nunca ha sido mío, y que está a punto de extinguirse. Las piezas no encajan, la experiencia de trabajar en el capitalismo más salvaje que suponen las agencias de publicidad me hace incapaz de amoldarme a una vida que se supone que es "la vida adulta de verdad". A través de cuestionar el sinsentido del sistema capitalista —que me dirige unilateralmente hacia un formato de vida articulado por la centralidad de la pareja/familia y el trabajo asalariado como únicos fines de nuestra existencia— empiezan a brotar otros deseos. Quiero vivir con mis amigas, quiero gestionar los conflictos

en las relaciones sin importar qué categoría relacional ocupen, porque todas ellas son importantes. Trabajar tanto (de forma asalariada) me quita tiempo para el trabajo de la vida, y veo que la vida o las relaciones requieren tiempo. La centralidad cíclica de la pareja cambiante es vulnerable. No quiero apoyarme en un pilar único, sino en muchos pilares con los que sostenernos la vida. Veo que otras narrativas son posibles.

Es 2021 y estoy teletrabajando sentada delante del ordenador. No puedo mover los brazos. Acabo de abrir una ventana para contestar a un hilo de correos que tengo acumulado desde hace ya unas horas. Quiero volver a poner las manos en el teclado del portátil, pero no puedo. Grito. No puedo parar de gritar. No soy dueña de mi cuerpo, está paralizado. Un hormigueo comienza a recorrer mis dedos y sube hasta los codos. La mirada atónita. Sigo chillando. Paro. Jadeo. Cojo aire. Grito, chillo, grito, chillo. Se entrecorta el aire. Todos los músculos de mi cuerpo están en tensión y paralizados. Me duele la cabeza. Parece que me va a explotar. Las lágrimas salen a borbotones. Se me nubla la vista. No veo nada, está todo borroso. Comienzo a articular palabra: "No puedo". "No puedo". Otro grito de desesperación. "No puedo". Con un tono horrorizado de estar enclaustrada en mi cuerpo y no poder salir. "No puedo". Aún con el terror del bloqueo y no entender lo que está pasando. Mi compañero de piso sale con prisa a la terraza de nuestra casa donde estoy

teletrabajando, asustado me coge las manos, pero mi cuerpo sigue muy tenso y de mi boca siguen saliendo gritos que no puedo controlar. Mi compi me rodea con sus brazos y me consigue mover de la silla al sofá que está a menos de un metro de mí. Nunca respondí a aquel hilo de correos.

ES 2017, una tarde de verano cualquiera... los muslos se me quedan pegados a la silla de la terraza del bar. El calor del verano y los pantalones cortos no son buenos aliados del polipropileno de las sillas que no transpiran. Una persona del grupo me pregunta: "Pero ¿a ti no te gusta enrollarte con chicas?". En un silencio que dura segundos, da tiempo a que se me corte el aire y la tráquea se me retuerza como alguien que estruja un paño de cocina. Una de mis amigas me salva sin saberlo y responde: "¿Esta?" (refiriéndose a mí), "si es la amiga más hetero que tengo". Vuelve a abrirse el conducto del aire que entra por mi nariz. El aire —que me alivia— baja toda la tráquea hasta que mi pecho vuelve al compás del ritmo de la respiración. No se ha notado. Desde fuera solo parece que me he quedado muda. Genial —pienso—, la coartada sigue funcionando. Mi deseo y atracción sexual hacia personas de distintos géneros sigue estando a salvo. La fachada de hetero, incluso años después, sigue bien montada.

Entonces me vienen recuerdos adolescentes en los que siento que esa fachada de hetero ha corrido peligro, a pesar de que la tengo bien montada y estoy currándomela para que no se venga abajo... Me refiero a cosas como: tener que ir bien maquillada ("pero que parezca natural"), bien de femenina ("no vayan a pensar que eres bollera"), toda depilada ("que no se vea ni un pelo"), "no hables de política", "sé sumisa", "complaciente", "obediente y discreta", pero también sensual ("cuando corresponda") para que se fijen en ti, "no vaya a ser que te quedes soltera y sin novio".

De repente se pausa el recuerdo. Ya no vivo en mi pueblo, pero estoy de visita. La situación ha cambiado. Ya tengo esto superado, pero la gente de aquí aún no lo sabe. Una chica me dice: "¡Qué bien todo lo que apoyas a tu hermana en lo LGTBIQ+ sin ser tu lucha!". Esa chica no tiene ni idea de que eso ahora es diferente. Sin embargo, no digo nada, mantengo el silencio. Otra vez. Otra vez el fracaso del silencio que se supone que he superado... Ya hace unos años que de cara a la galería me enrollo con chicas —además de con chicos—. Pero ese silencio. Otra vez.

Llevo casi toda mi vida sosteniendo una fachada de mentiras que me cuento a mí misma porque me aterroriza pensar que todas las "amigas" con las que me he enrollado durante mi adolescencia pueden descubrir, diez años después y a quinientos kilómetros de

distancia, que cuando me liaba con ellas, la excusa de "estamos practicando para cuando nos enrollemos con tíos" era —efectivamente— una excusa que ocultaba e invalidaba el deseo que podía provocar que nos besáramos. La vigilancia del pensamiento, aprendida en el repetitivo ritual de la confesión católica con los curas de mi colegio, es muy difícil de arrancar del cuerpo. Me bloquea pensar que pueden leer(me) la mente y descubrir(me) a mi yo adolescente —en una fiesta de hormonas y explosión de deseo sexual— deseando a mis amigas de verdad. No. Esto no puede ser —me repito a mí misma—. Estábamos practicando. Estábamos practicando. Estábamos practicando. Estábamos practicando. Culpabilidad. Asco. Confusión. Negación.

Mi educación católica-apostólica-romana, conservadora y patriarcal no me permite explicármelo de otra manera. No puedo confersar(me) que lo que sentí enrollándome con las amigas de la secundaria era deseo sexual. No puedo destapar(me) que he fallado al pacto que tenemos en el juego de ensayar y prepararnos para la vida sexual hetero, porque entonces ¿a qué me expongo?: rechazo, exclusión, estigma, señalamiento... Convertirme en una amenaza de la intimidad que compartimos, quedarme fuera, quedarme sola, ser un monstruo o que piensen que yo soy una mentirosa. La mentira está bien encajada en la narración, no hay nada más que cuestionar. Liarse con las ami-

gas "no cuenta" y yo ya tengo bien marcado el hito de "quitarme el boquerón" con un chico. "Quitarse el boquerón" es algo parecido a la expresión de quitarse la virginidad, pero se limita solo a besarse. Por supuesto no cuento a todas las chicas con las que me he besado anteriormente. Es contradictorio, pero no tiene lugar en el relato.

"¿Y qué pasa si te quieres liar con una chica?", me pregunta mi psicóloga. Es 2021 y estoy sentada en el sillón de la sesión de terapia en Madrid. "¡Nada! ¿qué va a pasar?", le respondo a la defensiva con un abismo de vergüenza subiéndome del estómago a la garganta y bloqueando cualquier tipo de frase que vaya a decir a continuación. Silencio, el silencio de años. Mis manos están presionando los cojines del sillón de la habitación. Sin darme cuenta, mis pies también presionan el suelo: estoy tensa. ¿Qué va a pensar mi psicóloga de mí? Se desatan los pensamientos intrusivos: ¿Homófoba yo? ¡Sí hombre! —pienso con prepotencia—. ¿Cómo voy a ser yo eso? Pero si mi hermana es bollera de toda la vida y yo siempre la he comprendido y he sido la más defensora de sus derechos ante todo el mundo. Además, solo puedo llamarlo homofobia porque no tengo otra manera de nombrarlo en 2021, ¿cómo voy a llamarlo bifobia interiorizada si es algo que no sé ni que existe todavía?

Continúo en mi diálogo interno frente a mi psi-

cóloga: ¿Que yo no soy capaz de aceptarme a mí misma? —pienso irónicamente—. Sí, claro... ¡si yo soy la paladina de la diversidad, la más abierta de mente y además no-monógama! Claro... yo me creo la paladina de la diversidad para otres, pero para mí... Nada. Estos pensamientos me hacen reconocer(me) situaciones en mi pueblo que no me gustan nada. Yo no puedo ser como ellos (conservadores), ¡yo "ya estoy deconstruida"! El pensamiento progre está bastante infectado de lo de salvar al que habita la diferencia, al "pobrecito". Defender la disidencia es más cómodo cuando el sufrimiento lo lleva el de enfrente y tú solo le aconsejas el empoderamiento desde el privilegio de la normatividad.

Acto seguido, siento una contradicción que me presiona: si algún día decido romper el silencio de mi bisexualidad, voy a tener que narrarlo bien para que tenga sentido y sea coherente.

Solo el pensar que pueden descubrirme y fiscalizarme o cancelarme por no ser pura o auténtica me anticipa a crear escenarios de futuros narrativos donde no haya ni un fallo de racord. Pero hasta este momento, nadie me ha descubierto. Además, para mí no hay nada que descubrir —me digo a mí misma—, solo hay que defender y performar una cis-heterosexualidad narrada de forma coherente para no ser sancionada socialmente. Sin fisuras, sin dudas, sin confusiones. Una heterosexualidad limpia y con la que nadie pueda

sospechar de mí o verme como una amenaza para su intimidad. Porque pensar que mis amigas pueden sentirme como una amenaza a su integridad, por poder ejercer violencia sobre ellas, es aterrador. Dice la Doinel que "nos asusta aceptar que nos ponen cachonda otras mujeres porque nos da miedo tratarlas con violencia o con la deshumanización con la que nos han tratado los hombres". Me sigo contando que yo soy la más hetero. Sé que me he liado con chicas, pero ¿eso me hace lesbiana? Yo sigo sintiendo deseo por los chicos, ¿y no es el deseo, las prácticas y la reiteración lo que determina la orientación sexual? ¿Qué pasa? ¿Que por haber "practicado" con amigas estoy siendo una lesbiana encubierta? ¿Qué es lo que delimita una cosa de la otra? ¿Cómo voy a ponerle el nombre de bifobia a lo que estoy viviendo, si ni siquiera soy capaz de pensar(me) en la bisexualidad?

Pausa.

Me vuelvo a convencer a mí misma de la historia de que soy hetero. Sigo sin herramientas para nombrar(me).

ES 2019, vivo en Madrid y voy en el metro leyendo el libro de la Vasallo que me está dando algo de calma con respecto al silencio culpable interno, y entiendo que no. Que no tengo por qué ser hetero o lesbiana, porque ella dice que un chico de una película se enrolló con otro chico en un vestuario, y que no tiene muy

claro si ahora es gay o no... Además, se pregunta que si por acostarnos alguna noche con alguien ya cambia nuestra identidad o si fumarte una noche un cigarro ya te hace fumadora... No sé, a mí me rondan las mismas preguntas en la cabeza: ¿qué soy yo?, ¿qué determina mi identidad? No me preocupa mucho, lo que tengo claro es que —hasta ahora— mi identidad heterosexual sigue narrándose de forma coherente, no se hunde por sentir mariposas en la barriga por alguna amiga que otra. Es compatible. Me quedo tranquila.

CAMBIO DE ESCENARIO, aceleramos un poco en el tiempo y conecto con otro tipo de vergüenza: la de sentirme fuera de lugar cuando tengo prácticas sexuales con chicas lesbianas. Es 2022 y ya reconozco mi deseo en ciertos espacios, así que me atrevo a explorarlo sin esconderlo o silenciarlo. Pero a estas personas bolleras "de verdad" mi bisexualidad les huele a chamuscado, les suena más a transición e indecisión que a una vivencia en sí misma.

Estoy de viaje en el Líbano y he tenido una de las experiencias sexoafectivas más bonitas de mi vida. Esta chica se identifica como lesbiana y hace mucho activismo político por ello (aun estando en un lugar donde la homosexualidad está penada por la ley). Forma parte de colectivos LGTBIQ+ y frecuenta todos los bares queer de Beirut. Los días con ella han sido una experiencia fugaz, pero bonita y decidida.

Recuerdo una de las mañanas. Estamos juntas en su casa y las sábanas nos atrapan en la cama. Ella me pregunta que si yo estoy segura de ser bisexual o si considero que es una etapa para llegar a ser lesbiana. La verdad es que no me ofende la pregunta. Mi cuerpo no tiene interiorizada la reivindicación de lo que soy. Lo de pensar que a veces lo que somos es un "capricho" también es muy de la vivencia bisexual. Así que aún tumbadas y con la primera luz de la mañana que se colaba por las rendijas de la ventana, una frente a la otra, la miré a los ojos y le dije desde el cariño y la inseguridad: "¿No suena eso un poco a lo que llaman 'bifobia' o algo así?". Ella se sobresalta y rompe el momento de calma. Comienza a pedirme perdón exageradamente. Yo le digo que se tranquilice, que no pasa nada, que no me ofende, es más me está empezando a incomodar su disculpa tan excesivamente preocupada, ya que siento que me coloca en un lugar desde el que nunca me ha gustado verme: el de víctima. Este lugar lleva asociada la vergüenza; dice la Doinel (cuando relata que no quería contar ciertos aspectos de violencia sexual en su vida) que le "daba miedo ser vista como una víctima perpetua, un objeto roto o una mujer sin valor".

Es habitual que nos dé vergüenza mostrar la vulnerabilidad cuando te enfrentas a frases como, por ejemplo, "no entiendo cómo puedes seguir acostándote con hombres" o "para ser bisexual eres muy proactiva

en la cama". Estos cuestionamientos de nuestra existencia en espacios que consideramos seguros me ha hecho seguir sintiendo —en varias ocasiones— que no encajo. Tengo incrustada en el cuerpo la vergüenza de la farsante que está en un lugar que no le pertenece. Otra vez perdida.

LA PRIMERA VEZ QUE TE DA UN ATAQUE DE PÁNICO ASUSTA MUCHO. No entiendes qué está pasando y seguramente no sepas nombrarlo. Es mayo de 2021 y acabo de sufrir el primer ataque de pánico que he sabido nombrar en mi vida. Es mi último día de trabajo en una agencia de publicidad, pero eso yo no lo voy a saber hasta que el médico me dé la baja laboral unas horas después. Tengo veinticinco años y hace un mes aproximadamente que he empezado a ir a terapia. Venía notando desde unos meses atrás algunos cambios fisiológicos y malestares que no estaba entendiendo. Mi vida —tal y como está montada hasta ahora— se está desmoronando, está dejando de tener sentido, y la confusión e inestabilidad en una persona "de ideas claras" —como yo me considero— son muy desoladoras. Yo siempre he tenido claro cuál era el camino que he tenido que seguir para llegar a mi vocación. Desde la adolescencia he sabido responder a todas las preguntas que me han hecho las personas adultas: he sabido qué quería estudiar, cuál iba a ser

el nombre de mis hijos y el destino de mi luna de miel (Estambul)... ¿Y todo esto para qué? Pues para performar esa coherencia narrativa con la que te validan las personas más adultas y legitiman tus decisiones, a través de frases como "ah claro, eso tiene salidas, vas a triunfar en la vida".

En mi caso vengo transitando —ya desde hace un tiempo— la ansiedad de vivir unos años en un sitio que cada vez siento más mi hogar, pero al que no pertenezco del todo. Cada vez que me presento a alguien en Madrid, mi acento provoca caras de extrañeza hacia un cuerpo que habita en un lugar del que no es originalmente. Esas caras suelen ir acompañadas de la pregunta: "¿Tú de dónde eres?". Las andaluzas escondemos o "adaptamos" nuestro acento cuando llegamos a un lugar de trabajo en Madrid, más que nada, para que se nos tome en serio. Por lo que la ansiedad constante de que se me escape un ceceo o una expresión andaluza en el trabajo es el pan de cada día. Intento esquivar la mirada madrileña que marca un estigma sobre mi cuerpo por mi origen. Sobre todo, frente a directores de empresa que me hacen estar en alerta constante, evitando que se desate la asociación de todo lo que "lo andaluz" supone fuera de Andalucía. Y esto no lo hago en un marco de renegar de mi identidad. Juro que no. Es pura supervivencia diaria. Un disciplinamiento del cuerpo para encajar en una categoría estable, coherente y con sentido; lo cual me lleva a otra coordenada

del mapa: ¿qué pasa cuando el sitio que me da la condición de posibilidad para nombrarme como bisexual a la vez me hace sentir extraña porque mi acento es otro?

Ya no soy ni de un lado ni del otro. Porque cuando vuelvo a mi pueblo de origen me recriminan que estoy perdiendo mi acento, o que digo expresiones nuevas... Que ya soy "madrileña", que si me avergüenzo de mis orígenes, que por qué hablo así ahora... Todo esto —en el entorno laboral— se suma a —otra vez— la ansiedad y alerta permanente de sentir que no encajo en una oficina de una multinacional porque vengo de una familia sin estudios, obrera, campesina y humilde. Estoy desclasada y me paso más de cuarenta horas semanales en una oficina perfomando una clase social que no soy. Y eso da mucha ansiedad. Vivo en alerta para que no descubran que en realidad yo no soy de los suyos. No tengo sus maneras, ni sus formas de estar. No me siento como ellos, no camino como ellos, no como como ellos,

Este es el escenario en el que he considerado coherente mostrar mi confusión y dejar de esconder mi deseo. He considerado que era oportuno llevarlo a la práctica de forma explícita, sin esconderlo. Mi vida está patas arribas, es el momento perfecto para el desliz, lo incoherente, la exploración... Y que ocurra algo inesperado de cara a la galería. Así que, tras unos meses de benzodiazepinas y antidepresivos, he decidido

irme con mis amigas a un viaje —de esos en los que huyes de la realidad— a Granada. Estamos en otra noche de fiesta —y con alcohol de por medio—, una chica se me acerca a bailar en la discoteca. Después de un rato bailando juntas, me pregunta que si puede besarme. A pesar de ser consciente de que había muchas miradas puestas en mí, me atrevo a decirle que sí. La narración es coherente. Puedo despreocuparme. Es el momento. Hemos ligado toda la noche, y hasta me ha propuesto irme a su casa a terminar la fiesta. Silencio, vergüenza, miedo e incertidumbre. Le confieso que nunca me he acostado con una chica; a lo que ella me agarra de la mano echando a caminar y me dice que no me preocupe.

Es el día siguiente, y mis amigas hacen muchas preguntas, pero yo, sin dar mucha explicación a lo que he hecho, me acabo de quitar un peso de encima tremendo. Es el principio del fin del silencio y la vergüenza. La monosexualidad se está desmoronando, ha dejado de ser —de cara a una parte de la galería— el único camino posible.

ES 2018, acabo de llegar a Madrid y es mi primera noche de fiesta en Chueca. La música está alta, el ritmo del reggaetón hace que la masa de gente que llenamos la sala nos movamos como un mismo cuerpo colectivo. A pesar de no conseguir ver bien las caras por la luz tenue con pequeños matices verdes, mora-

dos y azules, la gente interactúa. Me siento invisible en aquella discoteca gay, nadie me toca el culo cuando voy a la barra a pedir, no siento el acoso constante de las discotecas heteronormativas. Yo no soy el objeto de deseo aquí. Está llena de chicos cis marikas y eso me hace sentirme segura. Sin embargo, mi compañero de piso sí que está inquieto porque a él le han tocado el culo sin consentimiento en varias ocasiones, así que se va de vez en cuando a zonas más vacías mientras busca en Grindr quién hay por la zona.

Yo aprovecho sus huidas para interactuar con otra gente. En una de esas ocasiones, caigo en un grupo de chicas que son amigas de unas marikas habituales de esa discoteca. Estoy sola, borracha, desinhibida, en un lugar donde nadie me conoce. Acabo de llegar a Madrid, no hay nadie en esta sala que sepa quién soy yo. Es el anonimato perfecto. Una oportunidad para empezar a explorar sin que nadie encuentre contradicciones en mi narración como hetera. Una chica de pelo largo, rubia, comienza a acercarse, me agarra la cintura —me sorprende lo bien que huele—, me recorre un escalofrío y hormigueo por el cuerpo que activa mi deseo sexual. Es la oportunidad perfecta. La coartada impoluta. Le cojo el cuello y comenzamos a comernos la boca sin parar de bailar durante un buen rato. Subimos a la primera planta para salir a la calle y fumar. El alcohol pide nicotina. La conversación mientras que dura el cigarro consiste en que yo quiero convencer a

esa chica que no soy lesbiana, pero que si estoy borracha... Pues me lío con alguna chica que otra... Solo de fiesta... Solo borracha.

Corre un poco de fresco de la madrugada en el septiembre madrileño, mi compañero de piso aparece con mi chaqueta, la ha cogido del ropero. Nos volvemos a casa. Consigo que no se entere de nada de lo ocurrido, lo cual comienza a resultar(me) contradictorio, porque si ya tengo un espacio LGTBIQ+ y ser nueva en la ciudad me da la oportunidad de comenzar a explorar mi deseo sin vergüenza, sin esconderme, sin remordimiento... ¿por qué no quiero que se entere?

Este episodio se ha repetido más veces en las discotecas "de ambiente" a las que he ido en mis inicios en la capital. No lo entiendo. Es contradictorio. Si hay unas condiciones de posibilidad amables para hablar de ello, ¿por qué me sigue avergonzando y lo sigo escondiendo? La contradicción fuerte que me frena es —de nuevo— la presión de mantener el relato coherente; además yo estoy hecha un lío. Me rondan mil preguntas en la cabeza, ¿me gustan los tíos?, ¿es mentira eso también?, ¿en qué acera estoy exactamente? También me da miedo perder mis privilegios como heterosexual, como, por ejemplo, volver a ser leída desde la mirada de asco del que piensa que eres promiscua o "una guarra". No creo que sea casualidad que esto sea un estigma que afecta mucho a las personas bisexuales.

En ese momento me siento como si estuviera en medio de una carretera sin asfaltar, incómoda, perdida, sin saber hacia dónde tirar, pero lo que aún no se me había ocurrido era pensar que allí podía quedarme.

ES 2024 y estamos cortando una carretera. Cortar una carretera es una práctica política de acción directa que históricamente se ha utilizado por muchas luchas que han buscado parar el mundo para cambiarlo. Si cortas la carretera con tus compis de militancia política en junio, a medio día, con el sol quemando el asfalto y difuminando el paisaje, del calor que irradia, necesitas más cuidados comparado con otro día en el que hay una temperatura más amable. Si en la organización colectiva de cortar una carretera hay personas encargadas de cuidar al grupo dándonos agua, llevando crema solar o preguntando si estamos bien, resistir el corte de la carretera dura más tiempo. Si la policía viene a retirarnos de la carretera, pero las compañeras han trazado un plan en el que si tu cuerpo corre peligro puedes salir, es más sostenible para todas. Da igual que la acción termine, todo lo resistido es una victoria. Porque, aunque al sentarnos en la carretera nos queme el asfalto, las miradas de complicidad entre nosotras nos dan la fuerza para seguir. Porque, aunque la policía quite tu cuerpo a la fuerza del cordón de resistencia humano, no importa. Lo que importa es que hemos aprendido a habitar la carretera, a quedarnos, resistir

y hacerla nuestra. La bisexualidad no es un tránsito intermedio entre una acera y otra, es una vivencia en sí misma y la vamos a resistir, aunque nos queme el asfalto.

Nació en 1991, en Badajoz. Cuando a los veintisiete años se dio cuenta de que era bisexual, comenzó a desarrollar un hiperfoco en buscar referentes queer de la historia y en identificar microbifobias del día a día, para después volcarlo en sus redes sociales. Además de bisexual, Rocío es productora de cine (*El mejor verano de mi vida*, *La niebla y la doncella*...), comunicadora (en pódcast como *The Chácharas* o *Como Las Grecas*) y autora de la novela *La maldición de ser un animal social*.


ROCÍO
ESPERILLA

UNA HISTORIA DE BORRADO E INVISIBILIZACIÓN

¿Dónde estábamos les bisexuales cuando nadie nos nombraba?

Rocío Esperilla

Darme cuenta de que me gustaban las chicas a los veintisiete años supuso, para mí, toda una crisis. Fueron muchas cosas: reconocer ese deseo, vivirlo de forma distinta al que había sentido por mis ex, darme cuenta de que había un montón de señales que había estado ignorando... Entonces empecé a pensar. Mucho. En bucle. ¿Y si nunca había deseado a mis novios? ¿Me había inventado lo que sentí por ellos? Los nervios, el amor, el duelo... ¿Me habría autoengañado durante casi tres décadas? Pensar esto me puso muy triste. Me sentí incómoda, fuera de mí misma. Pero hubo dos cosas que me reconciliaron y me hicieron sentir de nuevo a gusto conmigo, bajo la etiqueta de bisexual.

Por un lado, pronto ocurrió que personas que me habían atraído, y que hasta el momento se nombraban como mujeres, empezaron a identificarse como no binaries. Eso me hizo entender que me estaban atrayendo esas personas independientemente de su género. Pero por otra parte, hubo alguien que me mostró un camino de convivencia entre una juventud con amores mayormente masculinos y una adultez con deseo más hacia lo femenino, salpicado de referencias queer que

bailaban entre géneros. Y ese alguien se llama Gloria Fuertes.

Gloria, cuyo mayor amor se considera Phyllis Turnbull, en su juventud tuvo varios hombres muy importantes para ella, de cuyo amor nunca renegó. Les escribió poemas, les dedicó su espacio en su autobiografía y hablaba, muchos años después, de lo que le hubiera gustado casarse con Manuel si no le hubieran matado en la guerra. Ya en su vejez, Gloria decía que le erotizaba "la gente buena". Su poema dedicado a Jenny, donde habla del deseo sentido hacia una drag y sus distintas formas de expresar su género, es un ejemplo de cómo Gloria vivía su fascinación y deseo por las personas sin que su género le condicionase. Ver ese camino ya hecho, en el que poder caminar sin vergüenza ni culpa, fue un abrazo cálido que me sigue reconfortando.

Desde entonces me he preguntado muchas veces por qué tardé tanto en entender mi deseo, o en verlo reflejado en otra persona. Estoy segura de que ese momento habría llegado mucho antes si hubiera podido identificarme con personas visibles y reconocidas socialmente. Y eso me lleva a preguntarme por qué a día de hoy seguimos sin saber muy bien cuáles son las referentes bi de la historia. Y, sobre todo, por qué hay personajes que, cuando te atreves a insinuar la ligera posibilidad de que fueran bisexuales, se arma la de Dios es Cristo.

Para poder analizar por qué estamos así, tenemos que tener en cuenta que el término bisexual es algo bastante reciente. La palabrita no empezó a usarse hasta finales del siglo XIX y principios del siglo XX en el ámbito psicosanitario.

Como nos encontramos con un término tan reciente y una mirada actual, a veces parece que solo podemos identificar a personajes históricos queer a través de sus amantes. Y aquí es donde entramos en contradicción con nosotres mismes. Porque el activismo bi y asex han hecho especial hincapié en enseñarnos que no nos definen nuestras prácticas. Que es igual de bi una persona asexual que una chica que sabe le gustan las chicas aunque lleve con su novio toda la vida, o que alguien que se ha pasado Tinder con gente de todo el espectro. Que no le debemos a nadie un historial sexoafectivo perfecto para que nos concedan nuestra etiqueta. Y eso lo saben bien los acosadores que llamaban maricón y marimacho al niño afeminado y a la niña masculina del patio del colegio, sin necesidad de que hubieran tenido ninguna pareja.

Pero claro, si es imposible que nadie antes del siglo XX se nombrara a sí misme como bisexual... ¿Cómo podemos reconocer a quienes hoy entendemos como personas bisexuales? *It's very difficult* todo esto.

Para ponérnoslo un poco más fácil, vayamos directas al siglo XX. ¿Dónde estaban les bisexuales cuando ya se les nombraba? ¿Acaso no había activistas bi?

Tenemos que entender que esto es todo un proceso: primero se empieza a usar el término en la teoría. Luego se baja a tierra y empieza a afectar a nuestras vidas y a patologizarnos. Después comienza la reapropiación por parte del activismo, en el que el insulto (en este caso, diagnóstico) se usa de forma empoderante e identitaria. Y este momento, en la sociedad occidental, no llegó hasta los años 70 del siglo pasado, época en la que Maggie Rubinstein funda el Centro Bisexual de San Francisco.

Shiri Eisner explica en *Bi: Apuntes para una revolución bisexual* que antes de los 70 "existe muy poca investigación [...] pero se puede deducir que muchas personas bisexuales entre las décadas de los 50 y los 60 formaban parte de las comunidades gais o lésbicas y que participaron en las primeras organizaciones por los derechos gais en Estados Unidos". Vamos, que estaban fuera del armario pero llevando un disfraz. Y aun así, una vez llegados los 70 y ese nacimiento del activismo bi, no tuvo que ser nada fácil nombrarse bisexual.

Este primer auge coincide con otro movimiento: el lesbianismo político. Esta teoría, a grandes rasgos e intentando resumir mucho, venía a entender el lesbianismo, más que como una orientación sexual, como una opción que se puede (y se debe) elegir. Entendían que lo político del lesbianismo no era el hecho de serlo, sino elegirlo, elegir no relacionarte con quienes nos

oprimen (*aka* los señores). Esa interpretación puede colocar a la bisexualidad como algo despolitizante al lanzar ideas como:

Si eres mujer y puedes elegir, ¿por qué ibas a relacionarte con tu opresor? ¿Qué hay más controlador que moralizar nuestras vivencias? Pretender que las mujeres amolden sus deseos y sus redes por un supuesto bien mayor es tremendamente represivo, ya sea por el bien de la heterosexualidad o del lesbianismo.

Lo político es elegir la orientación, no nacer con ella. Este argumento nace contra el fenómeno de que nos acepten solo porque "pobres, no pueden hacer otra cosa". Pero obvia el potencial político del deseo bisexual, que rompe este pensamiento por el simple hecho de que sí, podemos hacer otra cosa. Y aun así, seguimos relacionándonos a pesar del género y las normas sociales.

Si no quieres sufrir opresión machista, no te relaciones con hombres. Nadie va a juzgar cómo se reconstruye el deseo de una superviviente tras sufrir violencia. Pero esgrimir este argumento así, de primeras, nos lleva a responsabilizar a las víctimas de la violencia que sufren. Algo así como "si no quieres que te viole, no haberte relacionado con él".

Sin menospreciar al lesbianismo político, que supuso ideas rompedoras en un momento en el que se necesitaba, podemos comprender que coincidió con un movimiento bisexual incipiente que ya nacía car-

gado de prejuicios dentro del colectivo. E igual que durante muchos años muchas mujeres lesbianas tiraron del carro del feminismo dentro del armario para no "ensuciar" el movimiento[1] de puertas hacia afuera, resulta fácil deducir que muchas personas bisexuales militaron (y militan) en movimientos homosexuales, dentro del armario.

El activismo bi tuvo un segundo auge en los años 90, época en la que nace el *Manifiesto bisexual*. Y, también coincidiendo con ese auge, la comunidad bisexual se enfrentó a otro mazazo: la bifobia que provocó la crisis del SIDA.

El *Manifiesto bisexual* fue muy importante para la comunidad, que definía la bisexualidad como algo que se salía del binarismo impuesto y reivindicaba el potencial político de su fluidez. Se empezó a hablar más de la bisexualidad como orientación fuera de los círculos específicos[2]. Pero como adelantaba, la sociedad golpeó duro a las biciosas y, si antes habían recibido duro las mujeres bi, ahora era el turno de los hombres.

En plena crisis del sida, sembrada de miedo y desconocimiento, se comenzó a acusar a los hombres bisexuales de llevar ese virus gay al sano y santo mundo heterosexual. Como no se entendía cómo funcionaba

[1] Esto lo explica muy bien Gracia Trujillo en la serie documental de RTVE *Nosotrxs somos*.

[2] Es famosa la portada de la revista *Newsweek* de 1995 dedicada a la bisexualidad bajo el titular: "Una nueva identidad sexual emerge".

la enfermedad, se les responsabilizó de contagiar a las mujeres heterosexuales y fueron convertidos en enemigos públicos. La palabra "traidor" se nos quedó grabada en la frente con más vehemencia.

Aunque ha llovido desde entonces, seguimos cargando con el peso de las cadenas que arrastramos por los fantasmas del pasado que aún no nos hemos quitado. Por ejemplo, aún pasan cosas tan graves como que se nos siga patologizando. Hemos superado los tiempos en los que el psicoanálisis nos veía como un tipo de "hermafroditismo psíquico", o en los que Freud nos definía como una fase inmadura correspondiente al "perverso polimorfo". Pero de forma más velada, hay profesionales que siguen interpretando nuestra orientación como una conducta que puede responder a una fase maníaca.

En el trato con nuestras iguales, se nos sigue viendo como algo que ensucia la causa y la despolitiza. Y eso afecta directamente al borrado de referentes bisexuales. Por ejemplo, cuando reivindicamos las celebraciones del Orgullo, casi nadie (excepto las cuatro biciosas de siempre) se acuerda de nombrar a Brenda Howard, la "Madre del Orgullo" que organizó esa primera marcha en conmemoración de los disturbios de Stonewall y que era activista por los derechos de las personas bisexuales.

Cuando se reivindica a Sylvia Rivera y Marsha P. Johnson, se destaca que fueron mujeres trans, racia-

lizadas, trabajadoras sexuales... Pero se queda en el tintero su orientación, por la que ellas mismas denunciaron sentirse discriminadas[3]. Y a día de hoy se sigue etiquetando de homosexual a personas que se nombraron o se nombran como bi. David Bowie lo dijo claramente y a Chelo García Cortés solo le falta tatuárselo en el pecho. Pero parece que si elevan a alguien a la categoría de "referente", no pueden rebajarla a la de "bisexual".

Es precisamente por esto por lo que es importante seguir nombrándonos bisexuales como arma política. Es aquello con lo que nos han atacado, tanto médica como socialmente, y es nuestra herramienta para visibilizarlo. La activista Gretel Ammann dijo, sobre su identidad de lesbiana: "Me llevaron a un psiquiatra y nos separaron. Esa fue la primera vez, luego hubo otra. Eso es normal, son cosas que pasan y no son una sorpresa en esta sociedad. Pero fue justamente en el psiquiatra, y eso le ha ocurrido a muchos hombres y mujeres homosexuales, donde encontré mi identidad. Y me dije: si a mí me gusta esto, por qué negarlo"[4].

Escuchar a Ammann para mí fue revelador. Cómo no empoderarnos esgrimiendo aquello con lo que nos han encerrado e intentado borrar. Es nuestro escudo contra esa luz de gas por la que nos intentan conven-

[3] Sylvia Rivera y Marsha P. Johnson, *Acción travesti callejera revolucionaria*, Imperdible, 2015.

[4] En el programa de televisión *L'habitació dels Fonts*, en 1981.

cer de que no sufrimos opresión. Que somos las privilegiadas del colectivo. La palabra "bisexual" es la raíz de una opresión que a día de hoy sigue en marcha. Y luchar bajo el término con el que nos han medicado, psiquiatrizado, insultado... es, actualmente, lo más político que podemos hacer. Nos da la fuerza de no olvidar el origen de los problemas a los que nos seguimos enfrentando. Porque si nos olvidamos de dónde venimos, estaremos condenades a repetir la historia.

En los últimos años hemos podido observar un florecimiento del activismo bisexual en el territorio español: se han creado multitud de colectivos y espacios por todo el territorio, se celebraron las ConBivencias[5], se habla más del tema, se señala más la bifobia e incluso se han moderado ciertos discursos que nos atacaban.

Y a la vez, ha vuelto esa interpretación desactualizada heredada de los 70 que considera que, en las mujeres, solo es político el deseo hacia otras mujeres. Hemos visto a una ilustradora feminista decir que nombrarse bisexual es como decir "eh, eh, patriarcado, que yo sigo estando disponible para ti, ¿eh? No soy una de esas lesbianas". Hemos leído a una famosa periodista feminista escribir sobre lo político que es elegir ser lesbiana y a la vez sospechar que las mujeres bi nos estemos mintiendo a nosotras mismas, que seamos unas "heteropero" o que estemos usando a las

[5] *Aka* Jornadas Estatales Autogestionadas sobre Bisexualidad.

lesbianas para nuestras curiosidades sexuales. Hemos visto a la presentadora de un famoso pódcast decir que nos gustan los hombres porque nos lo han dicho, pero que si tenemos fuerza de voluntad, podemos ser lesbianas. Hemos visto a una cantante celebrar, supuestamente, haberse curado de su bisexualidad.

No escribo nombres porque no pienso incentivar esa sobreexigencia machista que nos examina con lupa a las mujeres y, al primer fallo, en lugar de darnos espacio para la reflexión, nos apedrea. No las señalo a ellas, señalo esta tendencia. Esta vuelta a la estigmatización de la bisexualidad, que coincide de nuevo con un auge del activismo bi. Señalo que hay personas con altavoz cuyas actitudes y discursos, aunque con buena intención, nos siguen borrando.

Porque cada una es libre de elegir cómo vive su deseo. Y a la vez, hay personas que desean a más de un género que siguen viviendo ciertos deseos en la sombra: por vergüenza, por considerarlo no político, por evitar las burlas o el rechazo de sus compas... ¿Es realmente político sentirte mal porque te pareció atractiva una persona de otro género? ¿Es revolucionario liarte con alguien a escondidas y luego tener miedo de que te descubran? ¿Es activista ocultar partes enteras de tu biografía para evitar el rechazo? Es algo que he visto en el día a día y que me recuerda a ciertos mecanismos de la heteronorma. Como esa madre que espera que su hijo bi se eche solo novias para que no

sufra, o por el qué dirán. Y cuando la elección pasa a ser imposición social o ideológica, cuando nos hace sentir incómodes o negar una parte de nosotres... Me temo que ya no es tan revolucionario como parece.

Para mí, personalmente, ni lo es ni lo fue. La última vez que me relacioné con un hombre fue pocos meses después de salir del armario, y de eso hace siete años. Y aunque, como he contado, no sabía bien dónde colocarme, llamarme bollera no me hacía bien. En ambientes queer me daba estatus... Y a la vez, vergüenza. De un pasado que ocupaba mucho espacio. De un deseo que seguía experimentando. De mí misma.

Ahora no me planteo si volveré a relacionarme con un hombre cis o no. Me da igual. Porque sé que ahora que reconozco el deseo hacia otros géneros, que he vivido relaciones en las que el machismo no marcaba los roles de pareja, mis límites han cambiado. Y eso no hace que dejen de atraerme los hombres. Hace que si me relaciono con un tío cis hetero, no será desde la resignación. Y aquí encuentro algo realmente movilizador: pavos que saben que sus novias bi no tienen por qué conformarse con relaciones machistas y que, por lo tanto, tienen que ponerse las pilas.

Todas estas micromierdas diarias a las que nos tenemos que enfrentar nos llenan de lo que ya sabemos: aislamiento, síndrome de la impostora, bajona. Pero sanamos ese cansancio cuando tenemos en el horizonte a personas visibles o validadas por la sociedad

en las que poder reconocernos. Es algo que nos facilita enormemente la vida. Cuando una parte de ti es rechazada por la sociedad, una referente puede ayudarte a creer que se puede tener una vida digna siendo quien eres. O puede hacer que, aunque la sociedad en general te ignore o juzgue, tu entorno sí conozca tu realidad con compasión. Facilita que las personas que tienes cerca te reconozcan, te valoren y te validen.

Y cuando una parte de ti no es ni rechazada, porque es directamente invisibilizada, una referente puede significar algo tan básico como que te des cuenta de que existes. Que te entiendas. Que te reconcilies contigo misme en lugar de pensar que hay algo de ti que está roto, que no termina de encajar en un lado ni en otro. Y en algo tan básico como esto, el colectivo bisexual se encuentra en un estado de precariedad del que cuesta salir.

Cuando yo viví mi epifanía (es decir, la primera vez que pensé, "Eh, ¿igual soy bi o qué pasa?"), me obsesioné con buscar personas como yo, soñando con encontrar sendas ya caminadas cuyos pasos mostrasen por dónde ir. Y me di de bruces con una falta (o borrado) de referentes que nos sigue arrastrando, junto con la bifobia generalizada, a la invisibilización. Al aislamiento.

Y esta soledad no elegida del colectivo bi, esta falta de validación externa, no solo nos pone la vida un puntito más difícil. También nos puede llevar a una

falta de validación interna. A perpetuar una bifobia interiorizada. A luchar continuamente con el síndrome de la impostora que nos hace sentir que, en realidad, no merecemos pertenecer al colectivo. Que no somos eso que llaman queer. Que es mejor pasar desapercibides, no vayamos a molestar a quienes de verdad son disidentes y sufren opresión.

Paquita Salas decía que "ha habido maricones toda la historia de la humanidad". Y bisexuales también, aunque no se les llamase así. Y yo no podía pegarte tremenda chapa sin luego compensarte con un listado incompleto y arbitrario de personas interesantísimas en cuyas vidas podemos reconocernos quienes, a día de hoy, sabemos que somos bi.

Julio César, el más famoso emperador de Roma. Heliogábalo, que también gobernó Roma tres siglos después, pidiendo que le llamasen "reina" y teniendo varias esposas y maridos (algunos a la vez). Ricardo Corazón de León, de quien se dice que compartía plato y cama con Felipe II de Francia. Mary Shelley, creadora del género de ciencia ficción con *Frankenstein*. Virginia Woolf, quien nos mostró cómo la fuerza y la fragilidad pueden convivir en una misma personalidad. Colette, que tuvo la primera valentía de dejar de escribir bajo el nombre de su marido, y a la que siguieron muchas valentías después. Josephine Baker; bailarina, actriz, espía para la resistencia francesa y activista por los derechos civiles, entre otras cosas. Gloria

Fuertes, la poeta de los amores prohibidos y de varias generaciones de peques de nuestro país. Janis Joplin, la voz desgarradora que definía su orientación como "simplemente sexual". Freddie Mercury, quien aparentemente tuvo el valor de nombrarse como bisexual ante su mujer, y ambas nos mostraron cómo cuidarse tras romper una relación. David Bowie, un ser tan fluido como querido. Marielle Franco, la política brasileña que luchó hasta que fue asesinada por su orientación. Chelo García Cortés, la aliada y confidente de grandes historias, protagonista de otras, y siempre luchando por ser visible.

Pero no solo nos guían aquellas personas que, por una razón u otra, han alcanzado reconocimiento y fama. Nuestros horizontes también los iluminan esas personas de nuestro día a día que nos hacen de faro y salvavidas. Chicos que nos enseñan que su pluma no es solo para el deseo de los hombres. Chicas y chiques que se relacionan con hombres cis hetero y que construyen para que ellos, que nunca han vivido su realidad, conozcan y valoren su orientación e identidad. Familias formadas por una o varias personas bisexuales que nos demuestran tanto: que no, que su pareja no define su orientación. Y que aunque tengan más parejas después de maternar, sus hijes fueron deseades y no fruto de obligarse a ser heteros[6].

[6] Quiero agradecer a les integrantes del colectivo Biejales por esta reflexión tan bonita que me compartieron el día de la visibilidad bisexual de 2024.

Somos referentes de guerrilla, pesades anónimes que decimos que somos bi constantemente para que no dejen de vernos como lo que somos. Yo tengo a las mías propias: Amigues a quienes he visto salir del armario y enfrentarse a lo que viniese sin importarles su edad, su experiencia vital o su situación familiar. Compas de Taberna Bi y de otras colectivas como Biejales y Señores Bien, con quienes he podido crear espacios para reivindicar, pero también para socializar y disfrutar. Les fundadores de las Conbivencias, donde se crearon tantos discursos políticos, tantas redes y amistades, tantas colectivas nuevas. Colectivas de todo el territorio, que trabajan cada una con sus maneras propias para llegar a sus necesidades específicas, no a las expectativas ajenas. Y por supuesto, autores como Shiri Eisner, Elisa Coll o Cristina Domenech, que han investigado y escrito siendo todo lo pesades que necesitábamos que fuesen, construyendo una base para que el resto pudiésemos seguir investigando. Este ejército de personitas me iluminan el camino de baldosas amarillas hacia el arcoiris rosa, morado y azul.

Son tantos esos luceros de ayer y de hoy, cuya existencia o recuerdo hacen de este mundo un lugar más habitable, que al menos a mí me empieza a parecer difícil borrarlos. Por eso, la próxima vez que me digan que un referente no era bi, que no puedo demostrarlo, les diré que me da igual. Mientras me reconozca en su experiencia, me ayude a entenderme, a perdonarme o

a quitarme culpa. Mientras su ejemplo sirva para generar imaginarios y hacer comprender que existimos, me da igual que en su año se usase o no la palabra bisexual.

A generaciones de lesbianas les han hecho de sostén los poemas de Gloria Fuertes dedicados a mujeres, y a las personas bisexuales nos ha reconfortado su forma de expresar su orientación. Y ambos hechos son tremendamente valiosos. Porque esto no va de robarnos fichajes, no somos equipos de fútbol ni una escisión de izquierdas. Si todes hemos reconocido en una persona cosas que nos han iluminado y servido de ancla, ya hemos ganado. Si ellas nos mostraron el camino, nosotres debemos andar juntes por él.

Cristina Arrojo (temporada escorpio, 1994) es historiadora del arte, escritora y artista. Es autora de los poemarios *Dejar que sangre* (2024) y *DESPUÉS idea EL MURO* (2020) y de artículos para medios como *Pikara Magazine*, *El Salto* o *Zenda*. Investiga en torno a dos recorridos principales: de un lado, las relaciones entre arte contemporáneo, memoria histórica y activismos disidentes, con especial interés en los contextos de violencias políticas de Estado en América Latina y España; del otro, los tránsitos espacio-temporales en torno al futuro, sus posibilidades y preguntas, en sintonía con las narrativas críticas que apuestan por movilizar pensamientos y cuerpos ante un presente abrumador. Es miembro de la Red de Políticas y Estéticas de la Memoria (@red.pyem) y también ha integrado colectivos activistas como el Colectivo Bisexual Taberna Bi de Madrid.


CRISTINA
ARROJO

ÁLBUM DE RECUERDOS DE LAS VACACIONES DE VERANO DE 2022

Cristina Arrojo

Foto 1: un grupo de personas en semicírculo observa atentamente lo que, en apariencia, es un forcejeo entre dos personas. En la mitad izquierda: tres personas con camisetas de color gris chándal de manga corta están comentando la escena. Yo estoy justo al lado, llevo puesta una sudadera color tierra y un pantalón ajustado en el que me cuesta reconocerme. A mi lado otras dos personas en posiciones similares, aunque una de ellas sonríe. En la mitad derecha hay otras seis personas, más juntas entre sí, de las cuales una es mi amigue y hermane del alma y otra está agachada en cuclillas. Una de esas personas viste un peto vaquero de corte *vintage* y otra se ha colocado la capucha de la sudadera negra. En el centro, las dos personas que supuestamente forcejean son rubias y tienen, más o menos, la misma estatura. Una de ellas tiene su mano izquierda "golpeando" la cara de la otra, cuyos rizos dorados caen por el cuello torsionado por el "golpe" que le está asestando su contraria. Está sonriendo a boca abierta y por eso sé que realmente no están peleando.

¿Qué hay dentro de una imagen?

Hay muchas, infinitas cosas escritas sobre las imágenes y lo que significan. También, hay muchas preguntas que siguen transitándose desde las múltiples formas que adoptan las respuestas. Yo trabajo con, recurro a, buceo en, pienso la articulación de los pensamientos desde las imágenes y me encanta sumergirme en todos los mundos que albergan. De entre los múltiples recursos de análisis, la foto-elicitación es una metodología de investigación fotográfica que consiste en narrar el acontecimiento que captura la imagen de forma que, a través de descripciones, es posible interpretar los significados de la foto. En un artículo[1] escrito por varies investigadores de la UCM se afirma que: "la foto-elicitación puede describirse como la explotación deliberada de la respuesta del espectador a la fotografía". Es decir: la imagen (la foto) posibilita varias y distintas respuestas, reacciones, interpretaciones (miradas) en función de quiénes sean sus espectadores.

La poeta María Salgado me enseñó[2] este procedimiento para *describir la imagen hasta*

[1] VV.AA., "Foto-Elicitación e indagación narrativa visual en estudio de casos y grupos de discusión". *NTQR Vol. 5, La práctica en Investigación Cualitativa*, 2021. https://ocw.uca.es/pluginfile.php/5725/mod_resource/content/1/259-TextoArtigo-526-1-10-20210127%20%281%29.pdf

[2] En la sesión "Lengua/je, no palabras" del taller "Palabras de imágenes" de la Facultad de Bellas Artes de la UCM, organizado por María Rosón entre septiembre de 2024 y abril de 2025.

agotarla, para exprimir todas sus posibles narraciones a través del mero hecho de narrarla. Utilizar la mirada propia para destripar los significados de la imagen, sus estéticas: excavarlas. Me propongo agarrar estas mismas herramientas minuciosas —la descripción, el destripamiento, la excavación— y recoger la pedagogía de Salgado para esbozar un breve boceto sobre el concepto de pluma y sus relaciones con la mirada y con el supuesto *passing* atribuido a ciertas personas bi.

En el tiempo en que estaba tomando notas sobre qué cosa es la pluma bi, una tarde de primavera, entre las lluvias torrenciales y la alergia al plátano de sombra, rescato el hermoso y amplio archivo documental de las primeras ConBivencias (Jornadas Autogestionadas sobre Bisexualidad) de septiembre de 2022, compuesto por fotos y vídeos que fuimos aportando entre quienes acudimos y también por material creado por artistas audiovisuales. Me descubro fisgona, observando a las personas que aparecen en esos retratos espontáneos, quiero averiguar a qué juegan, de qué hablan, por qué se ríen, si ahí ya tenían frío o eso vino después, si se acuerdan de las tijeretas dentro de las cabañas y del olor desurbano con que nos deleitaban las vaquitas.

Foto 2: Cinco personas sentadas en círculo, reconozco un rostro de alguien que más adelante será

mi amiga. Conversan alegres, se escuchan con la atención de quien está descubriendo a otres. Una de esas personas viste una sudadera rosa chicle que resalta entre los tonos ocres del paisaje y que combina con la melena pelirroja de la persona que está al lado. A su derecha, una persona algunos años mayor que el resto, tiene el pelo corto y brillante y lleva unas pistoleras a rayas granates y verdes. Junto a esa persona, una quinta lleva el pelo recogido en una pequeña coleta castaña que armoniza con el naranja pálido de su sudadera, tiene la boca torcida en un gesto que pudiera ser el principio de una sonrisa.

Foto 3: Otras cinco personas sentadas en torno a los esqueletos de un gran árbol, algunas sentadas sobre viejos pedazos de madera y otras sobre el propio paisaje que regala la naturaleza. Cuatro de ellas están riendo con los dientes bien afuera y la quinta, aunque se ve de espaldas, me atrevo a decir que también. Una de esas personas es compañera de activismo desde hace años. De otra de ellas recuerdo el nombre, la voz y lo divertida que es. De la estampa campestre recuerdo el olor a excremento de vaca, hierba fresca y barro.

Foto 4: Una persona delante de un espejo en un baño está empezando a maquillarse, se ha trazado

una línea de *contouring* en la mitad de su mejilla derecha. Lleva el pelo recogido en una coleta baja, una chaqueta negra y está concentrada en el recorrido de su contorno facial.

Abrazo mi recuerdo y lanzo otro abrazo al aire, dirigido hacia las casi doscientas personas que me acompañaron ese fin de semana en el campamento El Piélago de Toledo. Vuelven a mí las palabras de Salgado con la misma fuerza con que vuelve el recuerdo del amor vulnerable y sostenido. Describir la imagen hasta agotarla. Dejarla que cuente, que se cuente, una especie de ejercicio reflexivo de la imagen hacia sí misma y su propia narración. Describirla siendo yo una intermediaria entre la imagen y su historia. Llevo años de mi vida investigando con/desde/sobre/en las imágenes y, de pronto, una verdad me enfrenta ante mi propia egolatría: cada imagen, como cada cuerpa, se narra a sí misma.

La pluma, creo, tiene un poco que ver con lo que cada cuerpa cuenta de sí misma. Sin embargo, pensar sobre el concepto de "pluma" en identidades disidentes no es algo que pueda hacerse desde un lugar vacío o sin una expectativa previa. La configuración social cis-blanca-heteronormativa y los dispositivos culturales que en ella operan han construido unos marcos identitarios férreos, es decir, han consolidado, en parcelas muy cerradas, a quiénes pertenece la categoría

de "sujetxs" y quienes son —somos— simplemente, les otres. El concepto de otredad ha sido ampliamente desarrollado por pensadoras/es antirracistas, descoloniales y cuir, y viene a problematizar la subjetividad como fenómeno epistemológico que determina qué cuerpos, qué identidades merecen derechos y dignidad (son sujetos, esto es, con agencia activa, determinación y posición política propias), y quiénes son percibidos como ajenos o extraños, extranjeros. Es decir: la disputa por el imaginario. Existe un sujeto universalizado sobre el que está construido el imaginario colectivo occidental: individuo hombre, cis, heterosexual, burgués, blanco, crecido en el norte global (Bouteldja, 2016)[3]. El pensamiento occidental está atravesado por esta subjetividad hegemónica, de modo que cualquier forma de subjetividad que no encaje en estos marcos deviene subalterna, es decir, es otre. Esto está directamente relacionado con el formato de binomio que reproduce y sustenta el capitalismo y sus opresiones: naturaleza/cultura, rico/pobre, objetivo-universal/subjetivo-personal, etc. Siguiendo a Ochy Curiel, el imaginario colectivo estaría impregnado de una matriz universalizable que reproduce los valores del im-

[3] Sobre esto hay una amplia producción bibliográfica. Algunes de les autores que he leído a lo largo de mi vida y que han sido guía no solo para estas páginas, sino para mi propia revisión como persona blan-ca, han sido: Ochy Curiel, Patricia Hill-Collins, Angela Davis, Aníbal Quijano, Franz Fanon, Aimé Césaire, Houria Bouteldja, Chandra Talpade Mohanty, entre otres.

perialismo colonial, el racismo, el cisheterosexismo, el patriarcado y la opresión de clases, entre otros.

Creo que en torno a esta categorización de les sujetxs es que se ha construido la pluma. Ciertamente, lo que en origen fue un arma contra nosotres[4] es hoy una herramienta identitaria que nos permite (re)conocernos, acuerparnos, habitarnos con dignidad y con orgullo y abrazar nuestra disidencia como merece ser abrazada. Sin embargo, los enunciados de la norma —y, en consecuencia, los de la otredad— han establecido ciertas configuraciones acerca de la pluma, de lo que es y lo que no es, reforzando así el binarismo de género y sexual y, como si las identidades fueran terrenos que delimitar en un mapa, parcelar la pluma según lo que encaja en ella y lo que no.

Pongámonos imaginatives: si une piensa en marikas con pluma, con toda probabilidad se imaginará a alguien que hace movimientos y gestos marcados estilo *vogue*, que viste con *crop tops* y camisetas de rejilla, que se pone sombras de ojos y/o se pinta las uñas y que posee una determinada forma de hablar que toca el rincón del imaginario donde está comprendida la pluma y que, al escucharla, permite decir: es marika.

Si, en cambio, une piensa en pluma bollera, lo pri-

[4] No quiero decir con esto que la pluma ya no sea una marca por la que recibir agresiones, vejaciones y otros tipos de violencia, sino enfatizar en la resignificación y reapropiación de la pluma por parte del colectivo LGTBIQA+ como seña de identidad y de orgullo.

mero (y me atrevería a decir que lo único) que viene a la mente es una estética *butch* o alineada en ese espectro: pelo corto, ropa ancha (y la camisa de cuadros, claro), una serie de comportamientos y gestos presuntamente masculinos.

Estas imágenes son reales, aunque, por supuesto, responden a un estereotipo (lo-que-es-une-marika/lo-que-es-une-bollera). Existen en nuestro mundo y son las expresiones de género de algunes marikas y bolleras a quienes amamos, compartimos, deseamos. Ahora bien: ¿todos los marikas caben en una única descripción prefigurada? ¿Todas las bolleras son *butch*, o acaso todas las personas *butch* son bolleras? ¿Tiene sentido totalizar la estética de todo un colectivo según las normas de un imaginario político-cultural que, además, nacen de las lógicas de categorización y exclusión de le otre?

Y, en todo esto, ¿dónde está la pluma bi?, ¿alguien sabe qué formas tiene?

Les investigadores del artículo referenciado previamente sobre la foto-elicitación afirman (p. 43):

> [...] las imágenes evocan elementos más profundos de la conciencia humana que las palabras, por consiguiente, la foto-elicitación, además de suscitar sentimientos y recuerdos, produce información de naturaleza diferente, de mayor riqueza, desde una honda conversación significativa y relevante.

Esto viene a decir que las imágenes significan muchas cosas y que la representación de las cosas —lo que en la Grecia clásica se llamó mímesis (μίμησις, *mímēsis*) y que supone un punto de origen en el pensamiento occidental— tiene que ver con las múltiples formas que estas adoptan bajo nuestra mirada. Describir la imagen hasta agotarla tiene que ver, entonces, con observar cómo afloran los sentimientos y recuerdos y cómo la información de naturaleza diferente (la que no pretende ser objetiva, la que se concreta en los afectos entre lxs cuerpxs y los lugares) es, siempre, la que más verdades cuenta.

Estrella de Diego, una gran investigadora actual en materia de imagen, afirma sustancialmente: mirar es estar en el relato[5]. Vamos a detenernos un momento aquí.

Mirar es estar en el relato, y eso quiere decir que mis ojos construyen historias y, a su vez, son influenciados por las historias de las que forman parte.

Mirar (detenerse, pensar con, pensar sobre, pensar en, observar, atender, registrar, percibir)

es estar (formar parte, cohabitar, existir en)

en el relato (todas las cosas que forman parte del contexto del que yo formo parte).

¿Quién soy cuando miro? La mirada, por propia

[5] Estrella de Diego, *No soy yo. Autobiografía, performance y nuevos espectadores*, Col. El ojo del tiempo, Siruela, 2011.

y personal que sea, no es una cuestión estrictamente individual, sino que también es atravesada por —y atraviesa— los discursos hegemónicos, las violencias sistémicas normalizadas y las estrategias de supervivencia. Sobre este asunto se puede reflexionar mucho, pero concretando en lo que nos convoca aquí: el relato sobre la pluma está necesaria y directamente atravesado por las miradas de quienes lo han construido; y estas miradas, del mismo modo, están nutridas del contexto social, cultural y político (es decir: del relato).

Esto quiere decir que la pluma, como tantos otros lugares de comprensión y enunciación de la otredad, también está atravesada por las lógicas cishetero-blanca-colonial-racista-capacitista-etcétera que ordenan el mundo y su funcionamiento. Y esto, a su vez, tiene que ver con reconocer la pluma solo bajo ciertos condicionantes binarios (el *voguing*, lo *butch*) y con la correspondiente negación de quienes no cumplen con esos marcos (miradas).

Recupero la pregunta: ¿dónde está la pluma bi?

La historia de la bisexualidad es una historia de borrado, invisibilización y legitimación de la misma, infantilización, estigmatización. No me extenderé en esto, otres compas lo hacen maravillosamente en esta misma compilación y en otros textos de referencia. Sin embargo, sí me parece importante no perder este norte —procurando evitar una mirada punitivista—

para, así, saber un poco cómo son los mares por los que navegamos.

El borrado y la invisibilización bi son dos condiciones que nos atraviesan como comunidad en la genealogía histórica y también en el presente. Mirar es estar en el relato, ya se ha dicho, pero ¿quién soy cuando miro si a donde miro es al vacío?, ¿qué relato es el que se construye desde el no-lugar y cómo puedo mirarme y mirar a les otres? Mirar es estar en el relato, y el relato en el que estamos, desde el que nos miramos, es el del borrado, la negación y la no posibilidad.

Claro que esto está cambiando desde hace algunos años, por suerte, con comunidades y colectivos que han ido surgiendo a lo largo de todo el territorio del estado español (Colectivo Bisexual Taberna Bi y Biejales en Madrid, Disturbi Col.lectiu en Barcelona, Rabia Granaína en Granada, Billabiciosa en Málaga, Biguesas en Vigo, entre otros) que apuestan por generar discurso, afecto y práctica compartida que rompa con el monolito del no-lugar bisexual. Ya sabemos que no estamos soles, que existimos juntes. Hemos nombrado la bifobia y hemos acuerpado lo bi como política desde sus múltiples aristas, contradicciones, confusiones, amores, deseos, sentires, intersecciones.

Foto 5: Varias personas, otro espejo pero el mismo baño, se maquillan a sí mismes o entre sí. Quienes tienen melenas las llevan en recogidos diversos. Charlan, se prestan *rimmels* y brochas y polvos, se preparan.

Foto 6: en el mismo baño, una persona con un pincel en la mano y otra enfrente, esta última con los ojos cerrados —visibles las arruguitas en los párpados que afloran cuando une está alegre y sonriendo—, está esperando a que su compañere termine de maquearle.

June Jordan, en su "Poema sobre mis derechos", escribe: "yo soy la historia del rechazo a quien soy"[6]. La historia de la bisexualidad es la historia del rechazo a quienes somos. Afortunadamente estamos rompiendo con eso. Pero, si el relato (y la mirada) nos refuerzan sistemáticamente el rechazo y la invisibilidad, ¿cómo podemos pensar la pluma bi o, dicho de otro modo, qué formas tenemos de agenciarnos una identidad propia, reconocida para nuestres iguales, cuáles son sus características?

El pelo de colores, sentarse raro, el chaleco como

[6] June Jordan (1936-2002) fue una poeta estadounidense, negra, bisexual, feminista e hija de inmigrantes jamaiquinos (la fuente de esto es el mismo enlace). Traducción de Verónica Zondek. https://cuadrodetiza.cl/wp-content/uploads/2017/11/june-jordan-poema-sobre-mis-derechos.pdf

prenda que vestir en cada *outfit*, la combinación de estampados cada cual más recargado, el *mullet*, el *septum*. Hemos buscado algunos recursos estéticos que recoger bajo la etiqueta de lo bi. Con razón o sin ella.

No tengo respuestas para esto, ni tampoco pretendo sentar cátedra. Más bien al revés: busco romper con el relato de lo-que-sí-es-la-pluma versus lo-que-no. No me interesa recopilar un catálogo de expresiones concretas de lo bi. En un tiempo en que algunos discursos están haciendo apología de una forma específica como la única forma válida de ser bi[7], mi propuesta se dirige hacia una pluma bi que no es una categoría excluyente. En la disputa por el imaginario, el potencial político de lo bi radica en sus infinitas posibilidades. Y esa es la lucha que nos convoca en este libro y también la que venimos defendiendo hace más de cuarenta años.

La pluma, los estereotipos y el *passing* actúan conjuntamente en lo que respecta a la mirada sobre la bisexualidad. *Passing* es un anglicismo que se emplea para designar cuando alguien "pasa por" algo que no es, pero que parecerlo le otorga ciertos privilegios o, al menos, le coloca en coyunturas diferentes al resto de su comunidad. Algunos ejemplos son personas trans que tendrían *passing* cis (es decir: son leídas como

[7] Noemí López Trujillo lo denomina como "la buena bisexual" en su artículo "Por qué vigilar con quién se acuestan las mujeres bisexuales es retórica incel", 14 junio 2025. https://www.newtral.es/bifobia-fletcher-retorica-incel/20250614/

cis), o mujeres bi en relaciones con hombres que son leídas como hetero, y bajo el pretexto de no estar recibiendo las mismas violencias que otras mujeres que están en relaciones con mujeres, se les concede el honor de tener *passing* hetero. Sobre este segundo caso me centro en las siguientes líneas.

En este contexto del auge de no tan nuevas posiciones neoliberales (la retórica incel de la que habla Noemí López Trujillo) defiendo, con todas mis garras, que el supuesto *passing* hetero que nos atribuyen a les bi cuando tenemos relaciones con personas que son leídas como "el género opuesto" no es más que una mirada profundamente bífoba (y binaria) que reconoce la invisibilidad como una forma de privilegio y, en consecuencia, niega los efectos nocivos que acarrea. No hay ningún privilegio en ser negade en tanto bi por estar con *un tío* en lo que se ha nombrado como tener *passing* hetero (o con *una tía* y tener *passing* bollero, pero este se condena en menor medida porque estar con una tía es practicar bien la bisexualidad), de hecho, es una forma de violencia simbólica muy poderosa. Y si apuramos, traduce la lógica esencialista de "estar con *un tío* = mal y estar con *una tía* = bien" que, además de sonar tremendamente absurda, ya muy bien sabemos que nos culpa de recibir las violencias patriarcales al tiempo que nos desprotege cuando no son hombres quienes las ejercen.

Lamento no disculparme porque se me agote la

paciencia con esto. También estoy agotada de tener que justificar a cada tanto la cuestión básica de que la identidad no solo la definen las prácticas —que está muy clara cuando se habla de otras disidencias—, o de vernos juzgades, expuestes, señalades (¡¡traidoras!!) por tener a un hombre de compañero, necesitando justificar la decisión y ganarnos los méritos para poder seguir afirmándonos cuir. Asumir taxativamente que la relación entre una mujer bi y un hombre implica el asimilacionismo a la heterosexualidad es invisibilización y borrado. No hay ningún privilegio en sentirte inválide en el marco social, e incluso contigo misme, porque la naturalización de la bifobia te repite una y otra vez que tan bi no serás, que eliges el camino fácil o que te mereces la violencia que recibes por *elegir estar con un tío*. Naturalizar la bifobia es violencia. Y atribuirle un *passing* hetero, bollero o marika a una persona bi, además de ser bifobia rampante, implica colocar la mirada propia en un plano de análisis superior a la identidad propia en un ejercicio ególatra en que *aquello que yo veo de ti* tiene más valor, mayor legitimidad, que *aquello que tú reconoces ser*. La gente LGTBIQA+ conocemos bastante esta forma de negación. Me pregunto por qué sigue siendo lícita en torno a las personas bi.

La criminalización relacional de la bisexualidad la arrastramos identitariamente, incluso. En esta nueva versión, el estereotipo tan manido de "la traidora" se

ve reforzado y validado por la idea *cool* del rechazo al deseo hacia hombres, a las prácticas relacionales —atribuyéndoles también a ellos la presunción de cisheterosexualidad normativa—. La bisexualidad, entonces, vuelve a ser un proyecto inmaduro, un campo de pruebas, un laboratorio de experimentación. Una identidad ficticia. Hay más de cuarenta años de activismo bi en Europa y aún hoy debemos tener conversaciones urgentes que pongan sobre la mesa cuestiones como por qué seguimos haciendo de policía del género de las relaciones, o en qué se traduce la naturalización de la bifobia, cuáles son las dimensiones de su impacto en nuestros cuerpos y vivencias. Deseo una construcción colectiva de la disidencia que abrace los lugares comunes y los que no lo son. Defiendo seguir articulando discursos que se piensen y revisen, comunidades en donde los espacios seguros lo sean porque en ellos tiene cabida el cuestionamiento y el aprendizaje que se comparte también en lo complejo de habitar(se).

La pluma bi también es *voguing* y la pluma bi también es *butch*, y no porque lo diga yo, sino que histórica y genealógicamente lo es. La pluma bi es *femme*, es drag, es no binarie, se traviste, ha tenido una melena que le llegaba hasta el culo y se ha rapado la cabeza, se arregla la barba y se pinta los labios, lleva camisa de cuadros. Mi amiga Rocío Esperilla dice: "pluma bi es llevar calzoncillos y sujetador de encaje".

La pluma bi también es el síndrome de le impostore y acostumbrarte a sobreexplicar, son los datos sobre salud mental y violencia y seguir escuchando que la bifobia no existe. La pluma bi son todes les amigues que a lo largo de mi vida me han cogido la mano y han recorrido conmigo el camino de lo bi en este proceso hermoso de descubrirse juntes.

> Vídeo 1: es el día que nos vamos a las ConBivencias, el coche de A. al fondo, C. en primer plano, yo me muevo a su alrededor grabándole de espaldas en 180º. Elle baila suavemente mientras yo digo una y otra vez «qué fantasía, por favor». Se ha rapado al 1 y se ha pintado todo el pelo con la bandera bi, jugando con formas onduladas y con el propio contorno de su cabeza. A. en segundo plano, se ríe y reafirma: «sí que es una fantasía»

¿Qué hay en una imagen, dentro de ella? Describo el archivo de recuerdos buscando el rastro, la huella, los gestos de la pluma bi que aparece en tantos retratos. Tomo algunas notas, señalo ciertos planos, quiero, en definitiva, encontrar las palabras con las que poder contar lo que veo. Entonces recuerdo: describir la imagen hasta agotarla, dejarla que se cuente a sí misma.

A finales de los 60, mis abuelos dejaron una aldea al norte de Portugal buscando un futuro mejor en España. En 1992, a mí me nacieron en Briviesca, Burgos, donde crecí y me politicé siendo una niña a través del antiespecismo mucho antes de ponerle nombre. Estudié Historia y Periodismo en Madrid y entré en el mundo laboral como redactora en un periódico de línea editorial conservadora a la vez que empezaba mi andadura como activista feminista. Durante años, viví atrapada entre luchar desde los márgenes y pagar facturas trabajando dentro del sistema. Hasta que un Máster en Estudios de Género me abrió las puertas al trabajo en materias de Igualdad. Y entonces, ya en la treintena, salí del armario como mujer bi. Hoy me diferencian como comunicadora política la mirada histórica y la conciencia social, de género y medioambiental, pero, sobre todo, hoy me define una comunidad y una etiqueta que, durante demasiado tiempo, no supe habitar y ahora es hogar.


MARILYN
DOS SANTOS

CUANDO LO DIFÍCIL ES QUEDARSE
Habitar la bisexualidad en un mundo de etiquetas monosexistas
Marilyn dos Santos

Llevo tatuado en el pecho que solo estoy bien donde no estoy. En portugués, para que no se me olvide que en España solo me nacieron. Y cada vez que leo el reflejo de la frase en el espejo, pienso en cuánto se le parece este desarraigo heredado de los ecos de un viaje que nunca hice al ejercicio de habitar mi etiqueta bisexual. Porque ser nieta de migrantes me ha hecho en tránsito para siempre, como si llevara más de treinta años esperando a facturar una maleta que alguien llenó de recuerdos que no son míos para llegar a ninguna parte, como si todo lo que tuviera el mundo reservado para mí fuera no echar raíces, no ocupar espacio, no sentir casa. Ser nieta de migrantes me ha hecho ni de aquí ni de allí, y justo así se vive durante demasiado tiempo ser bi: ni de aquí ni de allí.

La pregunta entonces es: ¿dónde? ¿Qué hay en esa grieta que se abre entre las categorías reconocibles y reconocidas, entre lo que sabemos aquí y lo que sabemos allí? Sobre todo, ¿cómo se pertenece a un lugar que no llega a serlo? Los aeropuertos, las estaciones de tren, los cruces de caminos son espacios de paso, de anonimato, de vidas suspendidas; son pausas en el tiempo sin memoria ni comunidad, en las que

no se puede dejar huella ni construir hogar. Porque los aeropuertos, las estaciones de tren y los cruces de caminos están diseñados para el movimiento, no para la permanencia, de la misma manera que las áreas de descanso, los rellanos en los edificios o los pasillos en los hoteles, con todo lo inquietante y desolador que representan, son fases sobre plano, la ambigüedad hecha cimientos. Así es como se concibe socialmente también la bisexualidad, como un no lugar identitario entre la heterosexualidad y la homosexualidad, como un espacio liminal dentro de este sistema binario y monosexista que nos niega y arrincona.

Esto no significa que nuestra etiqueta no exista, sino que se hace invisible. Igual que la patria de esas que no salimos del todo de un país para no entrar del todo en otro depende de quién nos pregunta y en qué momento, la bisexualidad está constantemente subordinada al presente, en este caso, al género de nuestra pareja —y a que tengamos pareja—, y al juicio de la mirada externa, que no nos permite nombrarnos por lo que somos, sino por lo que parecemos. Nuestra verdad es entendida como una etapa, como una confusión, como una duplicidad, como una verdad que debe evolucionar a otra, como una verdad que no es válida por sí misma, como una verdad que es mentira. Y en ese vaivén que supone la imposibilidad de asentarnos en la propia vivencia, se va configurando la no pertenencia como identidad, el no lugar bisexual.

¿Que por qué cuesta tanto habitar nuestra etiqueta? Para empezar, porque no la encontramos. Como si de una casa de tabiques de cristal se tratara, la bisexualidad se vuelve imperceptible en un horizonte de categorías dominantes como grandes edificios y muros de hormigón. No es que no estemos, es que no salimos en la foto. Así funciona la invisibilización: no como ausencia o vacío, sino como borrado de quienes no nos saben ni nos quieren ver. Y esto, la invisibilización, es la primera pisada de una violencia que es estructural, la primera forma de bifobia. Porque lo que no se ve, tarde o temprano, deja de nombrarse, y si lo que no se nombra no existe, tampoco se habita ni se reivindica.

Esa invisibilización forzada es la que nos arranca la posibilidad de construir nuestra personalidad y, lo más importante, la de construirnos en comunidad. Yo, por ejemplo, que muy pronto me supe con un nombre demasiado exótico para la Castilla más profunda, le pregunté a mí madre cuando era niña por qué había decidido llamarme así y me habló de Marilyn Monroe. Quise conocerlo todo sobre ella. Vi sus películas y me aprendí sus diálogos, imprimí sus fotos y empapelé mi habitación con su cara en blanco y negro, empaticé con todos sus tormentos y odié a cada uno de los hombres que la hicieron sufrir. Pero nunca supe que era bisexual. Y ahora me pregunto: ¿qué habría cambiado en mí si en lugar de a los treinta y dos años me hubiera

enterado a los doce? La respuesta obvia es que quizás no habría tardado dos carreras, dos Erasmus y dos relaciones en salir del armario; la respuesta que más me duele es pensar que quizás me habría reconocido antes en mis amigas.

Que se nos represente poco y mal, que nos falten referentes en los libros, en la música y en el cine, que nuestras historias queden escondidas y aisladas en alguna esquina polvorienta de la memoria colectiva nos obliga a crecer sin la seguridad que da tejer y tener una red sobre la que caer, sin sabernos parte de algo mucho más grande que nosotras. Porque, insisto, el objetivo de la invisibilización forzada no es tanto hacernos creer que no somos —que también— como convencernos de que somos la excepción y, por consiguiente, que la única manera de habitar nuestra etiqueta es solas. La realidad es que las personas bisexuales representamos el grupo más numeroso dentro del colectivo LGTBIQA+[1], así que superamos el primer obstáculo, que no es pequeño, y nos remangamos para enfrentar el siguiente.

Recuerdo que en las clases de presentación de la

[1] Según el Estudio 3501 de enero de 2025 realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), más de la mitad de la población LGTBI+ en España se considera bisexual (51,50%), seguida de gais (17,5%), lesbianas (11%), personas no binarias (8,50%), personas asexuales (8,25%), personas trans (6,8%) y personas intersexuales (0,5%). Disponible en la web https://felgtbi.org/wp-content/uploads/2025/05/Estado-LGTBI-Estado-odio-2025.pdf (consultado el 06/07/2025).

universidad nos advirtieron de que la crisis económica de 2008 la pagaríamos nosotras; lo que no vieron venir aquellos catedráticos desde lo alto de sus tarimas fue que esas mismas firmaríamos nuestro primer contrato laboral indefinido a distancia o con mascarilla puesta, como si eso fuera a salvarnos de pagar también las consecuencias de la crisis sanitaria de 2020. Nos prometieron vivir mejor que quienes lo hicieron todo para garantizarnos un futuro más próspero que el suyo, y acabamos siendo la generación más preparada en el peor momento, o puede que la generación más precarizada en el mejor momento. En cierta forma, siento que ser bi en este punto es muy milenial: de la misma manera que cuando se vuelve imposible negar que en la treintena somos adultas lo que se nos niega son las condiciones para construir un proyecto de vida adulto verdaderamente elegido, cuando se vuelve imposible negar que las personas bisexuales existimos lo que se nos empieza a negar son las condiciones para serlo y estarlo plenamente y felices. Nos desarrollamos con la sensación de que nuestra identidad, como la adultez, es un horizonte al que nunca llegamos, un futuro que se aleja a medida que caminamos hacia él.

De nuevo, ¿que por qué se hace tan difícil habitar la etiqueta bisexual? Pues porque cuando por fin la encontramos se nos presenta demasiado pequeña, como un asfixiadero en el que podemos elegir vivir, sí, ¿pero a qué precio? También podría haber elegido

ser madre hace diez años, ¿pero a qué presente nos habría condenado a mí y a esa criatura encadenando mudanzas y contratos basura? En este sentido, la bifobia estructural opera como el capitalismo: la culpa es nuestra. Si la sufrimos, si no somos capaces de ser bi y visibles bajo unas condiciones imposibles, es porque queremos. Y ahí es donde surge el mito del privilegio bi o las supuestas ventajas de nuestra identidad. Pero, igual que seguir compartiendo piso después de perder el abono joven de transporte no es un privilegio por mucho que se intente maquillar con apodos en inglés, "pasar por heterosexuales" tampoco. Es, en todo caso, una estrategia de supervivencia. Nos dicen que tenemos el doble de posibilidades de ligar, cuando las únicas posibilidades que se duplican para las personas bisexuales son las de sufrir violencias por el hecho de serlo en un mundo monosexista[2].

[2] Según un estudio elaborado en 2017 por la agencia nacional de salud pública de Estados Unidos, los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades (CDC por sus siglas en inglés), cuatro de cada cinco mujeres bisexuales, es decir, cerca del 80 %, han vivido violencia sexual de contacto alguna vez y casi la mitad han sido violadas en algún momento de su vida. Disponible en la web https://www.cdc.gov/nisvs/documentation/nisvsReportonSexualIdentity.pdf (consultado el 06/07/2025). En España, según las conclusiones alcanzadas en 2022 por un equipo de investigadoras del Instituto Carlos III de Salud, de nuevo, quienes más violencia sexual reportan haber sufrido entre todos los grupos entrevistados son las mujeres bisexuales. Disponible en la web https://bmjopen.bmj.com/content/11/11/e055227 (consultado el 06/07/2025).

¿Qué clase de privilegio es la sobresexualización y la violencia que deriva de ella? ¿Qué clase de privilegio es sufrir más violencia dentro de la pareja? ¿Qué clase de privilegio es representar los peores índices en salud mental de todo el colectivo[3]? ¿Qué clase de privilegio es que la gente te lea proyectando en ti y en tu relación la normatividad? ¿Qué clase de privilegio es tener que renunciar al derecho a definirnos y ocupar el espacio como lo que somos? Y con todo, la mayor herida que deja el mito del privilegio bi no es que la respuesta a todas estas preguntas sea que ninguno, sino la de quitarnos el derecho al dolor y la rabia por todo esto.

Esa, y la de la duda que se instala silenciosa en la boca del estómago como una semilla de la que acaba brotando una enredadera descontrolada que nos atraganta y nos ciega: la bifobia interiorizada. Porque cuando tu casa se convierte en un zulo sin ventanas cargado de humedad, las palabras y las miradas de quienes se despiertan cada mañana en áticos luminosos, grandes fincas y chalés en la playa se convierten en un eco retumbante. Los gritos que nos llegan desde

[3] Según una tesis de la de la Universitat Jaume I publicada en 2022, las mujeres bisexuales y pansexuales presentan los niveles más elevados de malestar psicológico dentro de las minorías sexuales evaluadas, incluyendo estrés, ansiedad y depresión debido a la mayor incertidumbre y a la menor autoaceptación y conexión comunitaria. Disponible en la web https://www.tdx.cat/handle/10803/675502#page=1 (consultado el 06/07/2025).

fuera pasan a ser susurros que lanzamos desde dentro. La violencia ejercida sobre nuestros nombres y nuestros cuerpos cala tan profundo que la abrazamos. ¿Cómo no va a costar habitar una etiqueta que somos capaces de rechazar y hasta de llegar a odiar?

Pero supongamos que, después de todo, seguimos aquí. Que hemos trabajado por la mañana en un sitio y por la tarde en otro y a la hora de la comida y la cena nos hemos sacado un máster. Vamos a imaginar que, precipitando convivir con parejas que acabaron rompiéndose, conseguimos pagar un alquiler en Madrid siendo mileuristas. Pongamos que con un poto y una vela aromática hasta un agujero mal excavado puede ser hogar y que decidimos que no nos vamos, que nos quedamos en la bisexualidad. Pasamos a la siguiente fase: el examen.

Y es que, sorteemos las piedras que sorteemos, las personas bisexuales lo somos siempre bajo sospecha. No importa cuándo ni dónde, si nos decimos bi, tendremos que demostrarlo. Nuestro deseo debe poder medirse con datos cuantitativos y cualitativos, esto es, número de relaciones con hombres y mujeres —cis y trans, que la sombra de la sospecha es alargada— así como con personas no binarias, prácticas sexuales satisfechas con todes, todas y todos y naturaleza y duración de los vínculos creados. Es recomendable que la prueba teórica vaya acompañada de una prueba práctica, más visual, como es una expresión de género

perfectamente femenina y masculina y en proporciones simétricas o, si queremos ir a por nota, yendo de la mano en trieja con un hombre y una mujer. Aunque, nos esforcemos lo que nos esforcemos en la presentación de pruebas, el aprobado no dejará de depender de la arbitrariedad de los prejuicios de quien nos examine. Como en una entrevista de trabajo para un puesto adjudicado a dedo.

A nosotras, que no nos basta con estar igual de preparadas y ser igual de válidas para acceder a los mismos espacios que los hombres, esto nos suena mucho. A las mujeres se nos exige no cometer errores, implicarnos el doble para que te reconozcan la mitad, ser mejores. A las personas bi se nos exige estar en relaciones diversas, nombrar y definir nuestro deseo en base a nuestras prácticas para que el resto lo pueda clasificar; salir del armario casi a diario. En ambos casos, lo que se nos está exigiendo es justificar nuestro derecho a ser fuera del molde, conquistar un espacio que ya es nuestro.

Y cansa. Tener que responder a una demanda constante de explicaciones cansa y es aburrido. Tratar de medir lo que no es cuantificable cansa y es frustrante. Vernos en la obligación de traducir al idioma monosexista nuestra existencia agota y es imposible. Sentirnos a juicio las veinticuatro horas del día, los 365 días del año, violenta y duele. A quienes habitamos la bisexualidad se nos ha enseñado que nuestra identidad

y nuestra verdad dependen de la confirmación externa, y eso nos acaba ahogando en la consecución de un currículum emocional que, como el académico y laboral, nunca es suficiente, siempre es mejorable. Y eso, como en lo académico y en lo laboral, solo nos puede conducir a un sitio: el síndrome de la impostora.

No creo que haga falta explicarlo porque estas páginas rezuman inseguridad y apuesto a que las lágrimas y el sudor han quedado impresas también entre líneas, pero hablo de esa sensación persistente de no merecer los logros propios, de haber llegado hasta aquí por casualidad o por un golpe de suerte. Hablo de ese presentimiento de que, hagas lo que hagas, te mantendrás mediocre, de esa tensión por que alguien descubra la farsa. Si a esta planta carnívora la alimentamos con un poco de bifobia, estructural e interiorizada, lo que tendremos será un modélico síndrome de la impostora bi. Es decir, que a la propuesta de participar en este manifiesto, a mí me asaltan dos preguntas: primero, ¿seré capaz de escribir algo mínimamente legible?; segundo, ¿llevaré suficiente tiempo fuera del armario como para poder hacerlo, seré lo suficientemente bi? Abrir el ordenador y ponerme a escribir una palabra detrás de la otra contra esa voz intrusa que quiere que se me olvide lo mucho que disfruto de esto, no sin algún que otro ataque de ansiedad de por medio, me acaba saliendo, pero ¿cómo vencemos el miedo a estar habitando una etiqueta que creemos no

merecer habitar?

El primer impulso es siempre volver. Ponerse a resguardo. Como cuando jugábamos al pillapilla y gritábamos "¡Casa!", alcanzando con la lengua fuera aquellas escaleras en el patio del colegio que te salvaban de ser cazada. O como cuando, un poco mayor, te das cuenta de que eso de ser becaria no tiene nada que ver con cobrar una beca, ni la meritocracia con el mérito académico y profesional, y no te queda más remedio que regresar a la casilla de salida y gritar "¡Casa!", alcanzando con el orgullo hecho trizas ese rincón que un día forraste con pósteres de ídolas adolescentes y que tu madre custodia con cuidado por si necesitas poner en pausa la partida. Así que, agotadas de luchar contra la presión de definirnos en términos binarios y monosexistas y malheridas por el castigo identitario que supone ser quienes somos, las personas bi nos echamos el petate de inseguridades a la espalda y vamos en busca de refugio, y llamamos a la puerta del colectivo LGTBIQA+. Nos la abren, por supuesto, pero antes de que nos dé tiempo a soltar el peso de nuestros miedos y gritar una vez más "¡Casa!", nos vemos atrapadas en un torbellino de entradas y salidas: la puerta es giratoria.

La bifobia dentro de nuestra comunidad nos expulsa del cobijo de unos márgenes que a veces se hacen demasiado estrechos. Como si los primeros ladrillos de estas paredes no los hubieran colocado las que

también son nuestras ancestras. Como si eso de que lo personal es político lo fuera para unas letras y para otras no. Como si la disidencia la eligiéramos nosotres a ella y no ella a nosotres. La bifobia dentro de nuestra comunidad nos hace incómoda la estancia en un espacio que nos pertenece y es la última piedra que cargamos en nuestra mochila de razones por las que habitar la etiqueta bi pesa, y es que supone ser eternas extrañas incluso en casa, incluso en lo cuir[4].

Vuelvo a levantarme la camiseta frente al espejo y asiento para mí misma. Lo difícil es quedarse porque solo estamos bien donde no estamos... Cierro los ojos y me pienso bajo una enorme pantalla con destinos luminosos en un aeropuerto, recorriendo las tiendas de revistas de una estación de tren, parada con un mapa de papel en un cruce de caminos. Me siento bien. Podría irme a cualquier parte y me siento bien por eso, porque puedo. Miro a mi alrededor y me fijo en las largas colas en los controles para pasar a las puertas de

[4] Tal y como recoge la memoria del encuentro bisexual celebrado en el Ministerio de Igualdad en 2023, la violencia dentro de la propia comunidad LGTBIQA+ es una de las experiencias más dolorosas que relatan muchas personas bisexuales: activistas que comenzaron su militancia en los años 2000 cuentan cómo acabaron marchándose del movimiento por la constante bifobia vivida por medio de la negación de su pertenencia al colectivo, el borrado, la sospecha y la deslegitimación sistemática de sus vivencias. Disponible en la web https://www.igualdad.gob.es/wp-content/uploads/MEMORIAS_ENCUENTROS_BISEXUALIDAD_accesible-1.pdf (consultado el 06/07/2025).

embarque, en los remolinos de gente intentando descifrar los mensajes de megafonía que se enredan unos con otros, en las cadenas de coches sacudiéndose el polvo sobre mis cuatro costados.

Lo difícil es quedarse porque habitar el no lugar bisexual es, por momentos, habitar en soledad, violentadas, con miedo, como una amenaza. Lo difícil es quedarse porque habitar el no lugar bisexual es habitar una pieza que no encaja dentro de los marcos rígidos de ese puzle que es la norma, pero, ¿por qué querríamos encajar? Desde nuestra etiqueta, como desde un aeropuerto, una estación de tren o un cruce de caminos, el mundo se desordena. Esa es nuestra tarea política como bisexuales: visibilizarnos y reivindicarnos como caos frente al control del sistema, dentro y fuera del colectivo LGTBIQA+.

Sigo soñando despierta y me convenzo de que no quiero coger ningún avión, ni ningún tren, ni ponerme a andar por ninguna carretera, pero tampoco seguir en tránsito. Quiero sentarme a leer, tomar café, observar en silencio las flores silvestres haciéndose sitio sin permiso. Miro de nuevo a mi alrededor y ahora las veo a ellas que me miran: mis compañeras de actibismos con b. Me acuerdo de eso que dicen de que solas no podemos, pero con amigas sí, y me pregunto: ¿y si construyera aquí mi refugio?, ¿y si lo hiciéramos juntes?

Sí, lo difícil es quedarse porque habitar el no lugar bisexual es, por momentos, habitar en soledad, violen-

tadas, con miedo, como una amenaza. Pero habitar el no lugar bisexual es también habitar todos los lugares imaginables a la vez. Porque desde nuestra etiqueta, como desde un aeropuerto, una estación de tren o un cruce de caminos, el mundo no solo se desordena, se amplía, y las posibilidades de felicidad para todes, todas y todos también.

Abro los ojos. Sonrío. Quiero quedarme. Y estar bien donde no estoy.

Nacido en Málaga en 1992 y residente en Madrid desde el 2016, ha dado charlas y participado en diferentes espacios, abogando por la desestigmatización de las personas LGTBIAQ+ y psiquiatrizadas. Escribe y compone desde la celebración de la rareza, la vivencia transmasculina y la supervivencia de la psiquiatría. Su primer proyecto artístico, *Locrio Perdío*, explora todas estas cuestiones en un álbum musical y un libro ilustrado que complementa, explica y acompaña cada uno de los temas del álbum, ofreciendo un formato curioso, cuidado y cercano que resulta en una experiencia emotiva y directa.


PATRICK
DUARTE

TRANSITAR EL GÉNERO, RECONSTRUIR EL DESEO

Patrick Duarte

Durante mucho tiempo he pensado sobre el deseo: cómo se construye, cómo se mueve, cómo se retrae. Si transita con el género, si cambia con nosotres o si, más bien, cambia cómo los demás nos miran, nos proyectan, nos desean —o nos dejan de desear—. Pensar el deseo ha sido también, en muchos momentos, pensar la pérdida. No solo la pérdida del deseo ajeno, sino también la pérdida del propio deseo, cuando este se vuelve un terreno movedizo, confuso o condicionado. No siempre he sabido si lo que deseaba era lo que realmente quería. Y a su vez, lo que quería, frecuentemente, no era lo que necesitaba.

Hay quien me ha preguntado directamente, como Teo, si el deseo muta cuando lo hace el cuerpo, cuando lo hace el pronombre, cuando lo hace la mirada ajena. Y pienso que sí, que en mi caso ha transitado, pero no tanto en base al género (propio y ajeno), sino en la integración de experiencias que he vivido en los últimos años y otras que aún me encuentro atravesando. No pretendo representar todas las realidades trans, únicamente plantear cosas desde lo que yo he vivido.

Lo que sigue es una narración desde lo encarnado, desde el cuerpo que habito y que ha sido tantas veces traducido por otros ojos, otras voces, otros discursos.

Tengo treinta y tres años. A los veintiocho comencé un tratamiento con testosterona que decidí interrumpir a los treinta y uno. Volví a menstruar, y ahí descubrí que no todo el mundo puede —o quiere— comprender que no toda persona que menstrúa es una mujer, ni que toda experiencia trans debe tender necesariamente a la masculinidad más canónica. El modelo binario de la identidad y del deseo está tan arraigado en nuestra cultura que pareciera que la menstruación, símbolo biológico de lo femenino según ese guion, debería ser motivo de horror para cualquiera que haya decidido transitar hacia una masculinidad. Pero no es mi caso. La menstruación es, simplemente, parte de mí.

Cuando hablo de haber dejado la testosterona no me refiero a hacer una detransición. Es más bien una reconfiguración. Una decisión que partió de lo somático, de lo emocional, de una necesidad de habitar mi cuerpo sin intermediarios hormonales por un tiempo. Porque necesitaba reaprender mis ciclos. Escuchar cómo sonaba mi cuerpo sin filtro. Y, sobre todo, porque empecé a sospechar que incluso en algunos espacios transafirmativos hay una presión hacia una forma de masculinidad dura, estética y performativa, que yo no quiero ni puedo sostener. Entonces dejé de hormonarme y regresó la regla. Y con ella, el estigma: como si ese sangrado borrara todo lo que había sido, como si menstruar automáticamente me devolviera al cajón de las mujeres. Como si los cuerpos transmasculinos

no pudieran sangrar sin ser traidores a su proceso.

Ese retorno a la menstruación no trajo solamente la sangre, trajo también la sospecha social, las miradas confusas que trataron de devolverme a un lugar que ya no habito ni podría habitar aunque quisiera. Pero también me permitió sentirme libre, aunque fuera un poco. Porque no tengo que encarnar un ideal de masculinidad para ser trans. Y en ese espacio intermedio, entre las narrativas externas y lo que siento en lo más íntimo de mi cuerpo, se abre un espacio nuevo. Uno difícil de explicar, incluso para mí, pero real. Y en ese espacio también se reconfigura el deseo.

Si hay algo que me atraviesa especialmente en todo este tema es la cuestión de la expectativa. No solo la expectativa del deseo, sino la expectativa de género. Lo que se espera de uno cuando se lee de una manera, y cómo esa lectura cambia según se transforma la apariencia, la voz, la silueta, el nombre. En algún punto entendí que gran parte del deseo —y también de la violencia que se le adosa— tiene que ver con no cumplir lo que se espera. Con defraudar un guion que nunca escribimos pero que nos imponen apenas nacemos.

Ese guion dice que si te leyeron como una niña, deberías crecer para ser una mujer, para gustar a los hombres, para responder a sus deseos, para ser objeto antes que sujeto. Cuando una se sale de ahí, cuando no responde al deseo previsto —ni como objeto ni como

sujeto— se activa la incomodidad, la sospecha, incluso el desprecio. Porque el deseo que no encaja se vuelve amenaza. Lo he sentido muchas veces. En la mirada que se retira. En el silencio incómodo tras decir quién soy. En el rechazo que no se enuncia, pero que se intuye con una claridad espantosa.

Por otra parte, una vez la lectura que se hace de ti cambia y ya no se espera que cumplas las exigencias asociadas a "ser mujer", se comienza a generar otro tipo de expectativa, la de quienes esperan que, si decides transitar, lo hagas "bien". Que encajes ahora en el molde opuesto con precisión matemática. Que tu masculinidad sea legible, robusta, coherente. Pero ¿qué pasa con quienes no queremos ocupar ese nuevo molde? ¿Qué pasa cuando lo que deseamos no es cambiar de caja, sino romperlas? Ahí, otra vez, la deseabilidad tambalea. Porque no saben dónde situarte, y cuando esto pasa, no saben cómo desearte tampoco. O peor: no saben si pueden desearte. O si hacerlo los compromete, los coloca en la frontera incómoda de su propia identidad.

Creo que a veces el rechazo hacia las corporalidades trans no tiene tanto que ver con el cuerpo en sí, sino con el reflejo que ese cuerpo le devuelve al otro. El espejo de su propia fragilidad normativa. Como si, al desear a alguien fuera del sistema, estuvieran poniendo en riesgo todo lo que han construido sobre su identidad, su lugar en el mundo, sus seguridades (e

inseguridades). Y entonces es más fácil desechar que desear. Más fácil ignorar que confrontarse.

Si el deseo hacia mí ha cambiado al transitar el género, no es por un cambio esencial en mi forma de ser o sentir, sino porque ya no encajo en los guiones preconcebidos que ordenan quién es legítimamente deseable. Esta es una lección dolorosa porque desmantela la ilusión de que el deseo es libre, instintivo o auténtico.

Durante años he tenido mucho capital sexual. No por ajustarme especialmente a los cánones de belleza de nuestra cultura, sino por cómo se construye el deseo en esta. Cuando socializaba siendo una mujer con vagina, joven y de pecho prominente, disfrutaba del cortejo, el romance y la sexualidad con otras mujeres. Aunque muchas personas que yo leía hombres me resultaban atractivas, este era un cortejo que disfrutaba menos porque siempre percibía algo de violento en ello. No sentía que me estuvieran deseando a mí —ni siquiera viéndome—, sino que deseaban la idea del control, el poder, la dominación, el ser machos. Creo que por eso nunca tuve una relación romántica con ninguno de ellos. Sí puedo decirte que todos y cada uno con los que me acosté adoraban, aparentemente, el sexo anal. Un sexo anal, eso sí, muy concreto: con poca o ninguna exploración en sus propios cuerpos y mucho o todo de ser una réplica del porno heterosexual. Alguno de ellos fue mi pareja sexual du-

rante mucho tiempo y alimentaba mi ego con frases como "eres una diosa del sexo".

Hasta que me quité las tetas y mi voz empezó a ser grave. Entonces, ese mismo sexo anal suponía adquirir una connotación marica o, cuando menos, bisexual, y dejó de ser deseable para ellos. Hubo quien pasó literalmente de despertarme iniciando de manera unilateral esta práctica a rechazarla y rechazarme con una mirada en la que se leía una mezcla de confusión, miedo, vergüenza y desprecio.

Que mi aspecto físico cambiara también supuso que muchas de las mujeres con las que me relacionaba dejaran de desearme. No encarnar el sujeto político "mujer" empezó a conflictuar —naturalmente— con el sujeto político "lesbiana", con el que se identificaban la inmensa mayoría de mujeres con quienes, hasta ese momento, compartía campo de deseabilidad y atracción. Aunque yo no me identifico en un modelo binario del género, la mayoría de la gente me lee como un hombre, y esto me reconfiguró como un sujeto de deseo no apto para las bolleras. No es que yo hubiera dejado de amarlas o de desearlas, pero para muchas de ellas, yo ya no era una opción.

Entonces, basándome en lo anterior deduje que, al igual que había dejado de atraerles a los hombres heterosexuales y a las mujeres lesbianas, habría empezado a gustarles a los maricas. Y, teóricamente, también a las mujeres heterosexuales, ¿no? Sin embargo, me

encontré con una realidad muy distinta. Me sorprendió el asco que puede generar un coño (partiendo de la base de que a mí los genitales ajenos siempre me han sido indiferentes).

Observé el impacto de la cultura en el deseo. Descubrí que yo tampoco deseaba a las mujeres heterosexuales. Descubrí, también, que el mundo cis-marica se rige por códigos radicalmente distintos a los que yo conocía, y que las transmasculinidades generamos mayoritariamente rechazo, indiferencia (en el sentido de ser prácticamente invisibles) o fetiche (instrumentalizándonos para, de nuevo, sentirse machos).

Fueron todas estas experiencias las que me llevaron a encontrar en la bisexualidad un espacio en principio más seguro, en términos de deseo y cortejo, para las personas trans, porque garantiza que la genitalidad no va a ser un condicionante. *A priori* no nos excluye de lo deseable, aunque luego la atracción mutua pueda llegar o no a darse.

En mi experiencia, el deseo también tiene mucho que ver con el acceso a la intimidad. Hay cuerpos que se asocian con la libertad de explorar y otros que se convierten en espacios de peligro o tabú. Ya lo había vivido en el binomio gorda/delgada, y la transición me hizo vivirlo también en el binomio hombre/mujer. Como persona trans, me he visto en ambos extremos: en algunos casos, mi cuerpo ha sido un fetiche, un lugar donde los demás podían proyectar sus fantasías

transgresoras; en otros, ha sido invisibilizado o rechazado por no encajar en el molde binario. Esta oscilación no es casualidad. Responde a un sistema que no sabe qué hacer con los cuerpos que desafían las normas.

Para mí esta es una cuestión compleja y aún un poco dolorosa. ¿Dónde quedamos las identidades trans? Habiéndose asentado —más o menos— que el deseo no es innato sino que se construye, ¿qué voluntad hay realmente de construirlo de un modo más amplio y distinto?

Aprender a cortejar desde un lugar no normativo está siendo un proceso de ensayo y error. Para cortejar, no basta con querer gustar, hay que ser legible. Y los cuerpos trans, a menudo, no lo somos. Lo queer se vende como libertad, pero incluso dentro de los márgenes hay *scripts*. Hay formas de ser queer que son más deseables que otras, más cómodas, más fotogénicas, más capitalizables. También hay otras formas de ser queer —las que incomodan, las que no pueden nombrarse fácil, las que no tienen referentes mediáticos— que quedan fuera. Cuando intentas cortejar desde esas formas al márgen de los márgenes, desde lo kuir, lo que obtienes es un eco.

También está el hecho de que el cortejo, para muchas personas trans, no puede desligarse de una alerta permanente: ¿qué sabe de mí? ¿Qué expectativas tiene? ¿Qué va a pasar cuando me lea entero, cuan-

do descubra mi cuerpo, cuando se tope con lo que no esperaba? El deseo, entonces, se vuelve negociación constante entre mostrar y proteger. Entre querer ser visto y temer lo que esa mirada pueda hacer. Y eso condiciona la forma de acercarse, de hablar, incluso, de desear. En mi caso, he tenido que aprender a reescribir el cortejo como acto de vulnerabilidad compartida y no como demostración de poder o de carisma. Porque no puedo —ni quiero— jugar a ser quien no soy para encajar en un molde que ya me rechazó antes.

Pero quizá lo más duro del cortejo como persona trans no es la confusión externa, sino la interna. Lo que une misme ya no sabe cómo hacer. Cómo invitar, cómo leer las señales, cómo responder a los gestos. ¿Cómo sostener el deseo si une duda constantemente de su legibilidad, si siente que cualquier insinuación puede volverse en su contra, que cualquier iniciativa puede ser inapropiada? Esta tensión constante puede llevarnos a evitar el cortejo por completo, a resignarnos a ser deseades solo si sucede por casualidad, casi por accidente. A no cortejar, sino a esperar ser descubiertes.

¿Qué genera rechazo? ¿Qué genera, por oposición, deseo? Estas preguntas me llevaron a la sensación de que la vulnerabilidad, necesaria para construir apego seguro, por algún motivo genera rechazo. No estoy seguro de si la vulnerabilidad propia, la ajena, o la ajena como espejo de la propia. Pero con la cantidad de

violencia que sufren mujeres e identidades trans, yo no puedo contemplar una sexualidad en la que la vulnerabilidad no quepa. Como base para que exista confianza, y ya que cada quién explore los imaginarios y las prácticas que quiera, ¿no? Pero creo que la cultura del consumo y de lo inmediato también atraviesa al deseo y este planteamiento implica un deseo necesariamente más pausado, desde la voluntad de construir espacios y apegos seguros independientemente de si se trata de tener encuentros sexuales esporádicos, regulares, o cuantas áreas de la vida se quiera compartir.

Quizá nos faltan referentes abiertamente trans y abiertamente deseados. Quizá eso haría de las identidades trans identidades más deseables. Como faltan referentes abiertamente bisexuales. Dejar de asumir la monosexualidad como norma (aunque lo ideal sería no asumir nada y especialmente dejar de pensar en binario) daría fin a preguntas que son muy comunes y hacen mucho daño, como "¿Pero entonces ahora eres hetero/bollera/marica?" a la(s) pareja(s) de alguien que sale del armario trans.

Realmente no pienso que la vulnerabilidad o el apego seguro generen rechazo como tal, pero sí creo que si la vulnerabilidad genera rechazo, imposibilita el apego seguro. Como superviviente del abuso sexual infantil y de la psiquiatría, acostumbrado pues a habitar un organismo en frecuente, si no constante, hiperalerta, no puedo permitirme (ni quiero) separar el

deseo del vínculo seguro. Ojalá mi experiencia personal se tratase de un caso aislado, pero ya sabemos que los datos de abuso sexual hacia personas socializadas "mujer" y de abuso sexual infantil son devastadores.

Creo que la conjunción del trauma y del consumo de alcohol y otros estupefacientes ha marcado mucho más de dónde nace, hacia dónde se dirige y de qué modo se dirige mi deseo que el género. En muchos momentos de mi vida, el deseo ha estado filtrado por una niebla que confundía excitación con urgencia, o intimidad con sexo. El trauma, cuando no se entiende ni se integra, se manifiesta de formas caprichosas y complejas. En conjunción con el consumo, hacen que el deseo, lejos de ser una brújula, sea una ráfaga sin dirección.

El alcohol y otras sustancias me daban la ilusión de control: podía relajarme, parecer más seguro, entrar en dinámicas que en la sobriedad me daban pavor. Pero eso no era deseo.

Era la necesidad de apagar la alerta, de bajar el volumen de una mente hipervigilante que leía peligro incluso en el placer. A veces pensaba que sin esas sustancias nunca lograría conectar. Y, sin embargo, muchas veces bajo sus efectos solo conseguía separarme aún más de mí mismo y de le otre. Lo que se ofrecía como alivio, al final se convertía en repetición de la herida.

El trauma enseña al cuerpo a confundirse: lo ex-

citante con lo destructivo, lo cercano con lo invasivo. Y en esa mezcla, a veces el deseo se vuelve un campo minado. ¿Realmente quiero esto o solo no sé cómo decir que no? ¿Me atrae esta persona o me atrae la posibilidad de no sentirme solo por una noche? ¿Este cuerpo me gusta o solo me recuerda a una versión de mí que creía más fácil de querer? Estas preguntas, que emergen más tarde, en la calma posterior, son las que me han obligado a mirar con honestidad no tanto a quién deseo, sino desde dónde lo hago.

No sé hasta qué punto es correcto decir que el trauma y el consumo han marcado de dónde nace mi deseo, pero desde luego tengo claro que están ligados. Están enredados en él. Lo han condicionado, lo han deformado, lo han hecho más difícil de nombrar. Y aunque haya trabajado mucho en sanar, todavía hay zonas oscuras donde no distingo bien entre lo que deseo y lo que aprendí a desear como forma de defensa. Y, de nuevo, aunque esta observación parte de mi experiencia personal, creo que es una dinámica en que quizá otras personas pueden verse reflejadas.

En este libro estamos planteando la bisexualidad como una orientación sexual con una connotación política, capaz de explorar, expandir y reformular el concepto del deseo más allá de modelos tradicionales, binarios y estancos. Porque de nada sirve una bisexualidad que reproduzca las violencias de la heteronormatividad y que no suponga una liberación y

revolución del deseo.

Deseo que el deseo pueda ser tierno, torpe, exploratorio. Que pueda sostenerse en la calma y no solo en la urgencia, en la horizontalidad que, por definición, imposibilita la conquista. Que la ternura sea vista como una forma legítima de seducción, y no como su antítesis.

Porque la ternura abre grietas en el discurso del deseo dominante, ese que impone certezas, que premia la agresividad, que confunde intensidad con verdad. La ternura no promete, no exige, no impone; propone. Se asoma. Y en esa apertura hay una belleza radical que a menudo pasamos por alto. Hablar de ternura como forma de deseo es también reivindicar un erotismo que no necesita performarse, que no se mide por decibelios o por intensidad, sino por conexión.

No es que el deseo tierno no sea potente. Es que su potencia es otra: la de sostener la mirada, la de aguantar el silencio sin llenarlo, la de permitirnos habitar también la duda sin que esta desarme el vínculo. Deseo que la ternura no se perciba como una debilidad, sino como una forma radical de presencia.

Pienso en todas las veces que he deseado con ternura y he sentido que eso no encajaba, que no era suficiente, que el mundo esperaba una intensidad más performativa, más carnal, más segura. Y sin embargo, en los vínculos donde ha habido ternura, donde el deseo ha nacido del tiempo compartido, de la escucha

atenta, de la validación mutua, ahí es donde realmente me he sentido deseado. Donde el deseo se ha vuelto refugio y no campo de batalla.

En definitiva, lo que deseo es un mundo donde el deseo no esté condicionado por genitales, géneros o narrativas de poder. Un mundo donde podamos existir, ser vistas y amadas sin la necesidad de encajar en moldes que no nos pertenecen y donde hagamos del cortejo algo más honesto. Donde el deseo no sea una máscara, ni una trampa, ni un acto de supervivencia, sino un puente. Un lugar de encuentro, no de huida.

Y sé que ese mundo no llegará por sí solo. Tenemos que construirlo nosotres no solo como un propósito lejano a conseguir colectivamente, sino entendiéndolo como un propósito individual a llevar a cabo cada día: asumiendo el impacto que podemos tener en les demás, nuestra parte de responsabilidad a la hora de construir redes robustas de distribución de los cuidados y espacios de confianza y vulnerabilidad en nuestros vínculos.

Porque el deseo, al final, también se cultiva. No solo lo que sentimos, sino cómo lo sentimos. Y ahí, en ese trabajo cotidiano —imperfecto, contradictorio, pero sincero— es donde podemos empezar a desmontar los guiones que nos limitan y abrir espacio para formas de querernos que aún no sabemos nombrar, pero que ya están germinando.



Alba M. Gálvez (elle/ella/él), Doctore en Artes y Humanidades (2018), profe e investigadore en la Universidad de Murcia. Máster en Literatura Comparada Europea (UM) y en Estudios Culturales y Artes Visuales con perspectiva feminista/queer (UMH). Bi y enebé, disca y neurodivertida. Archivera y artivista. Travesti/drag king en el colectivo Bancal de Candanga.

Eme F. Velasco (elle/ella), (bi)ciose fluide, travesti de periferia, tarada orgullosa, pluriamorose y gorda. Filósofe de formación. Asidua en encuentros bi que, sin tener colectivo como tal, también ha propiciado encuentros entre gentecilla bi en Murcia. Activista anti gordofobia en gordixmur.

Junio Gómez (él/elle), transmasculino, no-binarie, bisexual. Danzarín, coreógrafe y creatura creativa. Máster en Danza Movimiento Terapia por la Universidad Autónoma de Barcelona (2025), estudiante de Psicología en la UNED, graduado en Danza por Codarts University for the Arts (Róterdam) en 2017 y anteriormente en Danza Clásica por el Conservatorio Profesional de Danza de Murcia (2013).


ALBA M.
GÁLVEZ, ENE F.
VELASCO Y
JUNIO GÓMEZ

UN CUADERNO DE VIAJE *ENE-BI*[1]
Encuentros bisexuales y nobinarios[2]

Alba M. Gálvez, Eme F. Velasco
y Junio Gómez

Es un sábado lluvioso de abril (sorprendentemente en Murcia). Hemos quedado en casa de Ju. Eme llega tarde (para sorpresa de nadie) y Alba también (para sorpresa de todes). Nuestro plan de hoy es hablar sobre nobinarismo y bisexualidad, pero realmente no sabemos por dónde empezar. Panicamos indecises haciendo honor al cliché bisexual. Ju se levanta a hacer infusiones y pensamos que lo primero es nombrar el lugar desde el que vamos a hablar.

Este no pretende ser un capítulo que aborde la bisexualidad y el nobinarismo desde lo universal, porque no existe una experiencia universal de lo bi y lo enebé[3]. Eme, Ju y Alba somos personas nobinarias y bisexuales, blancas y europeas, de clase media trabajadora, con estudios superiores, socializades como

[1] Término que hemos inventado para referirnos a las existencias y experiencias de personas que se nombran desde lo bi y lo enebé simultáneamente.

[2] Utilizamos *nobinarismo* y *nobinario* (en lugar de no binarismo) como términos completos que encapsulan experiencias y existencias en sí mismos, lejos de depender de la negación activa de otras realidades terminológicas para existir.

[3] Aunque a menudo utilizamos nb para referirnos a nosotres, preferimos en este caso utilizar enebé para desambiguar posibles confusiones con el activismo racializado *no-negro* (*non-black*, nb) que recurre a las mismas siglas.

mujeres durante la mayor parte de nuestra vida, asumidas niñas al nacer. Une gorde, une disca, varies neurodivertides. Les tres venimos de militar en espacios políticos libertarios. Este es el punto de partida (Rocío Jurado *dixit*) con el que arrancamos este capítulo: nuestro objetivo es ofrecer, por tanto, una humilde visión encarnada, consciente de nuestros privilegios y opresiones, y desde la creación colectiva de lo que para nosotres ha sido el proceso de descubrimiento de nuestra orientación sexual e identidad de género y, al mismo tiempo, reflexionar sobre cómo ambas experiencias interseccionan y tienen la capacidad de agitar el *cistema* binario y monosexual.

—Venga, vamos a hacer infusiones y a bailar un poco, a ver si nos soltamos.

Este capítulo ha ido surgiendo de manera orgánica a través de encuentros que hemos mantenido en torno a meriendas, desayunos y aperitivos, inspirades por la Metodología de la merienda[4] de Bajorufián (2024). En

[4] "La merienda es una posibilidad entre muchas de producir cuidados y crear un espacio seguro [...] Es un tiempo y espacio liminal de emociones compartidas que tiene el potencial de situarnos en un proceso de pensamiento crítico. Les da valor a los conocimientos experienciales y nos acerca a otras muchas visiones de la realidad que de otra forma nos resultarían ajenas. Nos da la opción de mirar desde los márgenes. [...] Es una metodología en constante cambio, para las personas en el medio y en ninguna parte, para las cuirs. [...] Para las personas que te ofrecen la merienda cuando vas a sus casas y con

uno de esos desayunos, nos pareció interesante, necesario y enriquecedor contrastar nuestras tres experiencias con las de algunes de nuestres amigues y amores (en adelante, diremos solo *amores*) para, de manera cualitativa y colectiva, poder llegar a una discusión más enriquecedora. Para ello, creamos un sencillo cuestionario donde les preguntamos lo siguiente: cuál había sido su proceso de descubrimiento como persona nobinaria, qué vino antes, si lo bi o lo enebé; si creían que su deseo pudo haber estado relacionado con su autodescubrimiento como persona nobinaria y por qué; y, por último, si creen que el deseo bisexual posee el potencial de desestabilizar el *cistema* binario de género y por qué/cómo. Once personas, sin contarnos a nosotres tres, contestaron el cuestionario. Les agradecemos aquí[5] su tiempo y, especialmente, su amorosa generosidad por habernos compartido reflexiones y ayudado a generar este conocimiento colectivo.

quienes terminas quedándote a cenar" (p. 33-34). Gracias, M y M, por esta fantasía metodológica.

[5] Agradecides y emocionades: gracias a Eco Sánchez, a Emi V. Lage, a Ignacio Elpidio Domínguez Ruíz, a Curro Sánchez Torres, a Ira Hybris, a Tam García, a Clau Brito, a Joi Pineda, a Yelo, a Pam Serrano y a Ana Conway. Os queremos.

—Eme, ¿quieres empezar contándonos cómo fue tu proceso de descubrimiento como persona bi y enebé?

—Sí. Con once años, allí por 2002, le dije a mi mejor amiga "yo de mayor quiero ser bisexual", ella se rio y me dijo que eso era que te gustasen hasta los autobuses. Me dio igual. No sé de dónde saqué el concepto, pero sabía que me encajaba. Que mi deseo fuera tan amplio me llevó a amar a personas nobinarias que me hicieron abrir mi mente respecto al género. No fue sin embargo hasta los veintimuchos que me identifiqué como nobinarie. Antes de eso tuve un año de llantos a escondidas. A pesar de que mi entorno era muy favorable (lleno de gente politizada, enebé, trans*[6], etc.) me sentía una impostora. ¿Cómo iba a ser yo nobinarie? Yo, que había tenido que deconstruir mi forma de ver el género. ¿Cómo iba a ser yo nobinarie? Si mis tetas enormes me retenían en un estereotipo muy concreto de *femme/fem*[7] voluptuosa y exuberante. ¿Cómo iba a

[6] Al igual que Gracia Trujillo, y muches otres, utilizamos el asterisco en *trans* como forma de incluir las realidades transgénero y transexuales (Gracia Trujillo, 2022, p. 13).

[7] Tal y como Andrea Corrales y Laia Lloret (2025) proponen, ambas grafías de la palabra son válidas referidas a una expresión femenina de género no exclusiva de las mujeres. Corrales (2025, p. 26) afirma que el término *fem* empezó a ser utilizado por la activista Joan Nestle para nombrar su propia

> ser lo que sabía que era en realidad? Mucho tiempo me contenté con decir que era una mujer barbuda, y estaba bien. Simplemente cambié de estrategia.

El síndrome de le impostore. Sorprendentemente (¿sí?), ese es uno de los puntos de encuentro que tienen lo bi y lo nobinario. Antes que nosotres, otras autoras ya han hablado de ese sentimiento de impostora en los espacios disidentes, de no ser quizás lo suficientemente queer, de sentir un deseo que podría posicionarse como puente entre la sexualidad normativa y la disidente.

Y es que, con la bisexualidad, la eterna sospecha de la traición al colectivo parece siempre sobrevolar sobre nosotres. A menudo sentimos que no somos lo suficientemente disidentes, que no tenemos suficiente pluma, que se nos invisibiliza cuando no estamos con personas de nuestro mismo género e, incluso, cuando estamos con personas de nuestro mismo género. Quizás, la única opción legítima que nos quedaría es simultanear vínculos sexoafectivos de distintos géneros y caminar siempre con elles de la mano por la calle para ser visibles del todo.

Del mismo modo, las personas nobinarias nos sen-

experiencia situada como *fem*, atravesada en su caso por pertenecer a la clase trabajadora, pues no sabía que *femme* venía del francés y se escribía así.

timos a menudo interpeladas socialmente para tener que demostrar o aparentar que lo somos. La androginia tiende a conceptualizarse como el ideal nobinario sin tener en cuenta, una vez más, que no hay un modelo paradigmático de nobinarismo y que, de hecho, la androginia es un privilegio (flaco, blanco...) al que pocas personas pueden aspirar.

En ese sentido, además de Eme, había dos personas en nuestra encuesta amorosa que hablaban del infame síndrome del impostor dentro del colectivo y, más particularmente, dentro de lo trans*. Consideramos que no existe una manera única de ser una persona nobinaria y entendemos el término en toda su extensión multidimensional, en toda su potencialidad rizomática. Como personas nobinarias no le debemos androginia a nadie. El paraguas de lo nobinario alberga a personas con expresiones totalmente *femme* o *masc*, a personas de género fluido, a personas agénero, etc. También a personas que se identifican como trans* y a quienes no se identifican con ese término. Como prueba, el colectivo No Binaries España llevó a cabo un estudio en 2024 que evidenciaba que, si bien la mayoría de personas encuestadas (70,3%) se nombra desde lo trans*, existe también un porcentaje de gente (22,3%) que no lo tiene claro, e incluso una parte de las personas encuestadas que directamente no se identificaba dentro de la etiqueta trans* (7,5%). Y es que a veces también nos sentimos impostoris si se da el caso

de que no queremos someternos a un proceso médico de reafirmación de género, o si queremos hacerlo por euforia, comodidad o simple autodeterminación corporal, no por disforia, como dicta el transmedicalismo[8]. Puedes tener disforia o no, igual que puedes trasicionar médicamente o no. No hay una forma correcta de ser (trans) enebé.

Toda esta necesidad de tener que encajar en un paradigma ideal en el centro de un gran constructo dicotómico (el deseo homosexual vs. el deseo heterosexual, ser hombre o mujer, incluso ser cis o trans*) nos lleva a pensar que socialmente tanto lo bi como lo nobinario se entienden como una tercera opción intermedia, siempre "a medio camino de". Todo esto evidencia que tanto el espectro de la identidad de género como el del deseo sexual se siguen pensando como algo lineal en cuyos extremos se situarían lo masculino y lo femenino, el deseo homo y el deseo hetero, lo cis y lo trans*; provocando que las personas nobinarias y/o bi nos veamos empujadas a demostrar, como funambulistas, que nos situamos justo en el centro de la cuerda floja.

A menudo, la diversidad dentro de estos paradigmas nos lleva una y otra vez a tener que hacer pedagogía sobre nuestras experiencias y existencias bi o enebé, y a la necesidad de validarnos o legitimarnos externamente. No obstante, entendemos el nobinaris-

[8] Ideología que niega que sin disforia se pueda ser trans*.

mo y la bisexualidad como términos descriptivos y no prescriptivos, precisamente como un no-lugar desde el que nombrarse. Las personas bi y enebé somos diversas y no le debemos androginia ni pluma bi a nadie.

Nos preguntamos ante todos estos sentires comunes ene-bi : ¿qué podemos hacer? Sin referentes visibles que nos hagan de espejo no podemos concebirmos como bisexuales.

Paralelamente, Eme y Ju coinciden en que fue el hecho de empezar a conocer y desear a personas nobinarias lo que hizo que se reconociesen como personas enebé. Siete de nuestres amores destacaban también este tema al compartirnos sus experiencias: la importancia de la comunidad y la militancia, de las lecturas compartidas, de hablar con referentes que ya se nombran como enebés, la información recibida incluso a través de vídeos de divulgación, el acompañamiento de personas afines, tener un espacio en el que repensarse y (re)conocerse, etc., es a menudo una pieza clave para que podamos empezar a nombrarnos. Y es que no venimos a descubrir nada que no se haya dicho, pero sin duda los referentes, el activismo y la comunidad, entendida como red tierna de apoyo y cuidado, pero también de autorreflexión crítica y colectiva, son las claves para poder habitar la disidencia ene-bi desde un lugar seguro.

—Venga, chiquis, vamos a comer y quedamos la semana que viene para seguir.

Alba y Ju llegan a casa de Eme, el olor a incienso inunda el salón, unas flores silvestres decoran la mesa de cristal. Han traído merienda y le anfitrione hace café (hoy descafeinado, para las ansiedades). Se oyen los pájaros trinar por la ventana y el sol se deja ver entre las nubes. El bucolismo del valle murciano. Después de una rondita tranquila de sentires, nos adentramos en el tema:

—Junio, ¿quieres contarnos tú cómo fue tu proceso?

—Vale. Pues mi descubrimiento como bisexual fue también en la adolescencia, pero no salí del armario realmente hasta nueve años más tarde. Porque claro, la primera persona de mi mismo género (en aquel momento) de la que me enamoré me rechazó de una manera tan homófoba que me metí al armario de nuevo. Y sí, yo sabía que no era hetero, pero jugué ese papel porque pensaba que sufriría menos. Pero claro, fue insostenible. Entonces, en un momento de mi vida, decidí dejar la relación hetero monógama y aparentemente perfecta en la que estaba, y empecé a expresarme como bi, abiertamente. Poco a poco fui conociendo a más gente bi, a gente nobinaria, y relacionándome sexo-afectivamente con personas bi que expresaban su deseo hacia mí desde un

lugar que implícitamente me hacía saber que no me veían como mujer, sino como persona. Una de estas personas llegó a llamarme "guapo" (así, sin que yo hubiera expresado que me gustaría usar pronombres masculinos) y esa euforia de género inesperada hizo que me diese cuenta de que no era una mujer. Es difícil de explicar, pero sí, a raíz de conocer gente nobinaria, de conocer sus experiencias y de ver que mis experiencias no eran tan diferentes, fue cuando me fui dando cuenta de que mi identidad estaba ahí, en lo enebé. Recuerdo que estaba yo en ese momento viviendo en Holanda, y hablaba principalmente en inglés, una lengua que no tiene tanto género gramatical, y la forma de dirigirse a las personas es generalmente más neutra, con lo cual no sentí la necesidad de cambiar de pronombre hasta que un día, fui a una fiesta LGTBQ+ que se llamaba THEY (obviamente las personas nobinarias allí eran la mayoría) y recuerdo que alguien me preguntó mis pronombres y me quedé un poco en shock al escucharme decir *she/her* por inercia, me di cuenta de que, en realidad, no tenía por qué utilizar el pronombre femenino *she/her*, y empecé a pensar en cómo me sentaría usar el neutro *they/them*. Y fue como, ah, pues sí, me sienta bien. Y luego ya volviendo a Murcia, conocí más personitas nobinarias que se convirtieron en mis amiguis y fui normalizando el

> uso del elle, y las declinaciones genéricas en -e u otras vocales para elles y para mí, y fui fluyendo desde el ella/elle hacia el elle/él que uso a día de hoy.

Históricamente, parece que la lucha del colectivo se ha articulado quizás más en torno a lo identitario que en torno al deseo. No obstante, creemos que no solo la identidad es política, sino que el propio deseo es político, y justamente creemos que el deseo bi posee la potencialidad de trascender la identidad y la expresión de género: permite evidenciar la capacidad de sentir deseo por las personas más allá del género binario. Esto es lo que le sucedió a Ju: fue el hecho de sentirse deseade por personas bi lo que le abrió la puerta al cuestionamiento de género y la expresión del mismo. ¿Por qué? La imaginación fue clave, "si yo fuera un chico", se atrevía a pensar, "esta persona bisexual probablemente se sentiría también atraída por mí". El deseo de estas personas no estaba sujeto a la expresión o identidad genérica de Ju, sino hacia su persona, sin más. De ahí que se plantease la posibilidad de poder seguir siendo deseade sin importar cuál fuese su género.

En ese sentido, querríamos destacar que la mitad (seis) de nuestres amores encuestades y nosotres tres mismes empezamos nuestro proceso de autodescubrimiento desde lo bi y, posteriormente, llegamos a nom-

brarnos como enebé. Esto nos lleva a hipotetizar que, como personas bi, el hecho de desear a otras personas sin importar su género pudo habernos devuelto el reflejo de que podíamos quizás ser deseades sin importar nuestro género. Esta hipótesis, de hecho, nos llevó a plantear la última de las preguntas de la encuesta: ¿crees que el deseo bisexual tiene el potencial de desestabilizar el sistema binario de género? ¿por qué? A dicha pregunta, nueve de nuestres amores respondieron afirmativamente. Une de elles decía al respecto: "el deseo bisexual nos invita (si lo dejamos, claro) a reflexionar sobre la categorización de género en todos los ejes: empiezas por la atracción y acabas por analizar sus dimensiones, colonial, económica, etc.".

Otres apuntaban a que ese deseo bisexual podía disipar las fronteras reguladoras del deseo, redefinir la atracción y desafiar la rigidez cisnormativa y las convenciones tradicionales, fomentando la aceptación y la inclusión de un espectro sexo-genérico más fluido. Algunes de nuestres amores, a pesar de estar de acuerdo con la pregunta, expresaron limitaciones al respecto como, por ejemplo, que si hay una clara preferencia de géneros (aun dentro del deseo bisexual) esa potencialidad podría quizás desactivarse parcialmente; o que, incluso, el estigma de la bisexualidad en hombres cis interfería en esa capacidad desestabilizadora del deseo. Por último, tres amores no creían que el deseo bi pudiese desarticular el *cistema* binario. Une

de elles apuntaba que, de hecho, hay muchas personas bisexuales que siguen deseando binariamente sin cuestionarse nada más, y es cierto. Les otres afirmaban, por un lado, que era más bien el nobinarismo y no la bisexualidad lo que tiene la capacidad de romper el *cistema* binario; y, por otro, que ese nobinarismo podía acabar, de hecho, con las monosexualidades.

Precisamente, esto nos lleva a reflexionar sobre el recorrido contrario, pues consideramos que si el deseo puede hacer tambalear (o al menos agitar) la identidad, también la identidad nobinaria puede sacudir la forma en la que sentimos el deseo. Ocho de nuestres amores coincidían en que empezar a nombrarse desde el nobinarismo había expandido su deseo más allá de lo monosexual. Algunes afirmaban que eso también había sucedido con el deseo de las personas con quienes se vinculaban. De hecho, nos ha pasado a les tres: algunas personas monosexuales con las que nos estábamos vinculando se replantearon su orientación al darse de bruces con la realidad de desearnos. Por supuesto, es nuestra experiencia particular y no pretendemos en ningún caso que sea universalizable. Sin embargo, consideramos que si esto nos ha pasado a nosotres, significa que existe esa potencialidad de que tanto el deseo como la identidad se trans*formen cuando lo bi y lo nobinario interseccionan.

—Suficiente por hoy, caritrinis, ¿quedamos la semana que viene?

Ju y Eme llegan a casa de Alba un martes raro, tras un lunes de apagón, comprando velas y radios, que lució bastante distópico (desde nuestra perspectiva privilegiada del norte global, claro). Después de una rica comida cocinada con mucho amorcito, Alba hace café y se sientan en el sofá a hablar.

—Alba, ¿quieres contarnos cómo fue tu proceso?

—Uhm, venga, ya me toca. Lo cierto es que en el primer ciclo de secundaria hubo varios momentos de descubrimiento. Recuerdo llevar durante un par de años el pelo "a lo chico", como decía entonces, e ir a clase con camisa y corbata. Aquello me daba sensación de vértigo y de poder. Recuerdo estar bastante sole durante esos años, dejarme el pelo crecer, volver a vestirme *femme* en tercero de la ESO, y sentir que, de pronto, volvía a ser visible para los chicos que había en mi clase. Había también una chica a la que admiraba mucho que estudiaba un curso por encima de mí y sentía lo típico: no entendía muy bien si quería parecerme a ella o, directamente, me gustaba. Estudié en un cole religioso, así que había muchas cosas que ni siquiera me habría atrevido a compartir. Cuando llegué al instituto, conocí mucha gente nueva y empecé a salir algunos fines de semana con mi nuevo grupo. Ese primer

año salí del armario como bi, una noche en la que todes habíamos bebido mucho. La recepción de mi "confesión" no fue la esperada: risas, bromas, puesta en duda porque nunca había estado con chicas e, incluso, acusaciones de que solo quería llamar la atención. Indudablemente, la elección de gente, o quizás del momento, para compartir algo que para mí era importante no fue la adecuada. Aquello me afectó tanto que rara vez volví a comentar algo más en torno al tema. Solo con algunas personas muy cercanas me he permitido compartir algo sobre mi orientación durante todos estos años.

La pandemia para mí supuso un antes y un después. Por mi enfermedad, pasé todo el confinamiento sola en casa. En todo ese tiempo sole me di cuenta de muchas cosas, entre ellas, que estaba viviendo una vida en la que no era del todo yo misma. Fue durante el confinamiento también que empecé a jugar con el drag. Al terminar el confinamiento, me replanteé muchas cosas de mi vida, salí del armario como persona bi, también con mi familia, empecé a construir relaciones desde la anarquía relacional y a repensar mi identidad de género. Nunca me he sentido un sujeto deseable, de hecho mi expresión de género, aun cuando ha pasado por épocas muy *femme*, nunca ha sido muy sexualizada, siempre me he

> percibido un poco teletubby, jajaja. Sin embargo, empezar a desear públicamente todo tipo de expresiones de género me permitió verme a mí misme también como posible sujeto deseable, sin importar mi expresión. Esa potencialidad de sentir deseo por cualquier persona me permitió empezar a emborronar lo binario, no solo en las personas que deseaba, sino también en mí mismo… Pero, sin duda, el activismo queer y anticapi, las lecturas y el drag king terminaron de hacer el resto. Recuerdo que en una de las primeras asambleas de Bancal de Candanga, mi familia travesti, empecé a utilizar todos los pronombres. Jugar con mi expresión a través del drag, permitirme performar la masculinidad, me producía euforia, y me llevó a pensar que si podía performar la masculinidad, eso significaba que toda la vida había estado también performando la feminidad. Y, bueno, se me rompió el género del todo cuando empecé a reflexionarlo como una herramienta al servicio del capital y el colonialismo.

En nuestra experiencia ene-bi, les tres entendemos el activismo como una parte importante de nuestra identidad nobinaria y nuestra orientación bi, porque creemos que reconocernos y nombrarnos así es precisamente acuerpar la militancia contra el *cistema* binario heterosexual y capitalista. Las estructuras de

poder material que articulan el sistema capitalista son las responsables de instrumentalizar el modo en el que nuestro género es leído socialmente, creando determinadas expectativas sobre nuestras cuerpas respecto a las relaciones de (re)producción. Por lo que situarnos en un no-lugar, como es el nobinarismo, permite desactivar la lectura de nuestras cuerpas desde esa hermenéutica capitalista y cisheterosexual del género. Del mismo modo, como Ricci Galiano (2024) apuntaba este último septiembre, la bisexualidad, con su asumida promiscuidad y *biciosidad*, con su deseo polimorfo, supone indudablemente una amenaza para el sistema monógamo (como también avanzaba Daniela Portas en palabras de Ana Amigo [2022]) y, por tanto, para la familia nuclear, unidad mínima de (re)producción capitalista. Añadimos nosotres (y algunes de nuestres amores) que, incluso dentro del propio colectivo, la potencialidad bisexual constituye también un cuestionamiento de las dinámicas homonormativas/homonacionalistas que tienden a domesticar y asimilar nuestras disidencias. Entendemos, por tanto, nuestra disidencia sexogenérica como una ruptura con todo tipo de normas.

No solo nosotres, también algunes de nuestres amores hablaban en sus experiencias de cómo empezaron a plantearse tanto lo bi como lo nobinario como una ruptura con la(s) norma(s) cishetero, binaria y capitalista desde diferentes lugares.

Une de elles, por ejemplo, partió desde el veganismo, y eso le hizo cuestionar todo el sistema y su propia identidad y orientación. Otres lo han hecho a través de lecturas, por intuición, o por otros muchos motivos. Para la mitad de nuestres amores encuestades, una de las formas de empezar a romper normas fue también el juego con la expresión de género, que supuso una puerta de acceso hacia la exploración de la propia identidad. Cuatro personitas hablaban de la euforia que les producía experimentar con la ropa, ya fuese propia o de sus vínculos, con la estética del pelo, etc. Además, concretamente seis de nuestres amores (siete, si incluimos a Alba) hablaban de que el drag les había proporcionado un espacio de juego, liberación y descubrimiento donde escenificar o performar una determinada expresión de género de manera consciente, antes de reconocerse como personas enebé.

Del mismo modo, la curiosidad, el flirteo y el juego han abierto para muchas personas bi la brecha a través de la cual dejar atrás la monosexualidad. Y es que, si bien es cierto que para algunas personas la bisexualidad puede ser una fase, para muchas otras no lo es, y ese juego (auto)permisivo puede ser la clave para el autodescubrimiento.

Porque ¿acaso no puede ser el juego un instrumento político vislumbrador de utopías tan potente como cualquier otro?, ¿por qué no concedernos el juego como espacio de ruptura con la norma? ¿Y si es

precisamente el juego (respetuoso y cuidado) lo que nos hace permitirnos licencias, como performar otros géneros o desear cuerpos diversos, lo que posibilita quebrar las normas y recorrer un camino celebratorio, emborronando las categorías y dejando atrás el dolor compartido de nuestras experiencias?

Para acabar, una última merienda, desafortunadamente, en la distancia. Nos vemos las caras a través de la pantalla dividida, con el documento compartido en la otra mitad. Nos ponemos manos a la obra. ¡A extraer conclusiones, chiquis!

Desde la creación colectiva, compartiendo sentires propios y de nuestres amores, este texto pretendía ofrecer una humilde visión encarnada sobre nuestras experiencias ene-bi, sus intersecciones y su potencialidad política. Tras habernos reunido a merendar, tomar infusiones, desayunar, tomar cafés y algún refrigerio que otro; bailar, debatir, escucharnos, leer, preguntar a nuestres amores y reflejarnos en elles, reflexionar y desesperarnos mucho; hemos elaborado un modesto cuaderno de viaje ene-bi de nuestras experiencias a modo de conclusiones. Este es únicamente el mapa de carreteras que hemos seguido nosotres, pero, por supuesto, animamos a les viajeres que nos leen a que se salgan del camino y exploren sus propias rutas.

Equipaje:

No son enseres lo que necesitamos en la mochila para esta travesía, sino un talante decidido, exploratorio, con ganas de descubrirse a través del juego. El juego, entendido como una actitud política ante la vida y ante nosotres mismes, de desafiarnos, de cuestionar(-nos) la norma, de tentarnos a través del deseo y de la experimentación, de trascender el dolor y el trauma.

Un juego utópico que nos lleve a preguntarnos todo el tiempo "¿y si...?": ¿y si me permito ser deseade de otras formas?, ¿y si puedo desear otros cuerpos y realidades?, ¿y si juego a ser quien soy?, ¿o quizás a ser otres que aún no he llegado a explorar?, y, sobre todo, ¿y si jugamos a imaginarnos más allá del capitalismo y el *cistema* binario?, ¿quiénes seríamos entonces?

Pero claro, para que el juego pueda activarse, a menudo es necesario rodearse de una buena compañía con la que continuar el viaje.

Compañía:

La tripulación que eliges lo es todo. Es gracias a los referentes que los cielos clarean y se calman las aguas, permitiéndonos embarcar. La comunidad es la estructura necesaria ya no solo para el autodescubrimiento y para ganar la fuerza necesaria para habitar(nos) sin muros ni armarios; es que son también aquelles en quienes te apoyas para sostener los dolores, los obstáculos, los traumas, la discriminación. Son las intersecciones ene-bi que nos atraviesan las que nos hacen encontrarnos. El acogedor encuentro nos permite salir de la isla solitaria, siendo precisamente el activismo interseccional (aboliendo las identidades como ontologías individualistas) la barca que nos permite avanzar y explorar nuevos horizontes.

Horizonte:

Este viaje no tiene una meta o un destino concreto, pero sí pretendemos movernos hacia un horizonte

amplio que nos permita ser nosotres mismes en cada paso, saliéndonos de las carreteras sexo-genéricas preestablecidas, creando nuestros propios caminos, o no-caminos. Reivindicamos la visión de la bisexualidad y del nobinarismo como la expresión de la indecisión, de la liminalidad, desde la heterotopía[9] de Foucault y desde la creación de los múltiples no-lugares donde poder existir e imaginar futuros utópicos posibles. Un horizonte que suponga, por tanto, la abolición del *cistema* binario sexo-genérico que pasa, forzosamente, por la abolición del capitalismo. Un horizonte donde, desde la lucha colectiva, se desestabilicen las identidades herméticas y estancas, y se desdibujen las dicotomías binarias; donde la fluidez y el cambio no se perciban como una amenaza. Porque creemos que ambos, bisexualidad y nobinarismo, son vasos comunicantes, y precisamente, lo revolucionario de las experiencias ene-bi es la potencialidad de poder habitarlo/desearlo todo. Como dijo une de nuestres amores: "Que nadie me quite el optimismo de ver un mundo perverso, polimorfo, no monógamo, nobinario y bisexual".

¡Arriad las velas!

[9] Michel Foucault (1984/1967) definía las heterotopías (espacios otros) como espacios que son a su vez contra-espacios porque contravienen, cuestionan o invierten lo establecido en la sociedad, porque se aproximan a las utopías (que son emplazamientos no asociados a un lugar real).

Tiene un Máster en Filosofía especializado en Estética y Teoría de las Artes, formación que aprovecha para hacer crítica cultural y crear en diferentes expresiones artísticas, desde la moda a la escritura. Cualquier cosa relacionada con la cultura, la expresión o la comunicación forman parte de él.
Se autorreconoce como hombre bi desde el 2011 y desde entonces no ha parado de reclamar su orientación y defenderla de la bifobia constante.


ALEX
ROBLES

EL CABALLO DE TROYA DE LA MASCULINIDAD
Cómo ser un hombre bi
Alex Robles

Siendo un hombre bisexual siempre vas a salir perdiendo, al menos en el juego de la masculinidad. No, esto no son las palabras de otro hombre quejándose de lo mal que lo pasa y de lo oprimido que está por ser hombre, porque ya solo por el hecho de ser hombre conservamos un montón de privilegios. Estas son, más bien, las palabras de un hombre harto y cansado. Harto y cansado de que las proyecciones de la masculinidad hegemónica occidental y los prejuicios sobre la bisexualidad se unan para crear un molde en el que es imposible encajar. Harto y cansado del continuo cuestionamiento de lo que soy o no en base a ese arquetipo inalcanzable que, por cierto, nadie es capaz de acabar de definir unánimemente. Harto y cansado de que no nos dejen ser simplemente hombres bi en la forma en la que necesitemos serlo.

No hay forma de acertar a la hora de que nos reconozcan como hombres bi. No podemos acatar las reglas de la heteronorma[1] porque eso nos invisibiliza

[1] Hablo aquí específicamente de heteronorma porque, aunque el endosexismo y el cisexismo también pueden aumentar la cantidad de -fobia que sufrimos, me voy a centrar más en la expresión de género ligada a la orientación sexual.

dentro del gran grupo de los heterobásicos. Pero tampoco podemos tener pluma porque el monosexismo y la bifobia, tan arraigados en nuestra cultura y nuestra sociedad, nos sitúan directamente en la homosexualidad: la pluma hace que tengas que ser gay por defecto. El simple hecho de decir que eres un hombre bi se descarta como una declaración sincera, como alguien que está saliendo del armario de forma genuina, y se cataloga como alguien queriendo llamar la atención, una fase de cara a los demás antes de reconocer por completo su homosexualidad, o un hombre mintiendo para hacerse el interesante. Esto último también es paradójico, porque aunque la bisexualidad se descarta y menosprecia debido a la bifobia y al monosexismo, en cuanto un hombre dice ser bi parece que lo utiliza como un aumento de su capital sexoafectivo[2]. Es decir, la sospecha sobre mentir al reconocerse como bi delante de otros es como un intento de añadir ciertas connotaciones sobre uno mismo basadas en un binarismo de género abrumador. Esto haría que solo

[2] El capital sexoafectivo derivaría del capital erótico, término acuñado por Catherine Hakim en *Capital erótico: El poder de fascinar a los demás*, Debate, 2019; y que vendría a ser el valor social que un individuo o grupo acumula, como resultado de su atractivo sexual. Está basado en los conceptos del capital económico, cultural y social del sociólogo Pierre Bourdieu. Lamentablemente, este concepto ha caído en manos de la manosfera, dando lugar al valor de mercado sexual para muchas veces denostar a las mujeres y a los hombres no endocisheterosexuales.

se consideren dos opciones: que eres un hombre hetero —fingiendo que eres alguien más sensible y alejado de la cisheteronorma para que las mujeres puedan sentirse más seguras y relajadas contigo— o bien eres un hombre gay —queriendo alejarte de la pluma y la feminidad cumpliendo los estándares homófobos y misóginos del *masc x masc*[3] de los hombres homosexuales—. La bisexualidad, independientemente del género, no se considera algo positivo. Exceptuando cuando alguien dice que lo es y se quiere encontrar un argumento para negar su orientación. Entonces, esa misma bisexualidad que se penaliza, se convierte mágicamente en una ventaja que la persona podría estar utilizando para sacar partido de algún modo.

Los roles de género heteronormados han permeado tanto en las expresiones de género ligadas a las orientaciones sexuales y románticas, que cuando no encajamos en los modelos que nuestra sociedad nos ha marcado, nos convertimos automáticamente en impostores. Si, además, entendemos que rara vez la bisexualidad se ha considerado en alguna parte y que, por tanto, no se han generado modelos de cómo debería ser su expresión de género, se nos sitúa en una tierra de nadie donde parece que debemos de cumplir estrictamente un 50% con los roles de género hetero-

[3] Hace referencia a la plumofobia dentro de la comunidad gay en la que muchas veces los "gais masculinos" solo buscan relacionarse exclusivamente con otros "gais masculinos".

sexuales y con otro 50% con los homosexuales[4].

Pero ¿qué es exactamente la masculinidad? Esta es una pregunta que tiene una complicada respuesta. Todavía más complicada si solo esperamos una única respuesta válida, cosa que pretende el aloendocisheteropatriarcado. Cuando se empezó a estudiar la masculinidad desde un punto de vista crítico, como todas las cuestiones que tienen que ver con el género, se descubrió que el ser un hombre se basa más en lo que no se tiene que ser que en una lista de características fijas que tiene que cumplir. Normalmente, el hombre más hombre no puede ser principalmente: ni homosexual, ni un niño, ni puede ser, tampoco, una mujer. La lista puede ir haciéndose más y más amplia dependiendo del contexto concreto. Pero, en esencia, la masculinidad se construye por medio de la negación: negando de forma absoluta todo lo relacionado con la feminidad en cada contexto particular.

Así, llegamos a la raíz del problema que, como casi siempre en nuestra sociedad, es todo aquello relacionado con la feminidad. O, más bien, lo que se ha encasillado arbitrariamente como lo que debe pertenecer solo a lo femenino, lo que se ha negado para definir

[4] He de aclarar también que toda esta perspectiva la hago desde una sociedad blanca, occidental y europea, porque en otros países y culturas la masculinidad se rige por otros patrones, aunque tampoco abismalmente distintos, y algunos patrones o marcadores que allí forman parte de la masculinidad más hegemónica aquí formarían parte de la pluma.

la masculinidad. Porque la masculinidad solo se construye como negación y oposición hacia lo femenino, lo que también lleva a la opresión. Un "hombre de verdad" no puede tener nada femenino, o si lo tiene es solo una forma anecdótica que ponga en valor el resto de su hombría. Por ejemplo, si un hombre es menos rudo y agresivo de lo normal, es porque es más racional e inteligente, deja de cumplir el papel de bestia/hombre protector para cambiar al de hombre que razona y dirige. En cuanto la feminidad se expresa en un hombre más de lo que las normas socioculturales dictan, ya tiene que tener una desviación, y eso significa que tiene que tener algo de lo opuesto a lo que se espera de él.

La heteronorma actual nos dice que un hombre masculino solo puede ser heterosexual, y un hombre femenino, es decir, alguien que no es un hombre del todo, solo puede ser homosexual. Aquí de nuevo la oposición y la negación para construir la masculinidad juegan el papel del todo o nada, eliminando los espacios habitables entre medias. Lo cual también es ciertamente paradójico, porque para aceptar la homosexualidad masculina, también se pide que la expresión de género no se feminice. Este es el famoso argumento de "no tengo nada en contra de los gais, pero que no se les note". Los mandatos de la masculinidad hegemónica imponen que, incluso para ser un buen gay, debes seguir performando como un hombre

de verdad ante la sociedad.

Además, también tenemos que tener en cuenta que, por mucho que se hable de "masculinidad tradicional", es solo un tipo de masculinidad que se creó a partir de los años de posguerra. Lo que hoy entendemos como "masculinidad tradicional" se ha redefinido sistemáticamente, ya no solo en cada cultura, sino en cada época. Las pelucas, el maquillaje, los tacones, el color rosa, o las relaciones entre hombres[5] han formado parte de la masculinidad hegemónica de diferentes momentos históricos, y en la actualidad son cuestiones que solo se pueden atribuir a la feminidad o a una masculinidad subordinada. Esto nos señala que no hay una "forma natural" de ser hombre y que todo depende de la sociedad, el tiempo y la cultura. Teniendo todo esto en cuenta, la masculinidad bisexual se vuelve un problema todavía más complejo. Sí, la masculinidad, tal y como se ha definido en los últimos tiempos, es tanto un problema para quien la habita como para quien no. Vamos a simplificar el contexto para que sea más entendible. Del lado de la heteronorma, se espera que sigamos siendo ese hombre de verdad, sea eso lo que quiera que sea, y del lado de las identida-

[5] Hay que aclarar que por mucho que se romantice actualmente las relaciones entre hombres en la Antigüedad clásica, en especial en Grecia, solo estaba socialmente bien visto el papel del activo en un adulto y se entendía que el papel del pasivo solo lo podía llevar a cabo un joven en años de formación. Un adulto pasivo se penalizaba socialmente.

des masculinas sexogenéricamente disidentes, se espera que no lo seamos, o al menos no mucho. Es como si hubiera dos extremos: el del arquetipo de hombre cisheterosexual hegemónico y el del arquetipo de hombre cisgay[6] con toda la pluma posible. Y como nunca se habla de lo bi en ningún contexto, se nos exige estar en un lugar imposible: justamente en el medio, ni un ápice para un lado o para el otro, porque si no, ya no seremos hombres bisexuales de verdad. Y digo que es una posición imposible porque, como la masculinidad hegemónica heterosexual y la masculinidad disidente o subordinada homosexual se construyen a través de la negación, no podemos no *no-ser-algo* en ambas direcciones.

Los hombres bisexuales, como los alquileres asequibles o el trabajo bien pagado, parece que no existimos. Pero, a diferencia del alquiler o el trabajo, sí que existimos, y presentamos tantas formas de masculinidad como colores puedas imaginarte. Dado que, aparentemente, solo existen dos opciones: ser un hombre "de verdad" o no serlo en absoluto, es decir, ser homosexual; el momento en el que te cuestionas que no eres ninguna de esas dos cosas, te cuestionas también dónde encajas como hombre o si encajas de algún modo.

[6] Lo trans y las identidades no binarias con una identidad de género masculina o masculinizada nunca entran en los modelos como parte de una sociedad que es esencialmente transexcluyente, tal y como llevan siendo la mayoría de sociedades occidentales blancas.

Ese cuestionarnos constantemente al que nos vemos obligados por la sociedad monosexista hace que cada hombre bi llegue a una masculinidad diferente con la que sentirnos cómodos. Esto, muchas veces, no implica que nos cuestionemos nuestros privilegios o nos desprendamos de actitudes machistas.

Cogemos retazos de la masculinidad hegemónica y de la subordinada para crear un lugar que habitar. No es que solo tengamos que procesar de una forma especial nuestra orientación; y digo especial porque no tenemos referentes ni en la cultura dominante ni en las subculturas o contraculturas. Es que mientras nos cuestionamos si somos bisexuales, acabamos por cuestionarnos, en muchos casos, cómo nos perciben los demás. Para intentar llegar a una masculinidad que se pueda percibir como bi, y no tengamos que estar haciendo un esfuerzo extra para que no se nos asuma como hombres heterosexuales, una opción frecuente es explorar la pluma. Esto queda subordinado al entorno individual de cada uno, porque tener y mostrar una masculinidad no dominante puede tener consecuencias negativas. Incluso, una masculinidad más ambigua que no deje a los demás situarte en un extremo o en el otro también puede ser penalizada. Pero esto no queda relegado solo a cómo nos perciben los demás, sino a una pérdida de identidad como hombre, aunque el cómo nos reconocen los otros también tiene mucho que ver en quiénes somos. Desde que te asig-

nan el ser hombre al nacer, uno de los pilares fundamentales de esa identidad es que seas heterosexual. Serás hombre no siendo un montón de cosas y siendo hetero, pero en cuanto no lo eres, lo fácil es ir a todo lo que no debería ser un hombre, que es por lo que optan muchos hombres homosexuales contruyendo su identidad en torno a la pluma (pluma que muchas veces es "innata", por decirlo de alguna forma). Sin embargo, al ser bi no tenemos un lugar contrario al que ir, no tenemos una identidad opuesta —una identidad que haya sido durante muchos años "mala" en relación a la masculinidad— en la que actuar como esa parte rebelde de ser hombre. Nos convertimos en los rebeldes de todas las opciones de masculinidad que se habían planteado hasta el momento.

Es de ahí de donde nacen los heterocuriosos, heteroflexibles, homoflexibles, el *bud sex*[7] y otras tantas variaciones, que —fuera de un momento de duda y exploración de la propia sexualidad, al que todos tenemos derecho— lo son durante años y, después de múltiples parejas o encuentros con otros hombres, se

[7] La práctica del *bud sex*, que traducido sería algo así como sexo entre colegas, se refiere a hombres que se consideran indiscutiblemente heterosexuales pero buscan placer sexual sin involucrar ningún tipo de intimidad y que solo lo practican por el placer que obtienen de él. Suele decirse que no sienten deseo de ningún tipo hacia otros hombres, pero que busquen activamente a otros hombres en diferentes contextos para tener relaciones sexuales ya pone en duda la premisa de que no haya una represión de la propia sexualidad por encajar en los roles heteronormados.

siguen catalogando así. Ser alguien que rompe los esquemas mentales y sociales que otros tienen interiorizados no solo es incómodo, sino que te hace objeto de violencias tanto en lo macro como en lo micro. Es normal que nadie quiera exponerse a la violencia de forma voluntaria, pero el negar parte de quien eres, tener que vivir una doble vida para poder sentirte completo, aunque solo sea de forma fugaz, puede suponer un pequeño salvavidas en un mar de negación y odio interno: una bifobia interiorizada permanente.

Tenemos un modelo de *masculinidad perfecta*, unos pocos de *masculinidad aceptable* y otros cuantos de *masculinidad no aceptable*. Como la masculinidad la construimos de forma individual en relación con la sociedad en la que habitamos, ir cogiendo elementos de unas y de otras para crear la nuestra propia es una dinamitación de todos esos modelos. Un hombre que en apariencia encaja en esa masculinidad perfecta dominante, al reconocerse como bi, es decir, que le gusten también personas de su género, está diciendo que ya no es perfecto, lo que hace que todas esas cualidades que tan bien encajaban en ese molde pierdan lustre y se cuestione que esa *perfección idealizada* sea de nuevo perfecta o ideal. Lo mismo ocurre al contrario, ya que esa masculinidad disidente se construye muchas veces en contraposición a la dominante, y que añada un rasgo tan definitorio como una atracción ha-

cia otro género distinto de su mismo género rompe el esquema de lo que se ha pensado como subversivo.

Las pocas veces que se habla de la bisexualidad masculina en estudios amplios de la comunidad LGTBIAQ+ se suele hacer hincapié en las altas tasas de problemas de salud mental, pero no se suele abordar cuáles son sus causas. Creo que una de las principales causas es precisamente la fragmentación identitaria a la que nos vemos obligados. No estoy negando que la bifobia y el rechazo percibido no jueguen un papel importante en esto, sino que añado que no se reflexiona sobre cómo los hombres bi tenemos que articular nuestras identidades, sentir que fracasamos en ello y los problemas psicológicos que esto conlleva. Quizá ha llegado el momento de no solo buscar lo que nos problematiza fuera de nosotros (que hay que seguir haciéndolo) y empezar a abrazar ese problema identitario como una identidad radical y desestabilizadora que nos lleve a habitar un lugar más amable con nosotros mismos y, por ende, para el resto de personas oprimidas por la masculinidad.

Si no tenemos apenas referentes, si no tenemos un modelo de masculinidad al que aspirar que nos valide como quienes somos, está claro que tenemos que construir un espacio que nos permita ser en total libertad y de forma diversa. No podemos volver a caer en el modelo de una masculinidad unívoca, aunque esta

vez la construyamos desde un punto de vista positivo y no negativo como la masculinidad "tradicional"[8] de los últimos tiempos. Se nos ha desterrado de los lugares tradicionales de la masculinidad, pero no por ello estamos habitando en el vacío, estamos ocupando un espacio que hasta ahora no había habitado nadie. Quizá es el momento de reclamarlo, de desbrozar la maleza, plantar lo que necesitemos y empezar a construir un hogar: una identidad bi masculina propia[9].

El primer paso es aceptar que no encajamos, que somos una disidencia en la disidencia, que no estamos ni en lo hetero ni en lo homo. Es reclamar este abismo en el que nos desechan y utilizarlo como base para llenarlo con algo propio. Nos encontramos ante un terreno inhóspito, el de una masculinidad que no encaja en ningún sitio, con arcilla fresca que nos permite modelar tantas masculinidades como necesitemos. Aquí el único reto, y que es algo utópico porque no podemos separarnos de la sociedad en la que vivimos, es no traernos aquellas cosas tóxicas, tanto para nosotros como para nuestro entorno, de la masculinidad hegemónica, que pueden contaminar modelos de masculinidad más amables y transformadores.

[8] No me cansaré de repetir que no hay una masculinidad tradicional y, como ya vimos anteriormente, la masculinidad siempre ha estado en constante cambio y cuestionamiento.
[9] Sé que este tipo de metáfora cae un poco en el imaginario colonial, pero creo que expresa de forma bastante visual la idea.

Esto también requiere hacernos responsables de nuestra posición y de nuestro papel. Por el mero hecho de ser hombres, seguimos teniendo ciertos privilegios, aunque se vean mermados por nuestra bisexualidad, y también arrastramos ciertos tipos de socialización y de conductas por las que la masculinidad hegemónica y la subordinada nos siguen haciendo daño como seres humanos. Que nuestra orientación sexoafectica y/o romántica nos haga cuestionarnos qué es ser hombre, o cómo podemos ser un hombre válido en cualquiera de los modelos que ya hemos comentado, nos brinda la oportunidad de cuestionar precisamente aquellas cosas por las que no encajamos y eliminarlas o modificarlas para construir nuestra propia identidad masculina.

Las nuevas masculinidades que pueden nacer de la experiencia bi deben tener en cuenta la opresión, tanto la que sufrimos por ser bi como por otras condiciones. No podemos caer en el error que ya hemos visto cometer a otro tipo de modelos reformadores sociales que abogan por crear un modelo nuevo, en principio más liberador, pero siguen cayendo en sistemas de opresión. Ya hemos vivido en mayor o menor medida esa opresión, y tenemos que ser conscientes de que debemos tomar parte, como hombres, en cambiar esos modelos que nos dan privilegios y se los quitan a otras personas. Para hablar de modelos no hegemónicos de masculinidad, se ha utilizado también el tér-

mino de masculinidad o masculinidades conscientes, pero creo que esto no es suficiente, porque una cosa es saber que tienes un privilegio, y otra, trabajar activamente por dejar de tenerlo, lo que desemboca en que otras personas dejen de estar oprimidas. No solo es saber que tengo privilegios e intentar no ejercerlos de forma consciente (porque el privilegio opera muchas veces sin que tengamos que ejercer un papel activo para ostentarlo), es realizar las acciones necesarias para que nuestro lugar como hombres deje de ser un problema para otras personas.

Entender el impacto de las propias acciones en las relaciones y en la sociedad, y tomar decisiones conscientes que promuevan la igualdad y el respeto, como promueven la mayoría de masculinidades conscientes, suena más a un parche individual que a la búsqueda de alternativas de masculinidad que realmente funcionen. Sí, he dicho que realmente funcionen, porque los nuevos modelos de ser hombre no están funcionando, no al menos mientras sigan oprimiendo a nuestros iguales. Requiere que como hombres bi nos sentemos a reflexionar de forma colectiva qué modelos, y lo digo en plural, de masculinidad queremos construir, y que todas aquellas cosas que oprimen a otros queden fuera de ellos.

Si antes hablábamos de abrazar nuestra disidencia, quizá también debamos abrazar uno de los tópicos bífobos que más se vierten sobre nosotros: el de

tener dobles intenciones o intenciones ocultas, pero esta vez usarlo para nuestro beneficio. Todos aquellos hombres bi que se replanteen su masculinidad y lleguen a estos nuevos modelos pueden utilizar su invisibilidad para ocupar espacios hetero y homo e ir sembrando pequeñas semillas. Semillas que cuestionen y subviertan los modelos de masculinidad —hegemónica y subordinada—, ampliando, poco a poco, el espacio habitable a quienes estas nos llevan oprimiendo tanto tiempo. Sí, suena a película de espías, pero aquí no habrá la emoción de derrocar a un gobierno fascista o parar los planes de un supervillano (aunque dudo de que se diferencien mucho una cosa de la otra). Se trata de utilizar los privilegios que tenemos como hombres para provocar un cambio directamente en el sistema.

Aunque esto también nos lleva a plantearnos una cuestión sobre la que todavía no tengo una respuesta. Y es que compatibilizar el visibilizarnos como hombres bisexuales y ocupar los espacios donde tradicionalmente no hemos existido, a veces va a chocar con no seguir ejerciendo patrones de opresión. Cuando el sistema está tan corrompido, intentar arreglarlo se convierte en una labor digna de un malabarista de circo, otra metáfora que, como los hombres bi, también habita de algún modo en los márgenes.

Para mí, uno de los ejemplos más claros está en el activismo LGTBIAQ+. Son espacios que han estado

dominados mayoritariamente por hombres gais y en los que no se ha escuchado y dado posiciones de liderazgo o responsabilidad a las mujeres (independientemente de su orientación o identidad de género). Las personas bi siempre hemos tenido muy poca representación, y cuando la hemos tenido ha sido en su gran mayoría por mujeres bi. Aquí es donde se me plantea, casi unívocamente, como un dilema el papel de los hombres bi. ¿Hablamos y ocupamos los espacios para que comience a haber representación de hombres bi en estos espacios?, ¿o nos callamos en favor de que las mujeres (incluidas las bi) hablen y luchen por ocupar esos espacios que se les han negado? ¿Qué pesa más: la visibilidad de la masculinidad bi o no ejercer opresión como hombres?

La lógica me dice que hay que evaluar cada pequeña situación concreta y ver qué puede hacer menos daño en cada caso, pero aun con ello en mente, nunca parece haber una solución buena. Si no intervienes, sientes que estás dejando atrás a tus compañeros para hacernos un hueco en espacios LGTBIAQ+ y reclamar el sitio que nos corresponde, o si lo haces, sientes que te estás aprovechando de tus privilegios como hombre y ejerces la misma violencia patriarcal sobre las mujeres que permea en todas las esferas de nuestra sociedad.

Ser un hombre bi es perder cualquier posibilidad de habitar cualquier tipo de masculinidad ya existen-

te, ya sea hegemónica o subordinada. La bisexualidad masculina, en un proceso de aceptación medianamente sano, nos revuelve y nos destruye como hombres y no nos permite volver a encajar, o al menos nunca del todo. No debemos luchar por encajar, debemos aceptar que somos algo extraño al sistema, algo incómodo, y aprovechar nuestra otredad en cuanto a la masculinidad para servirnos de nuestro privilegio y, como el caballo de Troya, conquistar esos espacios del "ser hombre" para crear algo que realmente no sea hostil. Ser un hombre bi es una oportunidad para crear masculinidades nuevas, llenas de posibilidades y fuera de una jerarquía opresora.

Noemí López Trujillo (Bilbao, 1988) es *femme* bisexual y, además de eso, periodista. Es la responsable de Género en *Newtral* desde 2019. Es autora del documental sonoro *Lo conocí en un Corpus* (Podium Podcast, 2017), una investigación feminista sobre el asesinato de Ana Orantes. Ese mismo año recibió el Premio Periodismo Joven sobre Violencia de Género 2017 del INJUVE por su cobertura de los feminicidios de 2016 en *El Español*. En 2019 publicó *El vientre vacío* (Capitán Swing), un ensayo sobre maternidad y precariedad. Desde 2016 hasta 2019, fue *freelance*, colaborando en medios como *El País*, donde publicó la investigación sobre Andreas, la joven que murió atada en un psiquiátrico, o en *La Marea*, donde formó parte del equipo que impulsó *#PorTodas*. En *Newtral* ha investigado sobre el incumplimiento de la ley del aborto y ha combatido la desinformación sobre la ley trans. Esta última cobertura ha sido premiada tanto por la FELGTBI en 2021 como por COGAM en 2022. Tiene una columna, *Órbita Femme*, donde analiza las cuestiones relacionadas con la feminidad, y en 2023 contribuyó a visibilizar la perspectiva bi *femme* con un texto publicado en el cuaderno *Acti(bi)smos: una mirada bi sobre las luchas disidentes* (Pikara, 2023). Es autora del ensayo *Me dibujaron así. Por qué el mundo odia la feminidad* (Península, 2025).


NOEMÍ
LÓPEZ
TRUJILLO

UNA MADRE MONSTRUOSA

Noemí López Trujillo

Mis muelas del juicio comenzaron a asomar al mismo tiempo que los primeros dientes de mi hijo. Al principio me aferré a esa molestia casi con entusiasmo. Me permitía experimentar el mismo llanto desconsolado que experimentaba mi cachorro. Nuestros cuerpos volvían a ser uno solo como lo eran unos meses atrás. Pero pronto la emoción dio paso a la inquietud. Comencé a sentirme minúscula, indefensa, antojadiza. Como si yo misma fuese una criatura recién alumbrada cuyo cuerpo estaba terminando de hacerse. Me parecía una señal inequívoca de que en todo este tiempo había sido incapaz de crecer y convertirme en una adulta ejemplar. Yo también era una cría. Miraba a mi hijo y parecía que él me hubiese traído a este mundo, y no al revés. Mis nuevos dientes aguardaban ahí para recordarme que ni siquiera la maternidad iba a ser mi pasaje al mundo de las mujeres respetadas, maduras y con la cabeza asentada. Y también para hacer explícita mi monstruosidad. De repente, me veía a mí misma como una criatura con varias hileras de dientes, escamas en los pechos con los que amamantaba a mi hijo y unas garras afiladas con las que poder retener al bebé conmigo en caso de que alguien descubriera mi bestialidad y quisiese apartar al recién nacido de mis brazos para protegerlo de mi maldad. ¿Cuándo vas a

dejar de pensar en ti misma? ¿Cuándo vas a dejar de ser tan egoísta? ¿Cómo puedes haber tenido un hijo solo para demostrar que tú también puedes ser como las demás mujeres? ¿Cuándo vas a dejar de ser una niñata? ¿Cuándo dejarás de llamar la atención? Las preguntas me abrasaban la garganta hasta que recordé la función de aquellas muelas nacientes. Mi cuerpo me estaba dando dientes nuevos para despedazar algo: a mí misma o al mundo. Y decidí que sería lo segundo. Por eso estoy viva y escribo estas palabras.

La maternidad me ha dejado hambrienta de este mundo que me costaba habitar y me he dado permiso para alimentarme. Con su existencia despreocupada e impaciente, mi hijo me ha contagiado cierta ansia por el ahora, por la apetencia inmediata de las cosas. Pensaba que la maternidad me haría desaparecer al llevarse consigo mis propias necesidades, pero me ha conectado precisamente con un deseo desbocado que no puede ni quiere esperar. Tengo más ganas de explorar mi bisexualidad que nunca, de hablarla, pensarla y reivindicarla. El goce parece querer apoderarse de mí. El problema es que socialmente no es eso lo que se espera de una madre. Lo que se espera de una madre es que sepa controlarse y que deje a un lado sus apetitos, especialmente los sexuales. Una mujer así no es siquiera una mujer. Es algo peor: es una madre monstruosa.

Durante mucho tiempo me esforcé en ser una bue-

na bisexual: una que se hubiera comido los suficientes coños como para no ser solo una hetero, pero no demasiadas pollas para no ser una guarra. Intentaba controlar mis pasiones porque la reivindicación del vicio es algo muy queer hasta que lo hace una *femme* bisexual. Entonces pasa a ser una peligrosa infiltrada en las filas de la disidencia dispuesta a distraer, jugar y obtener.

En su libro *Bi. Apuntes para una revolución sexual*, Shiri Eisner señala que se suele afirmar que la bisexualidad femenina es "más aceptada que la masculina". La autora matiza que "más que aceptada, es 'promovida'": "Se representa a las mujeres bisexuales en contextos hipersexualizados, como objetos sexuales para la mirada masculina dominante, a la vez que apelando directa o indirectamente a una fantasía de un trío (de dos mujeres y un hombre)". En este sentido, la aceptación no está exenta de una exigencia: disponibilidad sexual ilimitada. En uno de sus posts[1], la psicóloga y bloguera Maria-Sylvia, la voz detrás de *TinyTales*, detallaba algunas de las indiscretas preguntas y de las asunciones que había tenido que enfrentar: "¿Eres bisexual? Qué morboso", "¿Quieres hacer un trío conmigo y mi novia?", "Entonces, ¿tienes varias parejas?", "Eres insaciable, ¿verdad? ¿Ningún hombre o mujer puede satisfacerte por sí solo?", "Entonces, ¿te atrae

[1] "Shadow of the Unicorn: Hypersexualisation and Fetishisation of Bisexual Women" (*TinyTales*, 2023).

cualquiera?". A esto se suma el estigma que pesa sobre nosotras de ser más mentirosas e infieles debido a una especie de búsqueda de entretenimiento sexual y placentero sin ningún tipo de responsabilidad afectiva.

Así que si la bisexualidad se asocia no solo con la promiscuidad, sino con una promiscuidad calculada al milímetro para obtener y conseguir propósitos personales a costa del engaño y del daño a otras personas, ¿qué papel ocupa una madre bisexual? De la madre se espera que abandone su sexualidad —pues esta ya ha cumplido una función: reproducirse— para centrarse en su nueva función social, así que ¿qué se espera de una madre bisexual si no es que baje el tono o, incluso, que desaparezca?

Si bien la maternidad es una vía a la validación social, esa validación no está exenta de escrutinio. Se aprueba tu existencia en tanto que cumples estrictamente con las asfixiantes normas que permiten mantenerte o expulsarte de la categoría madre. Y llegadas a este punto me resulta inevitable conectar con mi ira. No me enfadaría tanto que haya quienes nos atribuyen un *passing* de madre heterosexual por percibirnos como mujeres con una vida tremendamente fácil si no fuese por las violencias específicas que podemos sufrir cuando la bisexualidad se cruza con la maternidad.

Para empezar, la palabra de las mujeres bisexuales se cuestiona más. Sucede por ejemplo en juicios

de violencia sexual, ya que el consentimiento se da por hecho al entenderse que nuestra identidad implica siempre y automáticamente disposición sexual. Y también porque, como decía, se nos ha perfilado como mujeres mentirosas e infieles. Esto último también tiene consecuencias en juicios de violencia de género. Este cuestionamiento judicial puede ser aún mayor cuando eres madre, pues de ti se espera una pulcritud moral ejemplar. El escrutinio a una madre es implacable. Y la bisexualidad puede ser claramente usada en contra de la víctima, pues sobre ella no solo recaen los habituales prejuicios que operan sobre las víctimas de violencias machistas —mentirosa, calculadora, vengativa, engañosa, sospechosa, problemática—, sino que se refuerzan enormemente porque sobre la bisexualidad femenina también existen esos mismos prejuicios.

Siempre me acuerdo de que la filósofa Susan Griffin ya escribió en *Notas sobre la cuestión del feminismo y la maternidad* (1974) que "en el siglo XIX, la mujer que tenía un amante perdía a sus hijos, que se quedaban con su marido, pero el mismo comportamiento en el marido ni siquiera era motivo para pedir el divorcio". Y añadía Griffin: "Hoy, en algunos estados de Estados Unidos, una mujer puede perder la custodia de sus hijos por lo que se llama 'promiscuidad'". En esta publicación científica de los noventa[2], el aboga-

[2] "Just Molly and Me and Baby Makes Three — Or Does It?

do y profesor de Derecho Donald H. Stone citaba una revisión sistemática de decisiones judiciales en casos de divorcio que mostraba que "las madres que viven con un amante tienen muchas más posibilidades de perder la custodia de sus hijos que los padres en una situación similar".

Y hace no mucho, Sharon Stone contaba en el pódcast *Table for Two* cómo el juicio público le había pasado factura. La actriz reconoció haber perdido la custodia de su hijo por rodar *Instinto básico* (1992), donde su papel principal era el de una *femme fatale* bisexual que empleaba su sexualidad y su feminidad como artimañas para ser una despiadada asesina. "El juez le preguntó [a su hijo] si sabía que su madre hacía películas sexuales. Este tipo de abuso por parte del sistema determinó qué tipo de madre era porque había hecho esa película". La asunción de que la bisexualidad femenina es tan contaminante provocó que un juez decidiese proyectar sus prejuicios en la maternidad e identidad reales de Stone. La bisexualidad fatal es incómoda e inadecuada incluso cuando se representa en una pantalla. Aquel juez consideró incompetente y peligrosa a Stone porque consideraba que era un sujeto materno tan monstruoso que ni siquiera el hecho de que fuese ficción mantenía a salvo a su hijo.

Sabemos que tener hijos es un factor de riesgo a la

Child Custody and the Live-In Lover: An Empirical Study" (*Pace Law Review*).

hora de sufrir violencia de género[3]. En primer lugar, porque te hace más vulnerable al resultar más difícil romper el ciclo de violencia por la propia dificultad de encontrar recursos específicos y adecuados cuando tienes menores a cargo. En segundo lugar, porque los hijos son muchas veces la excusa de los maltratadores para retenerte a su lado. Son instrumentalizados para insuflar culpa a las víctimas a través del tropo de la mala madre o de la madre abandonadora o directamente amenazan con extender el daño que ejercen sobre ti y hacerlo sobre ellos. Sabemos, además, que las mujeres bisexuales sufrimos mayores índices de violencia en pareja[4]. Decía que me enfada ese *passing* que insiste en que mi vida es verdaderamente fácil porque, vista la imagen completa, el cóctel resulta devastador. La maternidad bisexual no solo no es legítima para la agenda feminista y LGTBIQ+, sino que el hecho mismo de nombrarla te coloca en un lugar de alienada patriarcal.

No deja de parecerme curioso que para una buena parte del activismo LGTBIQ+ las mujeres bisexuales —especialmente si nos relacionamos con hombres y tenemos hijes— estemos "asimiladas a la norma", cuando abrazar todos esos estereotipos sobre noso-

[3] "Vulnerability Factors among Women Victimized by Intimate Partner Violence and the Presence of Children" (*Journal of Family Violence*, 2021).
[4] "Why Bisexual Women Are at a Higher Risk for Violence" (*Teen Vogue*, 2019).

tras es la mayor muestra de estar asimilada a la norma, pues todos esos prejuicios sobre la bisexualidad femenina proceden precisamente de la heteronorma. Existen, de hecho, para ejercer una regulación de los roles de género a través de nuestra sexualidad: si una mujer puede desear a hombres y mujeres, significa que ser hombre y mujer puede ser casi lo mismo. Y si una madre puede desear más allá de su hijo, significa que puede ser más que una madre. La heteronorma no quiere permitir ninguna de estas cosas porque supone una afrenta directa a la familia nuclear tradicional. Así que cuando se habla de *queerizar* el mundo y de alguna manera nos excluyen a las madres bisexuales, me sorprendo: no creo que nuestra existencia sea cómoda para la norma. Quizá acabemos tratando de encajar en la norma, pero no porque pertenezcamos a ella, sino porque ¿qué otra cosa se puede hacer cuando te dicen que no eres bienvenida en un espacio y que tu voz no tiene legitimidad? Esto, a su vez, refuerza la búsqueda de una validación constante dentro de esos espacios normativos. Eso supone no solo vivir remando en contra de lo que eres, sino perder la oportunidad de que nuestra presencia en esos espacios sea revoltosa, agitadora y rebelde. ¿No era acaso eso *queerizar* el mundo?

Cuando le anuncié a mi madre que estaba embarazada, me preguntó: "Pero, ¿ha sido queriendo?". Tenía treinta y cinco años y había escrito un libro, *El vien-*

tre vacío, sobre querer ser madre y no poder por las condiciones de precariedad de nuestra generación. La decisión no podía ser más deliberada, ni el embarazo más buscado. Y, sin embargo, de repente sentí que era una adolescente problemática intentando impresionar a sus padres con un repentino ataque de madurez. Mi hermana se quedó embarazada casi con la misma edad que yo, pero a ella jamás le preguntaron si se había quedado preñada por accidente. Yo volvía a ser la hija inconsciente, impulsiva y caprichosa a la que mis padres estaban acostumbrados. A veces pienso que les resulta más fácil mantener esa etiqueta porque saben tratar con la cría desbordada e intratable que se supone que he sido, pero no con la adulta autónoma que realmente soy. Esa segunda mujer es una absoluta desconocida para ellos.

A pesar de las sospechas iniciales —casi podía escuchar a mi madre pensar: "Esta hija mía, qué disgustos nos da, ya la ha liado otra vez"— y de esa preocupación que ella misma necesita casi como una validación de su propia maternidad, siento una renovada conexión con mi familia. Inevitablemente, la maternidad te hace más confiable, una mujer alineada con lo que se espera de ella. De repente, desaparece cierta incomodidad, una inquietud que provoca ser la nota discordante de la familia. Cuando además compartes vida con un hombre —siendo mujer—, digamos que tienen la excusa perfecta para obviar tu bisexua-

lidad. Desacreditan tu propia existencia para facilitar la suya, e imponen una heterosexualidad ficticia para mantenerte erguida. Es una forma de encarrilar una vida que consideran descarrilada.

Por supuesto, esa validación tan anhelada que otorga la maternidad tiene un peaje: debes aparentar ser siempre una madre perfecta y estable. Si la bisexualidad se asocia precisamente con inestabilidad, indecisión, confusión, la maternidad es la prueba para demostrar que también puedes ser una más de la familia. La hipervigilancia en estos contextos sirve para que te esfuerces en no confirmar sus sospechas, para no convertirte en una profecía autocumplida. La transición de hija problemática a madre ejemplar despeja dudas pasadas mientras siembra nuevas.

En mi caso, no tenía miedo a ser una "mala madre", sino a ser una "madre mala". Mi miedo no era fallar en las tareas diarias de la maternidad —ser puntual, preparar la merienda, acordarme de la función de fin de curso—, sino ser una madre llena de maldad —capaz de hacer daño con su egoísmo y con la búsqueda propia de su interés; capaz de arruinar la vida de quienes la rodean porque es manipuladora y carente de empatía, que es como se ha retratado siempre a las bisexuales—. "¿Qué clase de madre se comporta así?" era una pregunta que me mortificaba.

A las mujeres bisexuales nos convencen de nuestra perversidad. Usamos nuestra identidad para llamar

la atención, empleamos artimañas para lograr sexo y compañía, engañamos para ser infieles y promiscuas, calculamos cada movimiento para no ser descubiertas, jugamos con el deseo ajeno para experimentar o incluso para validar nuestra propia sexualidad. Resulta imposible no interiorizar esa mirada llena de crueldad. Cuando eso ocurre, la culpa lo ensombrece todo. Y el mecanismo de la culpa solo se calma cuando normalizas las violencias que sufres. "Me lo merezco" es una frase que nos repetimos a nosotras mismas porque nos permite ser malas, aunque sea a través del autodesprecio.

En el embarazo el miedo se intensificó. Me aterrorizaba descubrir que el mundo tenía razón sobre mí. Y no solo eso, sino que mi propio hijo lo descubriera. Quería ser una madre adecuada. Una de las que está contenta de llevar sujetadores blancos de algodón para la lactancia y no de las que está deseando dejar de dar teta para volver a cubrirse de encaje y látex. Quería actuar acorde a lo que se espera de una madre, pero no lograba dejar a un lado esa pulsión por el propio mal. Quería demostrar que no era mala pero, a la vez, me atraía poder ser esa mujer caprichosa, indecisa e hipersexual. ¿Acaso no tenemos derecho a ser todo lo que se supone que no debemos ser? Y, sin embargo, ese deseo tan culpable corroboraba esa maldad que parecía expandirse según lo hacía también mi vientre.

En *Bi. Apuntes para una revolución bisexual* (2013),

Shiri Eisner señala que una de las razones por las que las mujeres bisexuales son percibidas como peligrosas es que no se sabe dónde yacen sus lealtades, pues la propia idea de que "elegimos" implica un desconcierto, una imposibilidad de predecir una conducta. Y esa es la base, dice Eisner, "de las ansiedades y sospechas" que despertamos. De alguna manera, obligamos al mundo a estar permanentemente alerta con nuestra "indecisión". Esto resulta imperdonable, más aún cuando se trata de una madre, pues se espera de ella, más que de nadie, que sus lealtades estén claras, que no sea sospechosa y que sea predecible. De lo contrario, se convierte en un sujeto poderosamente incontrolable. Si las madres podemos dar vida, también podemos quitarla.

El mundo ha inventado la narrativa de las madres monstruosas para que tengamos miedo de nosotras mismas. El mundo de los hombres ha convenido que a la madre hay que hacerla sentir pequeña para tenerla controlada: insuficiente pero desmedida a la vez; demasiado protectora y demasiado descuidada al mismo tiempo. Siempre tratando de vivir en un mandato profundamente contradictorio. Para mí, en cambio, la bestialidad de las madres es una bendición. No deseo ser lo que esperan que sea. Esa rigidez es la verdadera atrocidad.

Quiero tener dos cabezas y cuatro brazos, pues así podré cuidar de mi hijo y también de mí misma. Quiero

tener pico para alimentar a mi criatura y una lengua que enredar en otras lenguas. Quiero tener alas para cobijar en ellas a este ser minúsculo, pero también para alejarme de él sin dar explicaciones. Quiero hacer el piel con piel tras el alumbramiento, pero también con todos los seres que he amado y con todos los seres que amaré. Quiero multiplicar mi cuerpo para no desaparecer jamás. Ser todas las que soy a la vez. Bisexual, *femme*, amante, madre, monstrua.

Nació en Granollers, en 1990. Es profesora de biología y escritora. Escribe prosa en clave humorística, a menudo indagando mediante sus textos en el campo del deseo, el género, las corporalidades disidentes y la precariedad. Su primera novela, *Mercromina*, ha ganado el Premio BBVA Sant Joan de literatura catalana y se publicará en septiembre de 2025. Ha publicado relatos en las dos últimas ediciones del volumen de literatura erótica feminista *Sexe Fora de Norma*, entre otros. Durante dos años, colaboró en la dinamización del club de lectura LGBTQ+ en el Centre LGTBI de Barcelona. Disfruta resultando incómoda y comiendo aceitunas al sol.


AIDA
SUNYOL

NO CABEMOS EN LOS MÁRGENES DEL DESEO

Bisexualidad y gordura

Aida Sunyol

¿Dónde estamos les bisexuales que, además, somos gordes? La experiencia me confirma que existimos, pero a menudo resultamos invisibles. No se nos ve, desde luego, en el internet de las redes sociales, regidas por un algoritmo cada día un poco más fascista, con su vorágine de impolutos ambientes beige, chicas limpias y hombres de alto valor. El mundo real, construido a su imagen y semejanza, le sigue de cerca. En el tardocapitalista mundo beige, todo es cisheterosexual, delgado, e —irónicamente— blanco. En una palabra, normativo. Atraviesa las pantallas, inunda las calles y se infiltra debajo de la piel, en un resurgir que devora cualquier atisbo de color disidente. El beige deviene así el paradigma que ordena el campo del deseo, determinando lo que es adecuado y lo que no. Los excesos quedan relegados a sus asfixiantes márgenes, donde impera la violencia correctiva. En este marco, tanto les bisexuales como les gordes somos exceso. ¿Qué ocurre con les doblemente excesives gordes bisexuales? ¿Cómo opera este destierro en el control y castigo de nuestros cuerpos? Y, frente a ello, ¿cómo se articulan nuestras resistencias ante la monocromática apisonadora del mundo beige?

Nos enseña Judith Butler, en *El género en disputa*, que la norma se fija por repetición, por ejecución reiterada de su representación —de su *performance*—. Dicha representación pretende ser una copia perfecta de un supuesto original modélico que se repite hasta el infinito. Aunque esta idea, prosigue Butler, presenta dos problemas fundamentales —que son, a la vez, nuestro salvavidas—. En primer lugar, dicho original impoluto no existe. Es una entelequia, la idea de una idea, una imagen generada por un modelo probabilístico que se dice inteligente. En segundo lugar, sabemos que en toda reiteración hay errores. Las fotocopias se manchan de tinta, los microchips se funden con el calor y las fotografías pierden calidad al ser comprimidas, refritas y compartidas millones de veces por la red. De este modo, en cada repetición se produce un desplazamiento. Y en ese desplazamiento radican las posibilidades de resistencia y subversión, los puntos de fuga desde donde romper y a la vez impugnar la cisheteronorma. Es situándonos en este espacio bastardo donde podemos ubicar la bisexualidad y la gordura, en tanto que configuraciones disidentes atravesadas por un deseo abyecto.

La configuración contemporánea de la cisheteronorma y del imperativo de delgadez tienen sus orígenes en el auge y expansión violenta de las sociedades coloniales capitalistas. La familia patriarcal, blanca y burguesa, fundada en un estricto binarismo de gé-

nero, se asienta como modelo de organización social imperante, con la pareja heterosexual en su centro. En *Fearing the Black Body: The Racial Origins of Fat Phobia*[1], Sabrina Strings traza los dispositivos mediante los cuales el cuerpo gordo quedó asociado a la negritud, y con ello a la designación de una supuesta inferioridad moral usada para cimentar la jerarquía colonial. Los cuerpos de moral intachable eran así blancos, delgados, de género netamente definido según los binaristas estándares eurocéntricos, recatados, de sexualidad heteronormativa y de apetito —en todos los sentidos— frugal. Aquellas características asociadas a la racialización, principalmente a las personas negras, fueron entonces tachadas de inmorales, inferiores e incluso perversas. La misma operación de construcción del modelo blanco heterosexual que impone la delgadez es la que desplaza y reprime las sexualidades disidentes. Si bien no podemos extrapolar las nociones contemporáneas de heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad a las primeras sociedades coloniales, sí que podemos situar los orígenes de sus conceptualizaciones modernas en la contraposición de la pareja heterosexual, blanca y burguesa con la diversidad de sexualidades y expresiones de género de las sociedades colonizadas. Lo que hoy

[1] Si bien el análisis de Strings resulta muy valioso para situar los orígenes racistas de la gordofobia, cabe señalar que el lenguaje patologizante de la gordura que usa en su obra es ampliamente rechazado en el activismo gordo.

denominaríamos queer queda, como la gordura, relegado al terreno de lo abyecto, lo moralmente reprobable y lo reprimible mediante la violencia. Ser gorde o queer pasa a estar mal, a ser un indicio del fracaso moral del individuo que, por lo tanto, debe ser castigado. La genealogía de este imperativo moral fallido puede parecer lejana, pero no hay más que adentrarse en una pequeña excursión al mundo beige —cualquier red social de la preferencia de le lectore servirá— para darse cuenta de que los estándares de normatividad identificados por Strings siguen plenamente vigentes, así como la lógica de éxito o fracaso moral que se asocia a su cumplimiento. Somos gordes porque no nos esforzamos suficiente. Somos bisexuales porque nos dejamos llevar por la promiscuidad y la inmadurez. En ambos casos, el problema parece radicar en una falta de control de los apetitos —los deseos carnales, usando la jerga católica—. Se nos condena y se nos violenta con la justificación de este fallo moral fundamental.

El fallo moral de les gordes y les bisexuales radica en una supuesta debilidad de espíritu, una falta de fuerza de voluntad para resistirse a un hambre atávica. El Hambre, pidiendo prestado el título al célebre ensayo de Roxane Gay, es el apetito, un anhelo voraz, insaciable, pecaminoso, que un sujeto moralmente correcto debe luchar para reprimir a toda costa. Nos dice la moral cristiana colonial que les gordes sucumbimos al hambre desmesurada de comida —al pecado de la

gula—. Les bisexuales, por otra parte, sucumbimos al hambre desmesurada de sexo —al pecado de la lujuria—. Y así, nos ganamos el infierno.

Las representaciones culturales predominantes en nuestra era nos muestran una reiteración —recuperando a Butler— de esta compulsión pecaminosa, que actúa como agente de fijación y, a la vez, propagación de la cisheteronorma blanca y delgada. Les bisexuales, como explora, entre otres, la videoensayista Verity Ritchie, aparecemos en la ficción como hipersexuales, traicioneres e indignes de confianza. Algunos estereotipos comunes son el hombre bisexual que en realidad es gay y engaña a su pareja mujer o la *femme fatale* peligrosa a lo *Jennifer's Body*. Las cualidades negativas del personaje bisexual, en algunos casos, se redimen cuando el personaje "madura", es decir, se adhiere a una monosexualidad aparente, ya sea heterosexual u homosexual. En otros casos, la evidente bisexualidad de un personaje nunca se menciona explícitamente, dejando la interpretación abierta a especulaciones del *fandom* sin manchar la reputación de la obra de ficción. Por su parte, los personajes gordes en la ficción —como señala la activista Andrea Sañudo en su perfil— suelen ceñirse a un conjunto de tropos muy limitados y con tintes deshumanizantes. Está le gorde avariciose, egoísta, malvade y acaparadore de comida —que el personaje de Dudley Dursley de *Harry Potter* ejemplifica a la perfección, dejando en evidencia la

profunda gordofobia de Rowling—. Está le gorde patétique, vague, resignade al celibato involuntario y a ser el blanco de las burlas, un tropo exageradamente común —véase, por ejemplo, la Mónica adolescente en *Friends*—. Y está le gorde caricaturesque e hipersexual, con una confianza exacerbada que se presenta como cómica. Este es un tropo especialmente asociado a las mujeres negras —por ejemplo, el personaje de Kelly en *Insecure* o el de Donna en *Parks and Recreation*—, en el que las mujeres negras y gordas se representan como escandalosas, rudas y obsesionadas con el sexo de una manera incluso abusiva. Como explica Sesali Bowen en *Bad Fat Black Girl: Notes from a Trap Feminist*, se trata de una caracterización racista y gordófoba que bebe del estereotipo de la *sapphire*, la mujer negra descarada, temperamental y respondona. La representación de les gordes en la ficción choca así con una contradicción evidente: por un lado, se nos supone hipersexuales por desesperación, por incapacidad de controlar los apetitos y por transferencia del estereotipo racista. Por otro lado, se nos considera seres asexuales por ser ajenos al campo del deseo hegemónico, es decir, desprovistos tanto de deseabilidad como de posibilidad de materializar el deseo. Dicha asexualización de los cuerpos leídos como abyectos, apunta la activista y comunicadora Oyirum, guarda relación con el capacitismo, ya que se conciben como cuerpos no capaces de participar en la sexualidad he-

teronormativa hegemónica, y que, por tanto, se relegan al celibato y la infantilización. Cabría fijarnos en cómo se trata el binomio hipersexualización/desexualización en las representaciones de bisexuales gordes en la ficción, pero estas son virtualmente inexistentes, por lo menos en el *mainstream*. Quizás con la excepción de Queenie, no se me ocurren ejemplos de personajes gordos abiertamente bisexuales que sean razonablemente conocidos. Si la invisibilización de la bisexualidad en la ficción ya es flagrante, les gordes bisexuales directamente no existimos para el gran público.

Analizar la violencia simbólica en el sesgo o la falta de representación nos resulta relevante, ya que es una de las formas que toma la represión y castigo de los cuerpos abyectos. Informa, también, un imaginario colectivo donde la violencia social y la violencia institucional que sufrimos —en los ámbitos jurídico y médico, por ejemplo—, tanto por gordes como por bisexuales, están plenamente normalizadas e invisibilizadas. Sin embargo, abogar por una representatividad más amplia no supone, por sí solo, una solución. Durante aproximadamente la última década, hemos asistido al despliegue de tibias operaciones asimilacionistas —los movimientos *body positive* y *body neutral*, la comoditización de lo LGB[2]

[2] Uso aquí el acrónimo LGB en vez de LGBTQ+ porque las personas trans y disidentes de género habrían quedado en gran medida excluidas de esta operación de normalización.

en el *mainstream*, lo bisexual como *aesthetic*— que no han supuesto una impugnación real de la norma delgada cisheteropatriarcal ni una confrontación de las bases racistas sobre las cuales se construye. El *body positive* propone una aproximación individualista a la gordofobia, bajo el manido eslogan "Quiérete a ti misme", que pasa por alto la naturaleza estructural de la opresión. El *body neutral* surge en respuesta a este, apuntando que no se trata de ver belleza en todos los cuerpos, sino de apreciar su funcionalidad. Este discurso es rotundamente capacitista, además de pecar del mismo individualismo que el *body positive* —ya que obvia que no basta con cambiar la mirada hacia el propio cuerpo si no se modifica su lectura social, que opera según la norma integrada en el imaginario colectivo—. Como señala Magda Piñeyro en su imprescindible *Diez gritos contra la gordofobia*, la mera ampliación de la norma para que quepan unes cuantes más no nos sirve. Por su parte, el ensayo de asimilación de ciertos sectores LGB al sistema cisheteropatriarcal pasa porque estos se atengan a los códigos de la norma y se despojen de "extravagancias", es decir, de los modelos relacionales y culturales, potencialmente subversivos, que caracterizan la comunidad. La bisexualidad, por su naturaleza de deseo difuso y

Como discuto más adelante, la disidencia de género encarna una gran potencia de impugnación a la norma que enlaza con la resistencia gorda y bisexual radical.

multicéntrico, ha sido quizás más resistente que las monosexualidades lésbicas y, especialmente, gais a la normativización. Lo vemos, otra vez más, en las representaciones culturales, donde queda relegada casi a una elección estética, fuertemente asociada a la juventud y sus modas, lo cual no es más que una reformulación del ya viejo estereotipo "es una fase". De todos modos, tanto en el caso de las personas gordas como en el de gais, lesbianas y bisexuales, les candidates a la asimilación son aquelles más cercanes a la norma, habitualmente aquelles no atravesades por otros ejes de opresión. El *body positive* parece ser terreno de gordes blanques, cis y de proporciones idóneas, así como les bisexuales en el *mainstream* son siempre delgades, de rasgos eurocéntricos y habitualmente jóvenes. Los cuerpos que quedan fuera de esta nueva norma "inclusiva" son, una vez más, reprendidos y castigados en pos de la adecuación. La operación de asimilación, así, no solo no sirve para combatir las opresiones, sino que erosiona las alianzas entre les oprimides y desactiva la posible articulación de una resistencia radical. ¿Dónde nos deja esto, a día de hoy? Tras unos años de "inclusividad" relativa, vemos que se impone un estrechamiento de la norma, un nuevo paradigma al que antes hemos llamado mundo beige. El asimilacionismo se revela así como el engaño que siempre fue, a la par que asistimos a un recrudecimiento en la represión de las existencias no

normativas, de los cuerpos abyectos. Se hace urgente, entonces, articular resistencias para la liberación de las disidencias que impugnen la norma desde sus mismas raíces. Y es ahí donde la intersección entre gordura y bisexualidad entraña un potencial disruptivo digno de explorar.

Para empezar esta exploración, me quiero detener en una idea recurrente, que sobrevuela algunos discursos y representaciones culturales: si eres una mujer gorda[3], te irá mejor si te haces lesbiana. O, "por lo menos", bisexual. Según esta corriente de pensamiento, el principal agente de control y castigo de los cuerpos de las mujeres gordas sería la mirada masculina heterosexual, con lo cual el rechazo de las relaciones sexoafectivas con hombres y las relaciones con mujeres supondrían el camino hacia la liberación. Lo ilustra, por ejemplo, la miniserie argentina *Gorda* —que es, por otro lado, una representación muy interesante de una mujer gorda en la ficción—. El "hacerse bisexual" se entiende aquí como una reformulación del lesbianismo político clásico en clave antigordofóbica, consistente en alentarse a descubrir el deseo hacia otras mujeres y establecer relaciones sexoafectivas exclusivamente con ellas —tanto si una se denomina lesbiana como si se enuncia como bisexual—. Mi intención con

[3] Esta idea aplica concretamente a mujeres, por su relación con el sistema heterosexista, así que en esta sección escribiré en femenino.

la problematización de esta idea no es cuestionar la sexualidad de nadie, sino desgranar de dónde surge este marco de pensamiento, cuáles de sus aspectos me parecen poco convenientes y qué ideas útiles considero que aporta.

Históricamente, el lesbianismo político alberga una bifobia intrínseca que parte de una incomprensión fundamental del deseo bisexual. El lesbianismo político, al considerar que las buenas feministas pueden y deben optar por relacionarse sexoafectivamente solamente entre mujeres, está estableciendo un imperativo moral —una norma— que destierra la bisexualidad, nuevamente, al terreno del fracaso moral. En este marco de pensamiento, como apunta la ya citada Ritchie, se culpabiliza a las mujeres bisexuales de las violencias que sufren en relaciones heterocentradas —a lo cual añado que, en el caso de las mujeres gordas bisexuales, dicha culpabilización es doble—. Cabe reconocer que los orígenes del lesbianismo político radican en parte en el anhelo de pensarse y construirse al margen de la heteronormatividad, que puede resultar tan liberador para las corporalidades disidentes. Autoras lesbianas radicales como Monique Wittig, en *El cuerpo lesbiano*, u Ochy Curiel, en *La nación heterosexual*, proponen que el cuerpo lésbico adquiere una configuración inherentemente divergente respecto a la norma cisheterosexual. Esta configuración propia no incorporaría, entonces, el imperativo de delgadez,

dando a la gordura un espacio dentro del campo de la deseabilidad. Sin embargo, este razonamiento presenta varias limitaciones para representar una posibilidad real para la liberación gorda. En primer lugar, si bien las relaciones sexoafectivas y el campo del deseo son sumamente importantes en la vida de muchas personas, la opresión gordofóbica se manifiesta en muchos otros ámbitos. Nos movemos en un transporte público donde no cabemos, tenemos que ir a médicos que nos violentan e intentamos conseguir un trabajo en el que vamos a sufrir discriminación en mayor o menor grado. En segundo lugar, hemos visto que el sistema gordofóbico se construye a partir de una genealogía racista y cisheteropatriarcal, profundamente arraigada en las estructuras de poder y en el imaginario colectivo. El control y castigo de los cuerpos gordos no es una exclusiva de los hombres cishetero, como tampoco lo es el ejercicio del poder que otorga el privilegio delgado. Las relaciones con otras mujeres no son espacios inherentemente seguros y libres de gordofobia para las mujeres gordas. Es más, las relaciones sexoafectivas no son espacios inherentemente seguros ni siquiera para los hombres gordos, especialmente si se trata de hombres racializados, bisexuales o trans. La sistematicidad de la opresión gordofóbica y su casi completa normalización hacen que se reproduzca en múltiples espacios, también en entornos LGBTQ+, incluso en aquellos ciertamente politizados.

No obstante esto, lo queer, al situarse y construirse en lo abyecto, es capaz de abrir una brecha, de provocar uno de estos errores en la fotocopia a los que se refería Butler. Es innegable que lo queer supone un punto de partida importante para la resistencia antigordofóbica. Lo apuntan, entre otres, Magda Piñeyro, Virgie Tovar, Constanzx Álvarez en *La cerda punk* y muches de les autores de *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*, compilado por Laura Contrera y Nicolás Cuello. Lo explora también la artista Lidia Llamas en su proyecto *Cuerpos monstruosos*. Concretamente, el marco de la bisexualidad resulta particularmente fértil para la (re)significación de las personas gordas en el terreno del deseo, ya que no solamente queda fuera de la norma, sino que es inteligible para ella porque no se rige por su estricta dicotomía monosexual. Es deseo desviado, pero también difuso, un deseo que se resiste a ser categorizado. Irónicamente, la bisexualidad es antagónica del binarismo. Entiende el deseo como un espacio flexible, no polarizado, sino organizado en torno a múltiples nodos. Es en la maleabilidad de ese espacio donde podríamos situar nuestro punto de fuga.

Las políticas del deseo gordo están también informadas por la complicada relación del cuerpo gordo con la concepción cisheteronormativa del género. El cuerpo gordo, en su desbordamiento de la norma, se escapa de la adscripción al modelo binarista. Falla sis-

temáticamente en encarnar a una persona normativa, sea a un hombre o a una mujer, ya que estos deben ser blanques, cis, delgades, sin discapacidad funcional, neurotípiques y heterosexuales. La gordura, así como la racialización y lo trans, desafían particularmente la legibilidad del género desde una óptica binaria, al estar construidos fuera de ella. Véase, por ejemplo, cómo la presunción de refinamiento y delicadez que se otorga a las mujeres blancas delgadas no se aplica a las mujeres gordas, negras o trans. Tampoco es casualidad que tendencias como *bi wife energy* presupongan una relación con una mujer bisexual a los hombres heterosexuales que fallan al cumplir el mandato de género. Eso ocurre con muchos hombres gordos, ya que se entiende que solamente desde el deseo bisexual se daría cabida a corporalidades que quedan fuera de los preceptos de género cisheteronormativos. Aunque esa asunción es, evidentemente, problemática, apunta una vez más a la intuición de la bisexualidad como escapatoria. El desborde del género en lo abyecto deforma el campo del deseo en sí mismo, conectando especialmente bien con lo queer y con la difusa amplitud multipolar de lo bisexual. Si bien el destierro forzoso a los márgenes de la norma nos deja expuestes a la violencia estructural reservada para reprimir a les disidentes, también abre la puerta a un gran potencial subversivo.

Les gordes bisexuales podemos aprender mucho

de les compañeres trans y antirracistas, radicales en su impugnación de la norma cisheteropatrialcal y colonial. En este escenario, la extenuante negociación de la representatividad y la asimilación con un mundo beige cada vez más recalcitrantemente opresivo no nos lleva a ninguna parte. Más bien, se hace necesario constituirse orgullosamente en los márgenes de la norma, pensarse en comunidad desde lo abyecto, proyectar topografías del deseo disidente como gordes bisexuales. Desde aquí, nos insto, también, a nutrirnos de la rabia. Canalizar la ira de sabernos inmorales, indignes y excluides hacia la insumisión radical. Del renacer catártico de la rabia, brota así el amor. El amor por nosotres y por les nuestres, que nos empuja a bucear en el gozo de la monstruosidad compartida. No se nos ve en el escaparate, pero estamos. Nos podéis encontrar en la trastienda, juntando los cuerpos, lorzas brillantes de sudor. Panzas subversas, tomando prestada la expresión de Magda Piñeyro, configurando caminos bastardos para el deseo en la oscura calidez de la grieta. Disfrutando en la tenacidad de ser ingobernables. Desbordando las estrecheces del mundo beige hasta romperlo.

Mujer con discapacidad visual, bisexual, trabajadora social y activista de la discapacidad y el colectivo LGTBIQA+.
Divulgadora en redes sociales desde 2020 en el espacio Realidades Diversas. Ponente en charlas y talleres en materia de discapacidad y asesora de discapacidad y accesibilidad en proyectos sociales.
Fue nominada a los Premios ODA 2024 en la categoría de nuevos medios y le dieron el Premio ASPID de comunicación 2025.


ARTEMISA
MARTÍNEZ

BI-CRIP
¿Existen las personas con discapacidad bisexuales?

Artemisa Martínez

Si la letra B del colectivo LGTBIQA+ ya suele invisibilizarse, negarse e intentar borrarse, la B disca es relegada por el capacitismo y el paternalismo a la oscuridad de los márgenes, donde no moleste ni incomode con su presencia. Por ello es tan importante este pequeño fragmento, que pretende arrojar algo de luz sobre esta parte del paraguas bisexual, para que desde lo personal, asociativo, comunitario y político se pueda rescatar esta perspectiva y darle las herramientas, apoyo y visibilidad que precisa, porque las personas bisexuales con discapacidad y todas las personas queer con discapacidad necesitamos referentes y espacios que llamar seguros, donde poder entender esa parte de nuestra identidad de forma segura y adaptada a nuestras necesidades como personas con discapacidad; espacios donde sentirnos válidas, escuchadas y acompañadas por nuestras compañeras.

Las personas bisexuales solemos experimentar un síndrome de la impostora con nuestra sexualidad: una sensación de no ser suficientemente bisexual, de no ser leídas como bi, sino como hetero, gais o lesbianas, de no sentirnos representadas en medios o en la ficción y de ser constantemente cuestionadas por no

haber hecho, haber estado o por no tener un aspecto determinado. No hay nada que dé más rabia que ver cómo borran tu identidad porque no existe una forma de ser bisexual, o una estética. Tatuarnos en la frente "Soy bisexual" no es una opción, o no por ahora, aunque es verdad que sería interesante y solucionaría muchas dudas a la hora de ligar. Pero como si ser bi no fuera jugar en modo difícil, ser bi y disca es jugar en modo muy difícil, ya que te obliga a justificar tu existencia, orientación y necesidades de forma constante.

Para comprender la situación de las personas bisexuales y queer con discapacidad, debemos entender la discriminación interseccional a la que se enfrentan según las realidades que habitan.

Según el primer estudio estatal sobre LGTBI y discapacidad (Ministerio de Igualdad, 2025), el 29% de las personas encuestadas se identifican como bisexuales y un 5% como pansexuales. Aunque el tamaño muestral era limitado y no permite generalizaciones contundentes, el dato es revelador: la población existe, pero no se visibiliza ni se representa a nivel asociativo, institucional o social. Las personas queer con discapacidad están invisibilizadas, y las bisexuales, directamente negadas. En este contexto, confluyen dos formas claras de violencia: la bifobia, específica del colectivo bisexual, y el capacitismo. Vera Chouinard define el capacitismo como "una combinación de ideas, prácticas, instituciones y relaciones sociales

que presuponen la capacidad y que, al hacerlo, construyen a las personas con discapacidad como 'otros' marginados... y mayormente invisibles" (Chouinard, 1997, citado en Álvarez, 2023, p. 30).

Encontramos entornos, profesionales y contextos sociales que desconocen cómo viven las personas con discapacidad su sexualidad y todo lo que la rodea. Abundan profesionales sin formación en sexualidad —y mucho menos en identidades queer— que, al atender a personas con discapacidad que rompen la cisheteronorma, no saben cómo actuar y caen en un paternalismo protector que niega esa sexualidad e identidad diversa, con los problemas que ello acarrea.

Además del paternalismo, la falta de accesibilidad constituye otra forma de violencia contra esta población. La accesibilidad no se reduce a rampas o baños adaptados; implica también contar con material informativo accesible, espacios seguros de regulación sensorial, intérpretes, redes de acompañamiento voluntario y formación especializada para evitar infantilización y condescendencia. En definitiva, accesibilidad es crear espacios y redes donde sentirse seguras, escuchadas y visibles. Por eso es crucial apostar por ella y escuchar activamente las demandas del colectivo, que tantas veces alzamos la voz sin que se nos responda. ¿Cómo puedo sentirme cómoda con mi identidad si no puedo acceder a los espacios que deberían acogerme? Si no se me cree al hablar de mi orienta-

ción, si no tengo referentes, recursos accesibles ni apoyo... ¿existo?

La falta de visibilidad no es una desconocida para el colectivo LGTBIQA+; es una compañera constante para letras como la B, la I o la A. En el caso de las personas con discapacidad, cobra aún más peso, pues además de enfrentarse a la invisibilidad general del colectivo, lidian con la falta de referentes y visibilidad pública adecuada, lo que obstaculiza su inclusión y silencia las violencias específicas que sufren. Diversas personas autoras, como le bloguere disca, bi y no binarie de *Diary of a Disabled Person* o Zoie Sheets, relatan en artículos cómo enfrentan la doble discriminación de ser bisexuales con discapacidad, y los retos de salir del armario sin referentes ni espacios accesibles, con el miedo constante a no ser creídas o escuchadas.

Si profundizamos en la violencia que experimenta la población LGTBI con discapacidad, encontramos que la Federación Estatal LGTBI (FELGTBI, 2024) no proporciona datos sobre esta población en su informe sobre la LGTBIfobia en España. Por ello, debemos recurrir al estudio estatal específico que aborda la intersección entre discapacidad y diversidad sexual. Este informe —el primero de su tipo— resulta limitado en algunos aspectos, por ejemplo, al no contemplar que una persona pueda ser a la vez bisexual y asexual, lo que afecta profundamente a sus vivencias y violencias.

El estudio también aborda el terreno judicial, donde la combinación de discapacidad psicoemocional, bisexualidad y modelos de relación no monógamos puede conllevar discriminación: no tanto por el contenido de las denuncias o las pruebas médicas, sino por los prejuicios asociados a la discapacidad y a la orientación. La falta de formación profesional se entrelaza con los estereotipos, haciendo que muchas personas bisexuales con discapacidad ni siquiera se atrevan a denunciar por temor a ser deslegitimadas. ¿Dónde denunciamos lo que nos violenta si no podemos hacerlo en una comisaría o juzgado? A menudo, en redes de apoyo, familias elegidas o espacios comunitarios. Pero para ello necesitamos que esas redes existan y estén disponibles, sin revictimizaciones institucionales.

La violencia médica también es recurrente. Muchas personas lectoras seguramente tengan historias de terror en consultas por hablar de su orientación o identidad de género. Si eres bisexual, pueden etiquetarte como promiscua, viciosa o irresponsable. Si tienes discapacidad, como inconsciente o dependiente. “Si la paciente menciona ser bisexual, puede encontrarse con una profesional de la salud que niegue su identidad, cuestione sus vivencias y vierta sus prejuicios en la consulta”. Estas situaciones generan miedo, omisión de información, diagnósticos erróneos y desconocimiento de prácticas sexuales seguras.

En el plano afectivosexual, muchas personas con

discapacidad bisexuales sufren cuestionamientos, borrado o fetichización por parte de sus parejas, que las hipersexualizan y perpetúan dinámicas abusivas donde debería haber seguridad emocional.

Si no recogemos estas vivencias, si no hablamos de estas violencias y carencias, dejamos a muchas personas en situación de vulnerabilidad sin recursos ni herramientas. Necesitamos espacios, referentes y mecanismos para identificar estas formas de violencia interseccional. Necesitamos sentir pertenencia para poder denunciar, conocernos y habitar nuestras identidades sin miedo. Tener una discapacidad no debería ser nunca una barrera para ello.

No estamos confundidas. En 2020 se realizó un estudio cualitativo sobre bisexualidad en personas con discapacidad intelectual. Las ocho entrevistas reflejaron cómo la bisexualidad era parte esencial de sus identidades, y mostraban las mismas problemáticas que cualquier otra persona bisexual: bifobia, estereotipos de confusión, necesidad de validación. También relataron dificultades románticas: en algunos casos, sus parejas sin discapacidad o no bisexuales no entendían su orientación, lo que generaba celos o inseguridades.

La falta de información, educación, recursos y representación es caldo de cultivo para la violencia y el abuso. Por ello, urge mejorar la inclusión de las personas queer con discapacidad en los espacios LGTBI

desde una perspectiva interseccional, anticapacitista y representativa.

En estudios, charlas y coloquios, muchas personas LGTBI con discapacidad denuncian la falta de accesibilidad física, sensorial y cognitiva, y cómo eso genera exclusión y sentimientos de no pertenencia. No sentirse válidas por tener cuerpos marcados por cicatrices, usar prótesis o herramientas de movilidad, y ser consideradas no deseables sexual o emocionalmente, es violencia.

Como respuesta, han surgido alianzas que reivindican la accesibilidad y el valor de los cuerpos con discapacidad. En 1981, la revista feminista *Off Our Backs* publicó la "Declaración abierta de la Alianza de Lesbianas Discapacitadas", donde activistas queer con discapacidad denunciaban esta exclusión. Cuatro décadas después, sus demandas siguen vigentes.

Hoy hablamos del movimiento queer-crip. La activista Ariana A. Celorio explica en su blog *Rebelión feminista* (2019):

> Las alianzas tullido-transfeministas han sabido optimizar el potencial subversivo de la lucha a través de la reivindicación de los cuerpos (im)pertinentes [...]. Si los movimientos feministas queer abordan la diversidad sexo/género/deseo, el movimiento crip permite cuestionar los cuerpos construidos como normativos y la idea misma de lo normalizable.

Otro ejemplo es el movimiento del Orgullo de la Discapacidad, nacido en Estados Unidos en 1990 tras la aprobación de la ley ADA. Como señala Sarah Triano (2006), este orgullo:

> [...] representa un rechazo a la idea de que nuestras diferencias físicas, sensoriales, mentales y cognitivas [...] son erróneas [...] una celebración de nuestro patrimonio y cultura [...] Es un acto militante de autodefinición [...] y un desafío directo al capacitismo sistémico.

Tanto el movimiento queer-crip como el Orgullo de la Discapacidad reivindican los cuerpos imperfectos, borrados y marginados, pero profundamente dignos. Aunque en estas líneas no abordamos en profundidad la presión estética ni la fetichización, son realidades dolorosas. Nuestros cuerpos son deslegitimados, considerados no válidos, no funcionales ni atractivos. Esto refuerza el miedo al rechazo, al salir del armario, y empeora la salud mental de muchas personas con discapacidad bisexual, ya afectada por la invisibilización de su identidad.

Como dice Ariana A. Celorio:

> Yo soy una mujer bisexual e intersexual. Estas etiquetas me han influenciado tanto como mi discapacidad o mi neurodivergencia. No puedo entenderme desde una sola perspectiva que resulte cómoda a los demás.

Este trabajo de visibilidad debe hacerse de forma

conjunta y constante, contando siempre con nosotras. Necesitamos una red fuerte de entidades, profesionales, compañeras y familia que nos acompañen sin paternalismo en nuestras luchas.

Un ejemplo de buenas prácticas es el de Plena Inclusión España, que ha desarrollado materiales en lectura fácil sobre diversidad sexual y de género. Estos materiales facilitan la comprensión, el acercamiento y la creación de espacios seguros donde las personas con discapacidad intelectual se sientan protegidas. Entre ellos destaca su *Diccionario de la diversidad sexual y de género* (2017) o la guía *¿Cómo decírselo a tu familia?* (2016). También el Bisexual Resource Center ha publicado orientaciones para hacer los espacios bisexuales más accesibles para personas con discapacidad.

Necesitamos más espacios abiertos, más herramientas para asociaciones, más bibliografía escrita por y desde personas LGTBI con discapacidad. Necesitamos referentes, en plural, que muestren que existimos, que somos válidas y que merecemos respeto.

No se trata solo de incluir la discapacidad en el colectivo LGTBI, sino de hacerlo desde una mirada interseccional y plural. No todas vivimos lo mismo, tenemos las mismas necesidades ni sufrimos las mismas violencias.

Este capítulo comenzó hablando de la invisibilización de la bisexualidad con discapacidad. A lo largo de

estas páginas queda claro que es una parte vulnerable del colectivo, tanto dentro como fuera. Por eso debemos actuar y escuchar desde una perspectiva crítica, anticapacitista e interseccional, lejos del paternalismo. No estamos confundidas. No somos niñas. Nuestras voces importan.

La visibilidad bisexual será anticapacitista o no será. Los cambios no llegan solos ni de un día para otro. Necesitamos redes, comunidades, alianzas. Y necesitamos que se nos escuche, que se nos dé espacio para hablar desde nuestra experiencia, para ser referentes, y para reducir la violencia que sufrimos por atrevernos a existir con orgullo.

La lucha anticapacitista es una prioridad. Y es hora de meterla hasta en la sopa, para que se conozca, se reconozca y se escuche. Porque si tenemos la oportunidad de hablar, que se nos escuche de verdad. Que esta sea la semilla para seguir creando, investigando y luchando. Para quitarnos la venda del paternalismo y ponernos las gafas del anticapacitismo.

Psicóloga general sanitaria y sexóloga especializada en acompañamiento a personas LGTBIQA+, no monogamias y sexualidades no convencionales, kink y BDSM. Cofundadora de Poliamor Salamanca. Divulgadora y activista en redes (@maria.psicosexologia).
Bi de toda la vida, en no monogamias desde 2011. Extremeña de nacimiento, salmantina de adopción y en una relación de amor-odio con Madrid. Odia que se le mojen las mangas cuando friega los platos.


MARÍA
DE ELENA
AMOR

TRUENOS COMPARTIDOS, ESPACIOS LIMINALES Y ALGUNOS CANGREJOS
Bisexualidad y no monogamias

María de Elena Amor

Yo no podría:

a) Tener una relación no monógama.

b) Estar con una persona bisexual.

c) Seguir escuchando las dos anteriores, aburrida me tenéis.

Si eres una persona no monógama tienes un 100% de posibilidades de que te hayan dicho lo de "yo no podría tener una relación no monógama". Y si eres bi, con un poco de mala suerte, también habrás escuchado lo de "yo no podría estar con una persona bisexual". Con lo que, si eres una persona bi y no monógama, seguramente habrás escogido la opción C.

En una sociedad en la que "lo normal" es la heterosexualidad monógama, no entrar en ninguna de esas dos cajas nos deja un poco incomprendidas y, en ocasiones, hasta un poco *monos de feria*. Que levante la mano quien no haya sido el punto de mira en algún encuentro social con gente hetero y/o monógama en el que la hayan acribillado a preguntas (más o menos morbosas) para terminar sentenciando el no solicitado "yo no podría".

En reuniones sociales solemos ser mucho objeto de estudio, sin embargo, todavía son poquitas las

investigaciones publicadas sobre bisexualidad y no monogamias. Llama la atención que hay un par de cosas escritas sobre este tema en el año 2005 (había una unidad de persona que se puso a investigar y escribir sobre mujeres en no monogamias: Elisabeth Sheff, la autora del libro *Apuntes sobre poliamor*) y ya después algunos estudios dispersos a partir de 2016. A pesar de la poca investigación al respecto, hay una cosa que se ha visto clara: la mayoría de estudios coinciden en que existe bastante intersección entre ser bisexual y estar en relaciones no monógamas. Por ejemplo, se ha visto que las no monogamias son más comunes en gente bisexual que en gente de otras orientaciones; y que en entornos no monógamos hay más positividad hacia la bisexualidad que en ambientes monógamos. De hecho, parece que las mujeres bi en relaciones monógamas con hombres son menos abiertas acerca de su orientación, porque se sienten más expuestas a estigma, que mujeres que están con hombres y mujeres en relaciones no monógamas o en relaciones monógamas con mujeres (Gusmano, 2018). Por lo que sea. También parece que es habitual que las relaciones principales en gente bi y no monógama sean hombre-mujer. Y otra cosa que salta a la vista es que en estudios "generales" se tiene en cuenta a mujeres bisexuales, pero no tanto a hombres bisexuales, que solo están incluidos, presentes y mencionados como tal en estudios con hombres gais. Es decir, a nivel de investigación a los hom-

bres bi se les está metiendo en el saco de hombres que tienen sexo con hombres, pero no en el saco de gente bi. Si la identidad bi era algo prácticamente inexistente hasta hace poco, la identidad de los hombres bi en concreto definitivamente brilla por su ausencia. Y lo de meter a personas no binarias en investigaciones lo dejamos ya para otro siglo.

A esta intersección bi-no monogamias hay dos caminos por los que se puede llegar. Uno de ellos es saber primero que eres bi y de ahí ir tirando de alguna manera hacia las no monogamias. El otro es empezar en no monogamias, que una cosa lleve a la otra y terminar dándote cuenta de que eres bi. En un estudio que hice en 2017 sobre el desarrollo de la orientación sexual vi que algo que nos caracteriza a las personas bi es que solemos tardar bastante más que las personas hetero y homosexuales en ser conscientes de nuestra orientación. Algo que ya sabíamos, pero confirmado con números. Esto, entre otras cosas, es por el monosexismo, o la norma social que dice que solo puedes sentir atracción hacia un género. Las personas bi tenemos que rechazar no una, sino las dos orientaciones sexuales predominantes hasta darnos cuenta de que podemos sentir atracción por personas de nuestro género y de otros. Además del estigma que aún conlleva la etiqueta bisexual. Las personas hetero y homosexuales habitualmente primero sabrán cuál es su orientación y ya después podrán llegar (o no) a las no

monogamias, mientras que para las personas bi los caminos pueden ser más bidireccionales (nunca mejor dicho). En general, parece que la apertura en unas cosas llama a la apertura en otras. Al igual que también hay mucha intersección entre lo bi y lo no binario.

Se llegue por donde se llegue, una persona bi y no monógama, da igual el orden de los factores, estará acostumbrada a los mitos que rodean a ambas. Las personas bi y las personas no monógamas compartimos muchos mitos y truenos en común. Algunos de los *greatest hits* más escuchados son:

— Es una fase. Eso es porque no hemos dado con la persona adecuada.

— Estamos confusas, somos indecisas, no sabemos lo que queremos.

— Eso no existe (la gente bi)/eso no funciona (la no monogamia). La negación y la invisibilización, prima hermana de los dos puntos anteriores.

— Somos gente avariciosa, lo queremos todo. "I want it all and I want it now", ya lo decía Freddie Mercury, que, por cierto, era bi y no monógamo y moriré en esta colina.

— Nos da miedo el compromiso. Esto a las personas no monógamas nos suele hacer gracia o contrariar a partes iguales. Porque no es que nos comprometamos con una persona, es que generamos compromiso hacia varias personas a la vez, hablando de parejas o vínculos. Pero incluso hasta hacia las amigas, fíjate tú qué cosas.

— No somos gente de fiar, somos traicioneras, somos infieles por naturaleza. En el caso de la no monogamia, eso son los cuernos de toda la vida. Además, la representación audiovisual de personas bi y personas no monógamas en pelis y series sigue de alguna manera reforzando estos estereotipos. Seguimos siendo las malas, las indecisas que joden a las lesbianas porque terminan yéndose con un señor, las cabeza loca que se cargan matrimonios por querer jugar a intercambios de pareja (que alguien haga una película de no monogamias en condiciones, por favor y gracias), incluso las asesinas, le hemos quitado el puesto al mayordomo (telita).
— Somos unas promiscuas. *Bonus track*: dispersamos infecciones de transmisión sexual (me lo han dicho más de una vez). Lo mismo nos da ocho que ochenta. Estamos todo el día haciendo tríos y en orgías. Pues chica, algunas sí y algunas no. Y diría que la mayoría más no que sí. Y esto es un temazo que engancha con el de la buena bisexual/la buena poliamorosa. ¿Qué es ser buena bisexual? ¿Haber estado con personas de todos los géneros posibles? ¿O ser súper monógama para demostrar que podemos ser recataditas en contra del etiquetón que nos tienen colgado? Una vez oí a un chico bi decir en una charla "yo soy bisexual, pero soy muy monógamo", como intentando sacudirse de encima el prejuicio de la promiscuidad, no vaya a ser. ¿Y qué es ser buena poliamorosa? ¿Tener muchas

parejas (asumiendo además que tenemos sexo con todas ellas, que este es otro temazo)? ¿O tener que defender todo el rato que el poliamor no va de follar mucho, sino de tener muchos afectos, como si fuéramos hadas del bosque y seres de luz? Porque a veces pasa que nos pasamos de frenada con el discurso de que el poliamor y tener mucho sexo no tiene que ver (que es verdad que no tiene por qué) hasta el punto de caer casi en la visión contraria, que puede quedar hasta un poco *sex shaming*. La cosa es que parece que tanto la gente bi como la gente no monógama sentimos la necesidad de excusarnos, de que no nos señalen, "eh, que no es verdad, que no follamos tanto". Pero a la vez está la otra parte en la que muchas veces no nos sentimos suficientemente bi/no monógamas. Porque otra cosa que solemos tener en común la gente bi y la gente no monógama es el síndrome de la impostora. Además, las mujeres bisexuales somos las que más violencia sexual recibimos, según varios estudios publicados. Por lo que también hay que tener en cuenta cómo el trauma puede afectar en nuestra vida sexual. Y luego está el hecho de que las personas asexuales existen y si eres bi, no monógama y asex, ya te cagas.

— La sexualización. Supongo que, en relación con la anterior, sumado a una suerte de exotización extraña, a las mujeres bi y las mujeres no monógamas se nos ve y/o se nos trata en ocasiones desde

la objetivización sexual. Y hablo de mujeres porque solemos ser los principales sujetos (objetos) de sexualización en general. Derivado de la creencia de que somos unas promiscuas, hay personas que se sienten súper cómodas proponiéndonos tríos y otras cositas por el estilo, a veces sin conocernos de nada. Y de aquí el tema de la caza de unicornios, donde no voy a entrar por cuestiones de espacio, pero invito a que hagáis una búsqueda al respecto. Parece que existe la idea de que las bi y las no monógamas estamos más disponibles para este tipo de cuestiones que otras mujeres o personas en general. Y como todo, habrá quien sí y quien no, pero esto no es por el hecho de ser bi o no monógamas, sino algo de cada cual y sus preferencias en cuanto a prácticas sexuales.

— El borrado de la orientación/modelo relacional en función de la pareja que tengas. O cómo el monosexismo y la mononorma nos fagocitan. Si eres bi, serás homosexual o heterosexual en función de tu compi actual (hombre o mujer, claro. ¿No binario? ¿Eso qué es? ¿Se come?). Y si eres no monógama y tienes una pareja y luego llega otra, solo una de ellas puede ocupar el lugar de "pareja de verdad", la otra parece que se evapora a ojos del resto. O bien la pareja de siempre es la que lo sigue siendo, por antigüedad en el puesto, y la otra como si no existiera, o bien la pareja nueva pasa a ser "la de verdad" por la novedad, desplazando a la anterior,

que pasa a ser no sabemos qué. Aquí entra la mononorma a decirnos que solo podemos tener una pareja. Y si lo combinamos con la heteronorma, la pareja de verdad siempre será la combinación "hombre-mujer" si la hubiera.

— La infantilización. Es el resultado de todo lo anterior. Tanto a las personas bi como a las personas no monógamas nos dicen que estamos confusas, que no somos capaces de comprometernos, de tomar decisiones, de saber lo que queremos realmente... todo cosas que se atribuyen a una falta de madurez. El "ya te decidirás" o "ya llegará la persona adecuada" cae desde arriba, desde una condescendencia o un sitio superior desde el que parece que te dicen "yo sé y tú no, ya te darás cuenta". "Ya dejarás de jugar y sentarás la cabeza." Y qué cansado se hace a veces explicar que no, que no tenemos miedo al compromiso, que hemos tomado una decisión sobre la forma en la que queremos vivir y relacionarnos y que sí, estaremos confusas, pero no más que cualquier hijo de vecino intentando sobrevivir en general. Qué difícil a veces tener que lidiar con todo esto.

Todos estos prejuicios y tira y afloja se dan porque cognitivamente a los seres humanos nos da tranquilidad meter las cosas en cajas a nivel mental. Además, habitualmente suelen ser cajas que van de dos en dos y que se excluyen mutuamente, es decir, no puedes pertenecer a las dos a la vez. Tiene que ser la una o la

otra. Lo que hace que nos quede un mundo muy binario: hombre/mujer, heterosexual/homosexual, en pareja (monógama)/soltería. Todo lo que no entra ahí genera incomodidad a nivel mental y lleva a la gente que sí que entra en esas cajas a animarnos, a veces incluso a exigirnos, que nos decidamos a entrar en alguna de las categorías disponibles. Tampoco vale inventarse una tercera opción, porque las terceras cajas son las de la gente rara que en algún momento tendrá que elegir otra cosa. "Por nuestro propio bien". "O eres de esta acera, o eres de la acera de enfrente, pero en medio de la carretera te van a atropellar". Honestamente, creo que es muy cultura bi esto de vivir atropelladas por la vida, pero eso da para otro capítulo aparte.

Las personas que no entramos en las cajas binarias preestablecidas habitamos espacios liminales. Los espacios liminales son aquellos espacios de transición entre un sitio y otro, como un pasillo, por ejemplo. Permitidme para esto recurrir a Wikipedia, porque la RAE está llena de señoros (aunque nadie dice que Wikipedia no lo esté), pero sobre todo porque la definición que tienen no me sirve tanto para lo que quiero contar. Según Wikipedia: "la liminalidad o liminaridad significa no estar en un sitio ni en otro. Es estar en un umbral, entre una cosa que se ha ido y otra que está por llegar". La bisexualidad suele verse como un estado de tránsito: de paso de la heterosexualidad a la homosexualidad (habitualmente, pero también viceversa). Las

no monogamias representan el paso de "lo no serio" a la pareja monógama. Ese espacio temporal que comunica la soltería y el matrimonio, en el que puedes estar con quien te dé la gana hasta que "sientas la cabeza" con alguien.

Volviendo a la liminalidad y más allá de su mera definición, en internet existe todo un fenómeno con lo de los espacios liminales. Según Wikipedia, "los espacios liminales son objeto de una estética de Internet que retrata lugares vacíos o abandonados que parecen inquietantes, desolados y, a menudo, surrealistas." Probad a buscar imágenes de espacios liminales en algún momento, son realmente inquietantes. Este es el motivo por el que en las pelis de miedo aparecen tantos pasillos vacíos y oscuros. Pero dejando a un lado la parte más *creepy* del asunto, me interesa más aquí el concepto de transición entre un sitio y otro, y la incomodidad mental que eso puede generar. Y no solo es incómodo para la gente que observa desde fuera, a veces incluso para las personas que habitamos estos espacios, como podemos ser las personas bi y/o las personas no monógamas, nos resulta difícil ubicarnos en ellos. Tanto, que muchas veces las personas no monógamas salimos de una caja para meternos en otra, quizá en búsqueda de normas universales que puedan servirnos de guía y que pueden terminar, también, volviéndose demasiado rígidas.

Meg-John Barker, le autore del libro *Reinventa las*

reglas, lo explica en una charla TED con cubos de cangrejos. Imagina que la vida es en una playa en la que hay un cubo lleno de cangrejos. Un cangrejito lucha por salir de ese cubo y, cuando lo consigue, mira la playa a su alrededor, maravillosamente amplia. Demasiado amplia. Tan amplia que, al ver otro cubo de cangrejos al lado, rápidamente se mete en él. Con esta metáfora, Barker pretende hablar de las personas que se quitan de encima la etiqueta y los mandatos rígidos de la monogamia para meterse en otra etiqueta igual de encorsetada y con otros mandatos igual de rígidos (no puede haber jerarquías en las relaciones porque son el mal, sería mejor estar sintiendo compersión, si sientes posesividad has fracasado, tienes que llevarte bien con tu ex sí o sí, entre otros). Porque quedarse explorando la playa y viendo qué puede servirnos de unos cubos o de otros es incómodo y da miedo, puede venir una gaviota y comerte. La realidad es que, *spoiler*, no existen reglas universales que nos vayan a servir a todo el mundo, por mucho que nos empeñemos.

Pero el tema del cubo de cangrejos tiene más chicha. Cuando hay un cubo lleno de cangrejos y uno de ellos intenta salir del cubo, los demás cangrejos tienden a agarrarlo y tirar de él para abajo. Lo que pasa muchas veces es que se tiran hacia abajo unos a otros en un intento de escapar del cubo. Un "sálvese quien pueda" o "si yo no puedo tenerlo, tú tampoco". ¿Has visto a gente monógama enrabietarse por el simple hecho

de que la no monogamia exista? Como si la mera presencia de otros modelos relacionales diferentes amenazara al suyo de alguna manera. Y salen a defender la monogamia con uñas y dientes, o más bien, a atacar a las no monogamias, simplemente porque sí. A mí me suena un poco a esto. Los cangrejos tirando para abajo del que intenta salirse del cubo. La cuestión es que, si miramos la escena con algo más de perspectiva, los cangrejos no suelen estar de forma natural metidos en un cubo, no están amontonados y apretados por elección. Sino que alguien los pone ahí, alguien con más poder, control y privilegio.

Llegando a este punto, y puesto que esto forma parte de un manifiesto, las personas bi y no monógamas que habitamos estos espacios liminales reivindicamos:

— La bifobia y la polifobia existen y gran parte de estas violencias son compartidas por la gente bi y la gente no monógama, lo cual puede hacer que se multipliquen en potencia.

— La bisexualidad y las no monogamias no son una fase. O pueden sí serlo. Pero que lo sean para algunas personas no significa que sea así para todas. Muchas venimos para quedarnos.

— Estamos confusas, pero no por nuestra orientación o modelo relacional, sino porque honestamente, *WTF* este mundo. Y tú también lo estás. No finjas.

— Existimos. Si nos quieres encontrar, somos las de la ropa con estampados de colores y vivimos en los rocódromos.

— Solemos ser gente bastante comprometida y no solo con nuestras parejas. Brigitte Vasallo dice que las no monogamias también tienen que ver con hacerle una sopa a la vecina cuando está enferma, y si eso no es compromiso y cuidados, ya me dirás.

— Queremos pelis y series que nos representen, no que hagan una caricatura extraña y estereotipada para mal de nuestras realidades.

— Algunas tendremos tendencia a la promiscuidad y otras no. Y otras tendremos épocas, como todo el mundo.

— Que los pasillos no tienen por qué ser un sitio que dé miedo o genere incomodidad. Pueden ser un sitio viable para hacer acampada como cuando éramos peques, con sábanas sobre nuestras cabezas haciendo de fuerte y cojines blanditos debajo del culo. Decoremos los pasillos y abramos las puertas para que entre la luz.

— El punto anterior no nos hace más infantiles, os invitamos a entrar en nuestro fuerte de sábanas. Hacer del mundo un lugar mejor y más amable es trabajo de todes.

— Libertad para los cangrejos.

Una pequeña biografía suele empezar con una palabra que nos defina en su totalidad y eso me aterroriza. Así que diré que soy una chavala que intenta sacarse una tesis sobre los mundos sexuales que normalmente se costea la vida currando de camarera. Tuve la suerte de conocer a les chiques de Holográfica a partir de los activismos asexuales, que me acompañaron durante muchos años y a los que debo —junto a toda la gente que apareció en ese proceso— buena parte de mi pensamiento actual. Vengo de las luchas anarkistas, cuir y transfeministas, del mundo académico y de la vida hostelera, de amores y amistades que nutren mi mirada social y de una familia que me enseñó la importancia de la lucha social como horizonte siempre presente.


ROCÍO P.
DOMENECH

DEVENIR INCONMENSURABLE
Alianzas entre lo bi y lo asex
Rocío P. Domenech

Cuando Teo me pidió que escribiese este capítulo sobre bisexualidades desde las teorías y prácticas asexuales, empecé a pensar sobre cómo enlazar dos mundos que, de entrada, no tienen unas delimitaciones tan claras y en cuya porosidad, defenderé siempre, reside su potencia. ¿Qué puede decir lo bi de lo asex? ¿Y lo asex de lo bi? Podríamos hacernos estas preguntas desde el paradigma identitario, pero creo que las categorías identitarias, con todas sus potencias y todo el conjunto de herramientas que nos ofrecen, tienen también unas limitaciones importantes que es necesario revisar.

Para situar lo bisexual más allá del marco de la identidad, podríamos pensar en la bisexualidad como forma de vivir, incorporar y negociar con deseos múltiples que van más allá —aunque integren y dependan en parte— del deseo por diversos tipos de cuerpos y géneros. Entre mis amigues bisexuales y yo, especialmente mujeres cis bisexuales blancas, hablamos muy a menudo de las distintas emociones que se nos despiertan cuando nos enganchamos con une otre generizade. En otras palabras: existe una gama enorme de emociones que evalúan nuestros sentimientos hacia otra persona según su género. Es muy frecuente escuchar comentarios acerca de la "vergüenza" o "culpa"

de la chica bisexual que empieza una relación romántica y/o sexual con un chico cishetero, la sensación de "liberación" propia de los arrejuntes con chiquis cuir y todos los sentidos relacionados con esas emociones. Para muchas de nosotras, especialmente si llevamos un histórico temporal medianamente largo en el que lo que hemos sostenido han sido relaciones con personas cuir, la sensación de vergüenza o culpa por empezar cualquier tipo de vinculación con un chico cishetero responde a una sensación de "retroceso", de vuelta atrás, de retorno a unos "orígenes heterosexuales" que nunca fueron tales, pero que, en el campo de la experiencia, pudieron ser vividos así. De la misma manera, el orgullo de una relación con una persona no cisheterosexual viene sostenido por una sensación de "avance", de situarse en la "vanguardia" de las identidades y orientaciones cuir. Estos mundos emocionales pueden encontrar muchas críticas muy legítimas, de las cuales sería interesante hablar. Pero también esconden ciertas potencias o derivaciones políticas que convendría tener en cuenta y rescatar, sin por ello mantenernos condenades a la culpa, la vergüenza o la sensación de retroceso.

La primera crítica sería la más evidente y quizá una de las más repetidas en los activismos bisexuales, quizá particularmente en el mundo de las chicas cis (y no sé si también blancas): la potencia bisexual no se ve mermada por encontrarnos en una relación

—pongamos el caso más "polarizado"— entre chica cis y chico cishetero. La presunción de que se es menos bi en una relación de este tipo esconde realmente cierta preeminencia y mantenimiento de lo hetero, como si realmente la forma "originaria" de relación volviera a nuestros cuerpos y deseos como algo que quizá nunca se fue. Flaco favor para lo cuir reconducir y resignificar este tipo de relaciones como heterosexuales; no solamente porque podamos perder afinidades en estas narrativas, sino también porque engrandecemos y naturalizamos, sin pretenderlo, el marco heteronormativo.

Aun así, creo que es importante llevar a cabo esta crítica sin caer en una defensa de lo bi como identidad inamovible que no se ve impactada por las relaciones que tenemos. En otras palabras: sí, siempre somos bi, pero eso no significa que seamos sujetos estáticos independientemente de las relaciones que mantengamos. Una de las potencias más fuertes de lo cuir consiste precisamente en hablar de lo identitario desde lo relacional, de entender que no somos les mismes cuando nos relacionamos con distintas personas y que eso no amenaza nuestra posición política e identitaria. Reconocer lo bisexual como mundo amplio y flexible que nos conecta no solo con otres bisexuales, sino también con otras identidades, no hace que lo bi pierda cuerpo, sino que expande ese cuerpo, lo convierte en poroso y permeable, en puente con otres.

En este sentido, podemos unir la lucha bisexual con las narrativas y teorías asexuales, que llevan años repitiendo que la asexualidad es un espectro amplio, complejo y denso que no debe nunca responder a formas totalizantes y estáticas, sino a devenires varios que, de hecho, dan cuenta de las fluctuaciones del deseo y la atracción sexual mismos. Identidades como la asexualidad y la bisexualidad señalan lo imposible de contener las diversas formas de deseo y atracción, incluyendo las que se entienden como "ausencia". No es que el resto de identidades, prácticas y cuerpos que conforman lo cuir no sean también inconmensurables, pero hay ciertas categorías que han hecho más hincapié en lo imposible de relacionar estrecha y únicamente la orientación sexual con los cuerpos con los que quiero follar, y que han acompañado también a otras identidades a ampliar sus propias definiciones y flexibilizarlas.

En segundo lugar, otra crítica pertinente a estas emociones de culpa y/o orgullo tendría que ver más con una negativa a "temporalizar" las identidades como atrasadas o avanzadas. Diverses autorxs cuir que analizan las formas cuir del tiempo y/o las formas en las que los cuerpos cuir descolocan las temporalidades hegemónicas han avisado del error que sería caer en las mismas lógicas de retroceso y avance que el mundo heteronormativo nos ha aplicado a nosotres. Desde las crononormatividades heteronormativas se

ha señalado históricamente a los cuerpos cuir como cuerpos "atrasados" o "asincronizados", lo que ha servido tanto para marginalizarnos y culpabilizarnos de nuestra propia disidencia como para generar unas vinculaciones afectivas que relacionan la vanguardia con lo deseable y el pasado con aquello a superar. De hecho, buena parte de estes estudioses señalan la potencia del contacto de los cuerpos cuir del presente con los cuerpos cuir del pasado, que tiende puentes temporales que nos invitan a resignificar tanto la vida cuir de antes como la de ahora y nos permite pensar en futuros más amables. Así, entendernos como más "avanzades" o *woke* por tener relaciones con ciertos cuerpos en vez de con otros no solamente desestabiliza este abrazo al pasado cuir, sino que sitúa lo cuir como vanguardista. Esto apoya la idea crononormativa del "desarrollo" que tanto daño ha hecho a nuestra comunidad, y que ha sido construida en base a nociones racistas, clasistas, heteronormativas, cis, burguesas.

¿Qué es entonces lo productivo de estas sensaciones de vergüenza, culpa y orgullo? ¿Con qué podemos quedarnos de todo esto?

En primer lugar, quizá sea interesante recoger esta amalgama de emociones que se nos despiertan para ampliar y complejizar la experiencia bisexual, llevándola más allá de la idea de que lo bisexual significa que nos gustan diversos géneros y cuerpos. Podríamos de-

sear una teoría y práctica bisexuales que apuesten por extender el entramado de lo bisexual para que pueda incluir estas emociones, tanto las cómodas como las incómodas, y generar el espacio para problematizarlas, pero también para señalar cosmovisiones compartidas. Así, sentimientos como la culpa o el orgullo servirían de guía para hacer una teoría más amplia y compleja que nos permitiese construir lo bi desde otros lugares. Lejos de defender aquí una ontología de lo bi, que vuelve al problema de la identificación y sus posibles fosilizaciones, podemos pensar en estas emociones contingentes en buena parte de los cuerpos bi como posibles líneas de fuga para realizar nuevas críticas y nuevas propuestas, construyendo así un abordaje de la bisexualidad constituido a partir de lo relacional, lo contextual y lo situado. Importan las ideas situadas, contextualizadas y afectivizadas que usamos para pensar y crear otras realidades, como lo bi. Entonces, la propuesta sería partir de otras ideas y también de otras emociones, marcos de sentido, intenciones y contextos para regenerar una narrativa y práctica de lo bisexual que incluya no solo los afectos que sentimos hacia cuerpos diversos, sino cómo esos afectos nos afectan, cómo esas emociones nos emocionan, cómo esos mundos nos mundean, que diría Marilyn Strathern. Así, los sentimientos de culpa, vergüenza u orgullo —entre otros— podrían servir para configurar la experiencia bisexual, acogiendo sus lu-

ces y sus sombras, abrazando sus partes buenas y las no tan buenas. Podemos pensar —y acertaremos— que sentir culpa siendo una chica bi por estar con un chico cishetero es injusto, pero podemos también ampliar el carácter productivo de esa culpa y ver cómo emociones desagradables e incluso injustas pueden llegar a generar un tejido relacional que nos permite sentarnos a hablar entre nosotres, compartir experiencias de vergüenza y dolor, así como de placer y alegría. Nos permite salirnos del rol de la buena bisexual para adentrarnos en el farragoso mundo del deseo, con sus arreglos y desarreglos y, desde ahí, seguir pensando juntes.

Hay otro punto que quizá sea un poco más polémico, pero necesito expresarlo: aun y con todo lo injusto que puede ser vivir una relación con un chico cis desde el marco de la bisexualidad como algo de lo que avergonzarse o sentir culpa, ¿no es llamativo el desplazamiento de las emociones relacionadas con la autoidentificación en materia sexual? Es decir: ¿la culpa o la vergüenza no eran territorio exclusivo de la "posibilidad" de sentir cosas por cuerpos cuir? ¿Podemos sentir ahora también vergüenza por sentirnos más "identificables" con lo hetero? Podemos pensar en esto dos cosas, ambas totalmente válidas a mi modo de ver: la primera, que es una mierda que estas emociones nos sigan empapando a los mismos cuerpos, castigados históricamente desde la cishete-

ronorma con este sentido del retraso, lo vergonzoso o lo indecente/inmoral/patológico. Es normal frustrarnos cuando salimos de un mundo de culpa y vergüenza para ver cómo estas emociones se sofistican y se las apañan para volver a nosotres, señalándonos con dedito acusador prácticas o formas relacionales "menos cuir". La segunda cosa sería pensar, junto con esta crítica y esta frustración, en lo interesante que puede ser entender los sentimientos de alegría u orgullo ante el panorama de relacionarnos con chiques más allá de la etiqueta o identidad de turno. Me explico: cuando he escuchado —y, sí, reconozco: también expresado— ciertas "felicitaciones" a chicas bisexuales por empezar una relación sexual y/o afectiva con una persona cuir, muchas veces no ha venido tanto de la mano de una legitimación —"¡ahora sí que eres bisexual!"—, sino más bien desde una alegría genuina que se nos despierta cuando nuestras amigas —muchas veces, después de muchos chascos terribles con hombres cishetero— se permiten gozar de la experiencia de amar, follar y/o vincularse intensamente con una persona cuir. Podemos caer en el riesgo tanto de idealizar las experiencias sexuales/amorosas cuir como de situar las relaciones bisexuales de una chica con un chico en el marco hetero, de eso tenemos que estar pendientes. Pero sí defiendo la legitimidad del sentimiento de alegría genuina, ya que muchas veces proviene de un *continuum* de experiencias con hom-

bres totalmente tenebrosas que nos sitúan en unos marcos de sentido hetero de los que a veces, incluso no siendo hetero, es difícil salir. Si la bisexualidad puede ser un paradigma, lo heterosexual desde luego lo es y absolutamente nadie nos libramos de caer en sus lógicas, independientemente de los tipos de relación que tengamos. Así, estas emociones nos ponen también sobre la pista de cierto cambio —ni positivo ni negativo en sí, aunque quizá positivo precisamente por ser un cambio— en las ideas de lo deseable, que ya no se sitúan en el monopolio de lo heterosexual, sino que se amplían a otros tipos de relaciones desde las cuales explorar otros horizontes. Si volvemos a la comparación con lo asex, lo podemos pensar también con este caso hipotético: imaginemos que une amigue nuestre, que se identifica dentro del ámbito asexual y que no ha tenido relaciones sexuales, está en un punto de la vida en el que le apetece investigar —con o sin deseo— sobre sus propios límites sexuales, corporales y relacionales. Imaginemos que este amigue empieza a considerar ampliar su mundo de experiencias para probarse, y, como decíamos, jugar con sus propios límites. ¿Sería injusto o ilegítimo para nuestre amigue, o para el movimiento asexual en general, alegrarnos por esta persona? ¿Sería un acto de asexualfobia animar a nuestre amigue a que pruebe, a que investigue? ¿Sería esto una afirmación de que siempre es mejor follar que no hacerlo? Absolutamente no. Este ejemplo

imaginario no es el espejo de la experiencia imaginaria bi que mencionaba antes, pero ambos casos ejemplifican cómo las emociones alrededor de las identidades y prácticas están situadas, como lo expresaría Donna Haraway, en un contexto concreto que apela a la historia de nuestres amigues, a la nuestra, al mundo que nos atraviesa y a los diversos elementos que nos conforman. Señalan que no existen respuestas siempre buenas o siempre malas, sino que más bien existen afectos que se movilizan en momentos concretos por contextos concretos, por historias concretas y por sentidos concretos. Indican, por lo tanto, que no existe una única forma de ser bisexual, de hacer lo bisexual y de vivir lo bisexual más allá de las constricciones de lo identitario.

Para poder incluir este entramado de experiencias, incoherencias y deseos complejos, era necesario —al menos para mí— salir del paradigma de la identidad. Así, quería pensar en lo asex y lo bi como experiencias que, como tales, están siempre sujetas al cambio. Ya cuando hacía activismo asexual empecé a toparme una y otra vez con las dificultades de delimitar lo asexual y darle una definición, esto es: nombrar lo que sí era asexualidad y lo que no. Después de un tiempo, que ahora no sabría calcular, dándome de bruces contra este muro, empecé a pensar que la potencia de lo asex no radicaba en lo que lo asex es, sino el marco de sentido que genera y que permite reflexionar

sobre la sexualidad normativa. Precisamente, lo que me enganchó de lo asexual fue la cantidad de mundos y recursos que ofrecía para pensar en el sexo, en el deseo, en la atracción, en el mundo relacional y en los territorios normativos y no normativos. Lo que me atrajo de lo asex fue que los conocimientos que proponía podían servirle a cualquiera. Lo asex facilitaba un acercamiento a las normatividades sexuales desde un lugar novedoso en muchos sentidos. Matizó, por ejemplo, que el imperativo heterosexual se sostenía gracias a un imperativo sexual; problematizó las mismas ontologías del resto de orientaciones sexuales cuando se articulaban únicamente desde el "con quién quieres follar"; amplió la mirada de los no binarismos cuando señaló lo frágil que era el género cuando se le quitaba la orientación sexual, entre otras cosas. También, en sus movimientos y tanteos, las teorías y activismos asexuales me mostraron las problemáticas, negociaciones y resoluciones que viven las identidades "nuevas" al salir a la luz. Por ejemplo, ciertos activismos asexuales, queriendo salirse de los paradigmas patologizantes de la heteronorma, alegaban en un principio: "¡No tenemos un trauma!"; "¡No somos un trastorno!"; "¡No estamos enfermes!", para luego darse cuenta, al calor de comentarios y críticas, que este tipo de comentarios favorecían la marginalización de cuerpos autodefinidos como traumatizados, enfermos o trastornados. Así, yo tuve la suerte de ver cómo los

cuerpos asexuales fueron haciendo alianzas con otros cuerpos que reivindicaban desde sus lugares de opresión sus propias experiencias y, en esas alianzas, generaron críticas compartidas y diversas en torno a la negatividad de lo enfermo o a la deslegitimación de experiencias devenidas del trauma, entre otras cosas.

Podría ser bonito fantasear en una alianza así entre lo asex y lo bisexual. Existe una enorme potencia si lo imaginamos como un arrejunte que se base más en destartalar conjuntamente identidades solidificadas que en la búsqueda de lo que nos separa para constituirnos como identidades de pleno derecho. Los cuerpos asex nunca tuvieron la opción de erigirse como identidad "total", ya que en su propio espectro se contaba ya con cuerpos que se identificaban con otras muchas categorías, y también porque lo asexual, para muches en un principio, era visto como "identidad complemento" que no tenía valor en sí mismo. De nuevo, devenires: mientras que en un principio me ponía furiosa la idea de que la identidad asexual no fuese una entidad totalizada e "independiente" del resto de identidades, ahora me parece que una de las propuestas más radicales de la asexualidad consiste precisamente en señalar que nada es nada si no es en relación, que las formas en que sentimos y no sentimos atracción sexual por otres están siempre atravesadas por una infinidad de ejes que exceden al yo, a lo identitario.

Los intentos de totemizar identidades tienden a asociar a estas con ciertas prácticas. Esto ha hecho que buena parte del activismo bisexual, cuyas prácticas románticas, de deseo y sexuales son compartidas con identidades bolleras o hetero, hayan sentido la necesidad de situarse como identidad que nada tiene que ver con las experiencias asociadas a la heterosexualidad o a la homosexualidad (entre otras). Confieso que este intento de demarcación me enfada un poco. Si bien es legítimo reivindicar una identidad bisexual, ¿es necesario reivindicarla a partir de la premisa de que no compartimos experiencias similares? De acuerdo con que ser una chica cis bisexual (como yo) en una relación sexual, afectiva o romántica con un chico cishetero no me convierte ni a mí ni a mi relación en heterosexual, pero ¿acaso es realista y deseable negar los puentes de comprensión mutua de los que disponemos para acercarnos a chicas heterosexuales? ¿En serio que no podemos entender, empatizar y sentirnos identificadas con bolleras por nuestras experiencias con chicas? ¿Acaso no compartimos el caos productivo de lo cuir y la evidente falla de la identidad solidificada de las orientaciones sexuales cuando amamos a una persona no binaria?

Podríamos pensar en cómo las diferentes experiencias cuir se movilizan entre ellas, tensionan sus límites y nos llenan de preguntas interesantes sobre las cuales ponernos a investigar juntes. Más que pen-

sar en lo asex y lo bi como dos bloques que pueden compartir ciertos aspectos mientras que se diferencian en otros, podemos pensar en cómo lo asex articula lo bi cuando lo toca y viceversa. Pongo mi propia experiencia como ejemplo: para mí, el acercamiento a las asexualidades vino de la mano de mi primera pareja cuir, también asexual, que me habló de lo asex. Automáticamente me sentí identificada y empecé a entender lo asex como propio y a revisitar mi historia sexual desde este paradigma. Este acercamiento al mundo asexual me ayudó tanto a legitimar mis ciclos de deseo como a entender que el sexo heteronormativo no estaba hecho para mí ni para los cuerpos marcados como abyectos (mujeres, cuirs, diskes, racializades, trans, etc.). En otras palabras: me ayudó a situar tanto mi deseo como su ausencia. Me ayudó a hacer las paces con mis devenires, hasta el momento poco sexuales. Con el paso del tiempo, identificarme o no como asex empezó a perder relevancia porque empezó a perder relevancia asociarme fuertemente con cualquier etiqueta en general. A esto me ayudó lo bi. A partir de vivirme como persona cuyo deseo oscila intensamente dependiendo de las personas con las que me junte y de los momentos vitales por los que pase, lo bi me ayudó a situar el deseo siempre en su contexto, a integrar las experiencias incómodas dentro de la experiencia bisexual, a no fiarme nunca de la idea de un deseo interno, central y estable que se activa "con

la persona correcta". De la misma forma, lo asex me ayudó en lo bi cuando volví a los circuitos del sexo, del deseo y de lo romántico desde un lugar en el que me sentía más fuerte para decir que no a un polvo, para construir, con quienes compartía experiencias sexuales, cierto extrañamiento productivo de los imperativos del sexo tanto en relaciones esporádicas como en relaciones de pareja.

Así, la confluencia de lo asex y de lo bi ya no tiene tanto que ver con las aportaciones y colaboraciones que una identidad hace por otra y viceversa, sino con los tambaleos productivos que se producen al vivir corporal y afectivamente experiencias que pueden apelar tanto a lo bi como a lo asex. Para mí, empezar a follar y a amar cuerpos cuir me permitió explorar más mis atracciones sexuales y deseos, muchas veces intensificando mis ganas de follar y también aumentando las veces en las que sentía atracción sexual por alguien. En otros puntos de la vida, estos cambios se materializaron también con hombres cishetero, y jamás podría apostar qué deparará mi devenir sexual y deseante. Tampoco querría una bola de adivinación que predijera mi futuro. Aunque incómodo, el puenteo entre lo bi y lo asex genera un campo de futuros inciertos y horizontes múltiples que, en mi opinión, son mucho más interesantes que las etiquetas rígidas o los finales imperativamente felices de la heterosexualidad compulsiva.

Zoe Garcia (él/elle), biólogo especializado en género por la Universidad Autónoma de Barcelona. Militante dentro de los movimientos feministas, LGTBIQA+ y por el derecho a la vivienda. Escritor, autor del ensayo *Autigénero. El espectro de las disidencias: Autismo e identidades trans* y coautor de la *Guía para la convivencia neurodivergente*. Músico y poeta, utiliza el arte como herramienta de transformación social. Educador especializado en colectivo LGTBIQA+, neurodivergencias, sexualidades, adicciones y masculinidades. Persona trans no binaria, bi, ACE y neurodivergente.


ZOE
GARCIA

HABITAR LA GRIETA
Neurodivergencia bi
Zoe Garcia

Uno de los primeros anuncios que me hicieron cuando empecé la carrera de biología es que la naturaleza no es estática, estable, matemática, ni puede medirse con precisión, ni es dicotómica, ni responde a ninguna ley que el ser humano haya querido inventar. Me invitaron a olvidarme de la matemática pura y exacta en el contexto del estudio de la vida y me presentaron unos cálculos más dirigidos a la estadística, la probabilidad, la duda, lo incierto, la aproximación, las distribuciones "normales", las escalas de grises y los espectros. Poco después descubrí que lo inestable e incierto en la ciencia que estudia la vida aplica a todo menos al sexo, la orientación, el cuerpo, el género, la "raza", el peso y todas aquellas categorías sociales que ordenan y jerarquizan nuestras vidas. Quiero decir, que a mi profesor de Fisiología Animal I se le olvidó lo de la no dicotomía, la naturaleza no estática y la variabilidad cuando anunció en clase que los cerebros de los niños nacen preparados para jugar a pelota y los de las niñas a muñecas. Al carajo las escalas de grises y la naturaleza incierta.

Como bien sabemos, las sociedades occidentales modernas se estructuran en casillas binarias y estancas donde no corre el aire ni sopla el viento y que huelen a cerrado. Estas sociedades son como mesitas

de té delicadas y temblorosas, pero sostenidas por un montón de "patitas" que las hacen estratégicamente firmes y estables a pesar de su aparente delicadeza, o al revés, más delicadas de lo que imaginaríamos según su aparente estabilidad. Algunos de estos apoyos son grandes estructuras sistémicas, otras son pequeñas formas de violencia cotidiana y, entre todas, construyen esta base estable que sostiene tales sociedades. Hablaré de tres de las "patitas" que las sostienen para poneros sobre la mesa lo que quiero hablar aquí, que es el cruce entre las neurodivergencias y lo bi, y lo haré sin entrar en detalles sobre a qué nivel actúa cada una de ellas o si son estructuras más sistémicas o formas de opresión más específicas. Estas son: el binarismo del sistema sexo-género, la heterosexualidad obligatoria y el capacitismo.

El binarismo presupone que solo hay dos cuerpos posibles, que solo existen hombres y mujeres y que nuestra anatomía y fisiología así lo determinan. La heterosexualidad obligatoria asume que si estás en la casillita binaria "hombre cis endosex" deben gustarte las mujeres (cis endosex, claro) y viceversa. El capacitismo selecciona a las personas según su potencial de productividad y las clasifica en "capaces" y "no capaces". Estas estructuras se entrecruzan y enredan entre ellas generando formas de violencia específicas que marcan nuestro día a día y construyen nuestras realidades. Más allá de esto, las disidencias florecemos en

el margen y es en este margen en el que hemos construido un hogar para lo neurodivergente y lo bi.

Sabiendo que a lo largo de este libro ya se ha más que definido lo bi, me centraré en definir lo neurodivergente. El paradigma de la neurodiversidad, acuñado por la socióloga autista Judy Singer, establece que existen una gran diversidad de funcionamientos neurológicos que forman parte de la diversidad humana y que todos deben considerarse variaciones válidas dentro de esta diversidad, en lugar de enfermedades que deben ser curadas y corregidas. Dentro de esta neurodiversidad, algunos neurotipos, es decir, algunos funcionamientos neurológicos como el autismo[1], el TDAH[2], la dislexia o el TOC[3], entre otros, son sistemáticamente apartados a los márgenes y socialmente discapacitados, negando así el acceso a ciertos

[1] No usaré el término TEA porque incluye la palabra "trastorno" y es patologizante, ni usaré el término Asperger porque era un señor nazi que experimentaba con personas y porque separar lo Asperger del resto del espectro autista es una cuestión de "más funcionalidad" y no creo en categorizaciones dentro del espectro. Tampoco hablaré de personas con autismo porque creo que el autismo es una característica más de quién somos y no una mochila con la que cargar o un lastre del que querríamos desprendernos. Así pues, hablaré de personas autistas o en el espectro autista.

[2] En los activismos neurodivergentes se le empieza a llamar "atención divergente" para eliminar la carga patologizante del término "trastorno de déficit de atención".

[3] El concepto "trastorno" incluido en las siglas TOC es también patologizante pero desconozco terminologías alternativas o más amables así que uso este término desde la consciencia de la carga que implica.

derechos fundamentales. En este contexto social se nombran como neurodivergencias aquellos funcionamientos neurológicos que el sistema patologiza y discapacita. Este etiquetaje se hace con el objetivo de visibilizar nuestras realidades disidentes, aunar fuerzas y colectivizar vivencias bajo un concepto común que nos reúna tanto como las estructuras sistémicas nos han separado y aislado.

Antes de entrar en la relación entre neurodivergencias y lo bi me gustaría hacer un pequeño apunte: desde algunas militancias anticapacitistas se han señalado los conceptos de neurodiversidad o neurodivergencias como poco radicales, biologicistas y en ocasiones individualistas, y coincido en que esto ha sucedido y sucede en algunos contextos. A pesar de esto, muchas corrientes dentro de la lucha neurodivergente han reivindicado desde siempre una visión radical de la neurodivergencia que ponga el punto de mira en el sistema como estructura patologizante y que rehuya de visiones más individualistas y/o biologicistas. Además, el paradigma de la neurodiversidad es generalmente más conocido y nos permite entendernos. Es por estos motivos que usaré esta terminología.

Si hablamos de individualización de las identidades disidentes chocamos, inevitablemente, con lo que yo llamaría ya a estas alturas un "dicho popular" que atenta tanto contra los derechos del colectivo bi como

los de las personas neurodivergentes, entre otros, y este es el famoso "todes somos un poco (inserte aquí disidencia)". Tras el todes somos un poquito bisexuales o el ninguna persona es totalmente neurotípica se esconde una invisibilización de las realidades bi y neurodivergentes y de los retos, violencias y características específicas que definen a estos colectivos.

La invisibilización es uno de los primeros elementos en común entre neurodivergencias y colectivo bi. Si todes somos bi y todes somos neurodivergentes, ¿qué es entonces lo que diferencia a quienes cargan con la violencia sistémica y quienes no? Lo bi y lo neurodivergente evidencian que la normatividad es una ficción, un constructo, y que la clasificación de las personas en "lo correcto" y "el resto" es un ejercicio violento que el sistema necesita hacer para sostenerse. Mientras esta clasificación exista, aquelles que estemos en el otro lado de la línea de lo que es socialmente aceptable sufriremos violencias que deben ser reconocidas. No es la diferencia en sí, sino la mirada capacitista, patriarcal y heteronormativa la que decide quienes serán aceptades y quienes corregides, vigilades o marginalizades.

Otra de las violencias compartidas entre la neurodivergencia y lo bi es la falta de representación en una gran diversidad de entornos y contextos, que van desde la producción artística hasta los medios de comunicación, pasando por las militancias y activismos o la

academia. Rara vez se visibilizan personas bi del mismo modo que rara vez se representan personas neurodivergentes, a no ser que se haga cayendo en estereotipos que, más que representación, generan violencia, sesgo y más palos en las ruedas en el camino de lograr visibilidad. A raíz de esto, evidentemente, rara vez se habla de personas que son a la vez neurodivergentes y bi, generando un vacío simbólico muy violento que nos hace dudar de nuestra posibilidad de existir.

Es esta misma mirada invisibilizadora la que elige infantilizar, patologizar y tratar desde el paternalismo a las disidencias que no logra borrar. Lo hace a través de mensajes que afirman que las personas neurodivergentes no podemos ser queer porque no tenemos las "capacidades" mentales necesarias para tener sexualidad, deseo, atracción, acceso a nuestro cuerpo, voluntad de compartirnos, enamoramiento, capacidad de escapar de la norma o voluntad de construirnos más allá de lo binario o de lo cisheteroendosex[4]. Si la erosión de nuestra credibilidad es fuerte tanto en el colectivo bi como en las neurodivergencias, cuando coexisten las dos disidencias es completa.

[4] Cisheteroendosex o norma cisheteroendosex: estructura social de poder que define como legítima, natural y deseable exclusivamente la realidad de aquellas personas que se identifican con el género asignado al nacer (cis), que sienten atracción sexual y romántica por personas del género opuesto (hetero) y que nacen con corporalidades clasificables dentro del binarismo macho/mujer (endosex). Esta norma violenta, marginaliza y oprime a las realidades trans, bi, bolleras, lesbianas, gais, intersex y un larguísimo etcétera de disidencias.

Así pues, muchas personas neurodivergentes, sobre todo aquellas que están tutorizadas, que dependen de otras personas o que por algún motivo no tienen agencia plena, no tienen la posibilidad de explorarse como personas queer. Con esto, que expongo ampliamente en mi último ensayo[5], el sistema psiquiátrico logra impedir que muchas personas neurodivergentes lleguen a reconocerse como LGTBIQA+. Además, cuando lo hacen, a menudo se las empuja a encasillarse en categorías más conocidas, estancas y fijas como son la definición tradicional de "gay" o "lesbiana" que, a ojos del sistema, son categorías que escapan de lo que es correcto pero que, al menos, son más determinadas y estáticas, más monosexuales, es decir, más parecidas a la heterosexualidad, y más asimilables bajo una lógica monógama, de amor romántico y normativa.

Seamos clares, a ojos de la norma lo bi desestabiliza estructuras que van más allá de la orientación del deseo y que incluyen la monogamia, el amor romántico y la estructura de la familia tradicional, por mucho que muchas personas bi se relacionen en base a patrones relacionales tradicionales y monógamos. Lo que preocupa al sistema cuando una persona neurodivergente se plantea que quizás es bi es la imagen de incertidumbre, desasosiego e inestabilidad que se proyecta sobre lo bi, un poco desde el pensamiento de "si los neurodivergentes ya están confundidos y los

[5] *Autigénero. El espectro de las disidencias: autismo e identidades trans* (autoeditado, 2022).

bisexuales nunca eligen, imagínate lo perdidos que están quienes son ambas cosas".

Aquí quiero hacer un apunte: la disidencia que hace que lo normativo se tambalee a menudo será incierta e inestable, porque la estabilidad es la norma y no hay caminos dibujados más allá de esta. Temer la incertidumbre es temer a la posibilidad de construir nuevas formas de desear, de relacionarnos, de ser. Temer que una persona neurodivergente se introduzca en lo incierto en su camino de encontrarse a sí misme es ejercer un paternalismo feroz que nos prefiere calladites, medicades y atades antes que revoloteando, disidentes, con pluma, visiblemente bi.

Todo lo que escapa de las categorías estancas es patologizado. La "homosexualidad" se diagnosticaba y trataba en el Estado español hasta hace pocos años. La neurodivergencia se diagnostica y trata hoy día en nuestros territorios, a menudo con las mismas terapias de *electroshock* con las que se pretendía curar las personas LGTBIQA+. No estamos tan lejos. Lo queer no es una enfermedad, lo neurodivergente tampoco, y no porque ser enferme esté mal, cuidado con caer en argumentos capacitistas, sino porque ser enferme es otra cosa, y ubicar lo queer y lo neurodivergente en la enfermedad es ocupar un espacio que no nos pertenece.

Lo queer no es una enfermedad, lo neurodivergente tampoco, pero las consultas médicas están llenas

de doctores culpando de nuestra ansiedad al hecho de ser bi con frases como "quizás estarías mejor con una pareja estable" o negándonos la posibilidad de ser bi si somos neurodivergentes con "si tú no puedes ni salir de la cama la mayoría de días, como vas a poder ser bi". Esto introduce en nuestras identidades una dimensión de transitoriedad basada en el "ya se te pasará" o el "ya te curarás" que nos impide asentarnos en el margen bi y neurodivergente que habitamos y nos hace estar alerta, sintiendo que en cualquier momento la casa se derrumba y tenemos que salir corriendo. La patologización nos roba espacios de vida reales que podamos habitar.

¿Por qué sucede esto? Porque desde la instauración de la ciencia moderna como dogma y verdad absoluta a partir del siglo XVI, la patologización ha sido una herramienta en aumento de desprestigio social y marginalización de todo aquello que no encaja en la norma. Y lo neurodivergente y lo bi están fuera de las dicotomías y estructuras y del binarismo de género, de sexualidad y también de funcionamiento cognitivo.

Más allá de las violencias que envuelven las experiencias bi y neurodivergentes, quiero hablar de la intersección entre estas dos realidades desde la riqueza que ofrece la neurodivergencia como paradigma disidente de habitar y significar la realidad y, con ello, también lo bi.

Según un estudio desarrollado el 2021 por la Uni-

versidad de Cambridge[6], una persona autista tiene ocho veces más posibilidades de no ser heterosexual que una persona alista. A su vez, diversos estudios demuestran que el porcentaje de personas autistas que son LGTBIQA+ es altísimo y, específicamente, hay muchas personas autistas que se etiquetan dentro de los paraguas de los colectivos bi y trans, a menudo específicamente de lo trans no binario. Aunque en el caso del espectro autista está más estudiada la alta prevalencia de la intersección autista-LGTBIQA+, esta también aparece en otras neurodivergencias. Así pues, las personas neurodivergentes tenemos tendencia a ser más queer que las personas neurotípicas, según demuestran varias investigaciones.

Dentro de esto, creo importante señalar que en estos altos porcentajes destacan la gran cantidad de personas neurodivergentes que son, concretamente, personas bi, trans no binarias y/o que están dentro del espectro asexual. No me sorprende y creo que la explicación a este suceso es el mismo argumento que explica por qué tantas personas neurodivergentes somos queer; hablemos de ello.

Muchas personas neurodivergentes tenemos una relación más o menos equidistante con las normas sociales por diferentes motivos. Algunos funcionamientos neurológicos como el de las personas autistas

6 Disponible en la web https://www.nature.com/articles/s41467-020-17794-1 (consultado el 07/07/2025).

suelen tensionar las normas sociales implícitas, integrándolas de forma menos profunda en nuestro subconsciente y cotidianidad. Entendiendo que el género, el binarismo y la heterosexualidad obligatoria también son normas sociales, es fácil entender que habrá más personas autistas que no integremos estas imposiciones y construyamos nuestras identidades fuera de la cisheteronorma y, por tanto, dentro de lo queer.

Otras personas neurodivergentes se alejan de las normas impuestas porque la sociedad capacitista nos discapacita y aparta, empujándonos a un margen desde el que aprendemos a desafiar y desobedecer otras normas sociales, además de resignificar el miedo al rechazo social o la influencia que ejerce la presión normativizante sobre nosotres.

A su vez, las experiencias neurodivergentes abren otras maneras de percibir, procesar y habitar la realidad, incluyendo formas diversas de relacionarse más allá de la normatividad; así pues, lo neurodivergente no solo transforma cómo pensamos, sino también cómo sentimos y nos vinculamos o cómo deseamos y cuidamos, abriéndonos las puertas a posibilidades relacionales que van más allá de la norma y que incluyen las no monogamias y lo queer, entre otras.

Además de esto, los procesos profundos de autodefinición que nos llevan a reconocernos como personas bi o neurodivergentes, o el viaje de explorar y comprender nuestras disidencias una vez nos hemos

reconocido en estas, son un camino complejo e intenso que desarma normas y abre espacios para reconocer otras disidencias en nuestra experiencia. Así pues, el viaje de descubrirse neurodivergente puede abrir las puertas a descubrirse queer y viceversa.

Finalmente, creo importante destacar que, tal y como menciono anteriormente en este texto, lo bi (y lo queer) y lo neurodivergente están atravesados por experiencias comunes de opresión, invisibilidad y resistencia que pueden hacer que nos reconozcamos con más facilidad en ambas disidencias.

Si entramos más específicamente en la intersección, veremos que estos marcos mentales neurodivergentes que ponen en jaque las normas sociales lo hacen de forma profunda, cuestionando no solo la heterosexualidad obligatoria o la imposición del género al nacer, sino también las identidades no heterosexuales que entran dentro de la lógica cisheterosexual, el monosexismo que deriva de esta visión heteronormativa de lo queer, el binarismo de género, etc.

Las personas neurodivergentes a menudo percibimos la realidad desde una óptica más sensible a lo incierto, la duda, la realidad cambiante e inestable o las escalas de grises que mencionaba al principio del texto. Al fin y al cabo, las dicotomías y categorías fijas y estancas son un constructo social y cultural que escapa del marco mental de aquellas personas neurodivergentes que nos hemos construido un pelín más

al margen de la norma. Estas dicotomías y categorías fijas de las que hablo son, en primer lugar, las tradicionales categorías de hombre y mujer cis endosex, heterosexuales y monógamos, pero también incluyen la idea de que si no eres heterosexual tienes que ser, como mucho, lesbiana o gay y que, además, debes tener una familia monógama y tradicional que cumpla con los roles productivos y reproductivos esperados por el sistema capitalista.

Cuando hablo de que muchas personas neurodivergentes rompemos con dicotomías y categorías estancas me refiero a que a menudo también escapamos de las limitantes posibilidades de salir de la norma cishetero que nos ofrece el sistema: "si no eres heterosexual, por lo menos sé un buen gay monógamo con una familia normativa". A menudo, la rotura de estructuras rígidas es total y esto nos lleva a dibujar escalas de grises que incluyen estructuras familiares no normativas, orientaciones del deseo no tradicionales, prácticas sexuales disidentes, modelos relacionales no monógamos o formas de cuidados subversivas. La neurodivergencia no solo cuestiona lo normativo, sino que posibilita una creatividad relacional que permite imaginar vínculos, afectos y formas de cuidado que van más allá de lo esperado. Es en estas escalas de grises, que las neurodivergencias ofrecen y afianzan, donde lo bi se abre camino y construye un hogar.

Las neurodivergencias fracturan las expectativas

de productividad, rendimiento y utilidad. Además, tensionan las expectativas de reproductividad y cuidados tradicionalmente asignadas a las personas categorizadas como mujeres. Muchas personas neurodivergentes no podemos (ni queremos) sostener una jornada laboral completa, trabajar para otras personas cumpliendo sus expectativas y ritmos o simplemente trabajar y, por otro lado, muches de nosotres tampoco podemos (ni queremos) sostener las obligaciones reproductivas (socialmente impuestas y estructuradas por género) de tener hijes y de sostener logística y emocionalmente la familia y el hogar. Nuestros cerebros, socialmente discapacitados y "poco funcionales" a ojos de la lógica productivista del sistema, incumplen habitualmente la obligación de producir, rendir y ajustarse a las expectativas sociales, y al hacerlo también desestabilizan las normas de género sobre las que se asientan estas expectativas, pues los sistemas capitalista, colonial y patriarcal están estrechamente relacionados y se entrecruzan y mezclan de forma inseparable. Así pues, si eres un hombre poco productivo se consideran mermadas tu masculinidad y tu heterosexualidad, del mismo modo que eres "menos mujer" si no te reproduces y cuidas tu hogar y tu familia. De este modo, la disidencia neurodivergente no solo desordena el campo de la capacidad y la productividad, sino que arrastra consigo las normas del género y el deseo y la estructura de la familia tradicio-

nal que se sostienen sobre esta misma lógica de utilidad. Con ello, ser neurodivergente, a ojos del sistema, es ser menos productive, pero también menos cisheteronormative. Este empuje, una vez más, de las personas neurodivergentes hacia los márgenes es el que nos acerca, a su vez, a reconocernos como personas queer.

Algo muy similar a esto ocurre con lo bi, que también tensiona las expectativas sobre el deseo, los vínculos y la familia, ampliando sus posibilidades, y encarna la fluidez y la apertura frente a un sistema que se sostiene sobre definiciones cerradas y estables. A su vez, lo bi saca a la luz las fisuras del sistema de control del deseo y, con ello, desestabiliza también los sistemas de ordenación del género. En este camino de desafiar las normas del género y la estructura de la familia tradicional, inevitablemente, lo bi también hace tambalear la lógica de la productividad, pues la estructura familiar tradicional es una pieza necesaria para sostener los ritmos productivos y reproductivos del capital.

Con ello, las neurodivergencias y lo bi traspasan los límites de las normas de género y productividad, encontrándose en un espacio liminal donde se reconocen y entrelazan. Allí construyen alianzas y tejen redes de apoyo y encuentro. Nos invito a habitar las grietas, los lugares donde la identidad no es fija, la experiencia no es lineal y el deseo no es domesticable.

Carmen Rojas. Intérprete y creadora. Carmen comienza su formación profesional como bailarina, estudiando la carrera de danza en la especialidad de Flamenco, en el Conservatorio Reina Sofía de Granada. Posteriormente estudia Interpretación Textual en la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid. Actualmente realiza el MA en Filosofía para Retos Contemporáneos (UOC). Su línea de investigación como creadora tiene origen en el colapso de lo corpóreo causado por el trauma. Su tesis principal se basa en la afirmación de que nos han hecho habitar nuestros cuerpos de formas que amenazan su propia materialidad. *Las almejas que hablan* es su primera creación y dramaturgia. La pieza muestra la convergencia de su investigación basada en el cuerpo y su interés por desarrollar una estética feminista con el "queer camp". Esta pieza se estrenó en el Teatro Pradillo en junio de 2024. Recientemente ha formado parte del 38º Certamen Coreográfico de Madrid en Condeduque (del 4 al 8 de diciembre de 2024), siendo finalista y obteniendo varios premios y residencias. En 2025 estrena el ensayo escénico escrito junto a Sara Torres *Pulsión de dulzura*.

Sara Torres centra su trabajo teóricocreativo en el análisis del deseo, el cuerpo y el discurso a través de un aparato crítico feminista e interdisciplinar que entrelaza el psicoanálisis, los nuevos materialismos y los estudios queer. Su novela *Lo que hay* (Reservoir Books, 2022) fue seleccionada como uno de los mejores debuts del año según *El Cultural* y recibió el Premio Javier Morote a la mejor autora revelación. Doctora por la Universidad Queen Mary de Londres, su tesis lleva por título: *The Lesbian Text: Fetish, Fantasy and Queer Becomings* (El texto lesbiano. Fetiche, fantasía y devenires queer). Su primer libro, *La otra genealogía*, ganó el Premio Nacional de Poesía Gloria Fuertes. Ha publicado también los poemarios *Conjuros y cantos*, *Phantasmagoria*, *El ritual del baño* y el más reciente *Deseo de perro*. Su segunda novela es *La seducción* (Reservoir Books, 2024). Tiene un espacio en *elDiario.es* donde escribe regularmente.


CARMEN
ROJAS
Y
SARA
TORRES

ALIANZADAS

Carmen Rojas y Sara Torres

Somos aliadas también en esto. ¿Quién es quien escribe? Dos que juntas no buscan contradecirse para hablar de lo que desean, lo que temen. Decimos: la diferencia otorga complejidad, no contradicción. Decimos: yo no conozco conclusión en aquello que moviliza mi deseo. Elijo convivir sin dar definición a fuerzas que son efectos del poder y potencias de la materia. Elijo amar el secreto, el propio, el de la otra y aun así mi genealogía es la de Safo, esa justamente es mi impronta, mi lenguaje y mi camino político.

Un texto de voces que se entremezclan para que las líneas de identidad se emborronen y aparezca disponible un espacio donde representar la tensión de lo afectivo, lo represivo, lo sexual. ¿Quiénes éramos cuando tú y yo empezamos a escribir esto? ¿Y quiénes somos ahora, varios meses después?

Estas líneas proponen muchos puntos de partida para una conversación que no puede ni debe concluirse. Hablar de lo que se está haciendo. Hablar por nosotras, no por ellas. Y aun así nuestras vidas todas atravesadas por el poder, por el hambre, por la sed de dulzura, de belleza.

Pasión por la otra

¿Qué es amar a una mujer*[1]?, ¿cómo es posible desear un cuerpo de esta forma teniéndolo al lado?, ¿dónde quedan las teorías que dicen que para sentir ardor es necesario el obstáculo, la triangulación y la distancia?

Era más sencillo de lo que pensaban, la mera mortalidad triangula. La mortalidad y el tiempo como obstáculo de los amores plenos y de los sabios, sobre todo de los amores buenos, de los posibles. *Desiderium* "fuera de las estrellas", desear "cesar de ver", buscar, por tanto. Busco lo que está a mi lado, porque ni siquiera en la cercanía más suave puedo verla del todo. Está fuera con las estrellas y dentro, conmigo en su cama.

Triangula la mortalidad y todo el respeto que siento hacia tu belleza. Durante unos segundos la observo fingiendo que también me concentro frente a una pantalla. Ella mira su ordenador, la veo de reojo, pienso en el próximo momento donde sí nos encontraremos de frente. Cuando no estamos solas... Cuando hablamos

[1] Asterisco, mujer: una posición en la fantasía, una posición en la representación, en la escena del deseo.

con otras personas... Entonces la miro, aquí-lejos, inalcanzable cierto gesto que sin embargo confío recuperar.

Sin angustia: sé que puede reencontrarse, rehacerse. En lo inconsciente siempre sé que ambas recorremos una y otra vez los caminos de lo real en la dirección de las amantes.

Desiderium, antes de ti no entendía, amar a una mujer* ha de ser la posibilidad de esta abundancia sin forzar la experiencia de la falta. En lo doméstico, este exceso absoluto en las tardes más tranquilas, este absolutamente todo lo que anhelo en la vida está aquí conmigo, en esta inteligencia, la delicadeza, en este modo de relacionarnos, en el hambre, cada día más ancha, más verdadera. Quiero ensancharme para tragarla, metérmela entera y luego devolverla al mundo intacta. Quiero aprender a follarla cada día quiero vestirla de reina ponernos en pijama llenar nuestra historia de joyas escribir todos los libros pisar con los pies desnudos el jardín de nuestra casa.

Miedo a la otra

Bifobia: miedo a la otra, ¿qué tememos en la otra que no somos capaces de enunciar?

Tomar *respons-habilidad* aquí. Es decir, tomar honestidad. La honestidad es una posición del cuerpo, de la mente, del habla: ¿Qué tememos en la otra que no somos capaces de enunciar? Aquello enterrado en la voz interna, que pulsa por debajo en las paredes de las conversaciones políticas, las determina, pero no llega a salir a la voz.

Bifobia: Tememos que un detalle en su forma de mirarnos, de gozar con nosotras, confirme que "falta algo". Esto es todo lo que el pensamiento heterosexual nos enseñó sin tener nunca que estudiarlo: la mujer es la falta, dos mujeres un vacío.

Chavela, entre hombres mexicanos, seducía más, bebía más, tenía cerca de la mano su pistola. La tensión constante de una batalla contra el miedo de no ser.

La amante lesbiana que ama más, folla más, entrega más: ¿Hasta qué punto la artesanía —el aprendizaje, las capacidades— de mi sexualidad es también la expresión de mi lucha contra la idea de una falta?

Amante lesbiana que se especializa, sublima sus prácticas, convierte su vida en un pulso contra una huella del sistema heterosexual que se ha cristalizado en su inconsciente.

Algunas veces con su sospecha, su neurosis, la lesbiana trae más la norma a la relación de lo que lo hace su amante a quien teme.

Bifobia: Imaginamos a la otra como aquella que introduce en nuestra intimidad un sistema de valoración externo, el sistema heterosexual, ¿pero acaso este abandonó alguna vez la intimidad de nuestro inconsciente? Si la otra tiene el poder de activarlo es porque ya existe, el miedo a no ser, a no tener, activo y enterrado.

Miedo a ella que activa el miedo a no ser, a no tener lo que en términos patriarcales se debe ser y tener para poder estar con una "mujer". ¿Una mujer? Miedo al miedo de llegar a la sexualidad con una falta como punto de partida.

Miedo a su criterio. A un criterio quizás nunca pronunciado por ella, pero sospechado, alucinado. Una escena posible donde ella establece una comparación, y en la gramática patriarcal, nuestro lugar es la carencia. Algo que intenta ser y que se queda en un gesto teatral, algo que es por pura voluntad y no por "naturaleza". Así lo estructura la heterosexualidad obligatoria.

La gramática del falo heterosexual produce un miedo central: miedo a la castración. Produce a la "mujer" como fantasía aspiracional. Desear el encuentro con esta fantasía en el propio cuerpo, o en el de las otras, es también sufrir la lógica del binarismo bélico: perder o ganar una mujer. Un espacio simbólico donde, ante la posibilidad de ganar, correr el riesgo insoportable de perder. ¿No les ocurre a ellos también?

Bifobia: Tener miedo al miedo a la castración. Miedo a otra que pueda confirmar nuestra falta. Que la sospecha que el sistema instauró en nosotras quede confirmada: "no hay sexualidad posible".

Miedo a querer preguntarle compulsivamente a la otra, ¿echas de menos algo al estar ahora con una "mujer"?, ¿echas de menos algo en esta fiesta de lo que ha sido llamado "antinatural"? Miedo a que esta pregunta, articulada en términos generales, solamente se preocupe ansiosamente por un elemento diferencial que significa la diferencia sexual desde el heteropatriarcado. El elemento que en la gramática de la heterosexualidad obligatoria divide los cuerpos entre castrados y no, carentes y no.

¿Y los cuerpos carentes? La gramática de la heterosexualidad obligatoria indica que han de juntarse con aquellos no castrados, para de algún modo servir-

los y complementar así su falta. Dicen que servir a los otros es servir "a la naturaleza" y al hacerlo servirse a "una misma".

Bifobia: Buscar ansiosamente un afuera de la cultura patriarcal. Buscar estar a "salvo" en un contexto histórico donde ese lugar a salvo es principalmente un lugar en la imaginación.

Bifobia: Fantasía de protección en la idea de reposar junto a aquellas que no amaron la heterosexualidad. Pensar que de ese modo tendremos una pequeña cabaña en la que estar protegidas de la violencia de la castración, de la idea de que algo nos falta. Pero estar a salvo del fantasma, de la idea, de la voz interna, ¿es posible?

Tengo mucho miedo de no ser suficiente para ti. Temo que la historia y no el cuerpo haya marcado entre nosotras una distancia. Temo que esa distancia tenga la estructura del trauma y del susto, de la desposesión. Tengo toda la fuerza de mi vida para ser tu amante. Tengo el sentido, la amistad con el exceso y el vacío, la calma, la fuerza, el ardor, la adoración.

Gracias, lo siento, mi amor. Protegernos del miedo

a la insuficiencia. ¿No es necesario para ello reconocerlo? Compensar el miedo con pasión, con dulzura, no con discurso, no con identidad.

Con tu inteligencia, dime una palabra que me consuele.

El tercer lugar de las amantes como práctica de resistencia simbólica

Me envías una foto, un mensaje, otra foto que se alarga en sus gestos, un cuerpo desnudo, un par de movimientos.

Si algo pudiese decir de esto con la voz en alto con la boca abierta no podría sin la certeza de que la vibración del sonido cayese de golpe en lo que se me es mostrado por ahora solo puedo observarlo inmóvil mientras me miran en la cocina. Toda una fuerza de palpitaciones me persigue como el presagio del rayo empieza en lo hondo repta dentro ahora tendría que correrme pero nada me toca solo esta sensación de estar dispuesta a que me atraviesen tus imágenes en cualquier momento con voluntad el impacto no poder hacer nada me hace sentir completamente entregada a tu amor. Acercaría con el gesto de la boca abierta que no busca decir despacio esperaría a que cayese

la primera gota entonces comenzaría: deslizar la lengua entre tus labios entre todos tus pares de labios rozar soplar desesperar hasta el momento de la entrada oscilar la lengua dentro de algo de ti tenaz respirarte cerca engullirme los dedos prometer cuando yo entre tú me bañarás acercaría la boca y esperaría a que cayese la primera gota ahora entender el funcionamiento de tus nudillos el meñique separa la ropa lo sujeta el pulgar introduces el de la joya y lo mueves paciente el coño se me dilata yo intento contraerlo golpes secos que lo mantengan firme vuelvo a abrir la primera imagen vuelvo a empezar.

Quedan días para verte escribes con tus dedos: "Ya voy niña Preciosa, ya casi estoy".

Amor socorro por favor escríbeme. No paro de alucinar tus dedos escribiéndome. Pensar en tu habitación y encontrarte escribiéndome. Todo lo que no es hablar contigo se me hace pesado. Mirarte no apartar la vista de tus gestos. No deseo algo que sea sin ti. El pecho me late rápido, no paro de alucinar, imaginarte apartándote de un grupo de gente, corriendo al baño, guardando el móvil en el bolsillo, echándote a un lado para escribirme. En la espera el arrebato y un cisne de cristal frágil que tiene la suficiente mo-

vilidad para alargar el cuello y asomarme a ver si me escribes, lo hago mientras hablo con mi hermana, me invento excusas para mirar el móvil, digo que tendré que mirar los billetes de tren, que espero un correo, que me apetece saber cuál es el tiempo de maduración del membrillo. Te busco mientras ensayo, mientras compro pan y mientras deshago la cama. Compré una sábana bajera más suave de color papilla. Cuando el cisne se paraliza, encoge el cuello, no quiero hacer un movimiento más sin que tú me mires. Me niego a moverme. Ya he colocado las sábanas he limpiado mi habitación he hecho lo que tengo que hacer para cuando vengas, pero todos los intentos de ser esa persona con una habitación que la "defina" me dan igual si no me contestas. Un cisne de cristal todavía más una adolescente que mira compulsivamente el móvil esperando encontrar justo lo que quiere, la campesina que con hambre regresa y espera su plato caliente y hecho, la perra atenta al movimiento de una mano que guarda alimento. Todo tiene que ver con ser voraz. No sentir pudor a mostrar la voracidad la que tú tienes también de golpe.

Loba de plata que sabe no ser delicada.

Sara me gustas sucia.

Me gustas bruta altiva tajante.

Me gustas grosera ignorante.

Me gustas enferma y esto no es una metáfora. Odiaría ver que son otras las que te cuidan.

Me gustas confusa latente.

Me gustas torpe deshecha desconsolada.

Me gustas en el suelo llena de líquido y doliente con amargura me gustas.

Me gustas con angustia créeme sé moverme entre lo que aflije.

Contéstame.

No quiero hacer nada. No quiero estar tranquila, no quiero ser independiente no quiero hacer nada que me aleje de padecer esta pasión que siento por ti.

No va a terminar.

La entrega.

Me pronuncio hacia adentro: confía.

No tienes que ser paciente, pero confía.

Mañana no comeremos como pájaros, una a una las migas, mañana será abrupto, mañana cenaremos intransigentes. Mañana cenaremos como las zorras.

“Tráete a ti misma entre las manos. Para entregarte

suave, denso, fácil. Como si al acercarte tú misma te dejases caer. Desde la rama más alta del árbol. No la manzana inalcanzable de Safo. Sino el fruto maduro que desea desasirse. Y con su deseo causa un estruendo. Como lo está causando el mío por ti".

Te leo, descanso. Lenta, sosegada, caliente, madura, lista para caer, para cederme a ti, para ser dócil también, para demostrarte que mi rebeldía no es la de asustarme cuando piden, ni la de no dar aquello que quieren de mí.

No me intimida este exceso, pediste una palabra de consuelo. Te cuento la abundancia, el desbordamiento. Algo más. No intentemos organizar la esperanza, cuando esta nos ensancha.

Me propusiste que escribiéramos este artículo juntas cuando empezamos a conocernos. Cuando empezamos a conocernos nos acercamos caminando largo desde dos tiempos distintos. Algo se transformó. Puedo dar cuenta de la transformación.

Estamos juntas en esto, pienso, te miro de frente, te observo de reojo, tu miedo es uno que solo se permite en pequeñas dosis, pues un poco más allá dejará

de ser deseo y se convertirá en parálisis. Lo que nos une es el movimiento, una hacia la otra y en el mundo.

¿Qué ocurrió entre nosotras? ¿Qué de entre nosotras facilitó un cambio de paradigma en lo sensible, en lo simbólico?

¿Qué se hace con la rabia que genera no haber podido pasar tu adolescencia entre Amigas a las que mirar sin la vergüenza de que se escape una mirada demasiado sostenida?

Yo desearía haber estado con chicas como tú, toda la vida, desde hace veinte años. Estoy segura de que mi deseo sería el mismo que ahora, estoy segura de que mi hambre hubiese sido la misma. Digo lesbiana y se me llena la boca. Te digo que entiendo, que amo, que ya antes entendía, amaba.

Estoy sentada en el salón de casa, mis brazos sobre el mantel todavía sin manchas de café. La habitación está especialmente amarilla, algunas flores hoy naranjas. Una sombra se alarga en diagonal hasta manchar el extremo en la mesa. Un jarrón, el agua está líquida y turbia en la base, más al centro se condensa en gotas. Estoy sola en la casa compartida, miro con decisión al

frente y sin querer me escucho diciendo: “Vivir cerca de ella y de la imaginación que se abrió para mirar entre todo lo cotidiano fue la experiencia más lúcida de mi vida. Siempre amanecía suave”. Como cuando tenía unos siete años e improvisaba que alguien de mi familia marchaba lejos de viaje, o como cuando imaginaba que mi abuela moriría. Entonces realizaba un monólogo de despedida, me encerraba en mi despensa, elegía un par de cajas de galletas y comenzaba.

“Siempre amanecía suave”. Lloro, sonrío, me imagino con una larga melena blanca, introduciendo la mano en el cabello para engancharlo tras las orejas y chupándome los labios como sueles hacerlo tú. Me parece fascinante poder seguir replicando el movimiento, accediendo al movimiento de tu cuerpo cuarenta años más tarde. ¿Qué gestos se imprimirán en este cuerpo y quedarán de forma irreversible para siempre? Recorro con la mirada una pared vacía, marcada por agujeros de cuadros, y encuentro mis ojos hinchados en un espejo que acabamos de colgar. Me miro como quien quiere ver algo que no está, como queriendo ver qué estaré pensando en veinte, treinta o setenta años. Me miro sin entender si existe otra yo más allá de ahora. Me miro sin entender si algún día volveré a vivir esta abundancia.

[El pan, el pasto y todas las cosas deliciosas que me entregas y aun así, llena, pero no saciada, tengo espacio para más hambre].

Granada, Barcelona, Madrid 6 junio 2025

Elisa Coll se dedica a escribir, comunicar y navegar lo multidisciplinar. Es autora de la obra de teatro *GLORIA* (2024) y de los libros *Nosotras vinimos tarde* (2023) y *Resistencia bisexual* (2021), y ha participado en *(h)amor*[9] *amigas* (2024). También has podido leer sus textos en *elDiario.es*, *Vice*, *Vanity Fair*, *El Salto* y *Filmin*, y cada mes escribe en su propia sección en *Pikara Magazine*. Fue una de las organizadoras de las ConBivencias (I y II Jornadas Estatales Autogestionadas sobre Bisexualidad), que tuvieron lugar en 2022 y 2023.


ELISA
COLL

EPÍLOGO
Utopía bi
Elisa Coll

Soñamos que era real y lo hicimos real.

Sayre Domínguez
*Manifiesto para un apocalipsis bi**

Parte I. La pena

Quiero ser honesta. La tarea de escribir sobre una utopía bisexual me entristece. Noto la pena en mis dedos ralentizados que no saben bien qué teclas pulsar, trepando como una hiedra alrededor de mi esternón. Quiero ser honesta, quiero desgranar esta pena con cuidado, lavarla bien y colocarla suavemente sobre la repisa de una ventana en la que dé el sol. Recuerdo aquella frase. "Esta es la década, Eli, es la década de la bisexualidad", lleva Cris Lizarraga diciéndome desde 2020. Y tiene razón, como siempre. He tenido la inmensa fortuna de estar ahí, verlo todo, ser parte de ello: encuentros, acciones de calle, textos, libros, colectivos, asambleas, actos institucionales. Como disidencia y en el marco del estado español, creo que podemos decir tranquilamente que, en los últimos años, lo bi ha vivido hitos históricos: la traducción de la obra de Shiri Eisner, el primer encuentro de un ministerio con personas bisexuales o las ConBivencias (Jornadas Estatales Autogestionadas sobre Bisexualidad). De nuevo: qué inmensa fortuna ser parte de ello, haberlo vivido.

Siento una pena honda porque veo que esta fiesta increíble, esta explosión preciosa de comunidad y politización de estos últimos años, existe aún en burbujas muy concretas. Es una fiesta, sí, pero a puerta cerrada, porque creo que desde fuera todavía no hay muchas ganas de entrar. O más bien: siento que sí, que tal vez en algún momento se entró, se escuchó, se hizo *check* y hasta aquí hemos llegado. Siguiente fiesta. Un asalto esporádico al altavoz antes de volver a algo que no es lo de siempre, porque no puede serlo, pero que se le parece mucho. Cada vez más, tengo la sensación de que se nos devuelve, o se me devuelve, un mensaje de "bueno, ya habéis tenido vuestro momento, ya sabemos que existís, tampoco seáis pesadas". He visto vídeos, textos, cada vez más, con bromas veladas sobre lo victimistas que somos las personas bisexuales. Lo he presenciado en vivo y en directo, en conversaciones de bar y en mesas redondas a las que se me ha invitado. Que tampoco es para tanto, que sí, que ya tenéis un sitio en la mesa, ahora dejadnos seguir con lo importante. Tras estas salidas al mundo exterior, volver a la fiesta se me hace agridulce. Noto que ya no tengo tantas ganas de bailar. Me siento en un lado, donde ya hay algunas más sentadas con la misma pena en la mirada que yo. Escribo sobre esto y noto lo abismal de esta pena, el silencio pesado de las aguas profundas. Escribo, por fin, sobre esto, porque creo que sabes de qué pena te hablo.

Las palabras generan emociones que van transformándose según el uso que les damos. Lo hemos visto con "cuidados", "vínculos", "ternura": el hartazgo creciendo como hierbajos por ese barranco que separa el mundo ideal que estas palabras proyectan de la realidad que somos capaces de construir. Esto ocurre porque los puentes entre la imaginación política y la realidad material no pueden estar hechos solo de palabras. Con "bifobia" creo que lo estamos intentando, pero a veces no sale bien. La palabra "bifobia", como ocurre a todas las palabras usadas para designar una violencia estructural, cubre un abanico amplísimo de escenarios: puede haber bifobia en un silencio, en una broma de mal gusto, en una agresión física, en un feminicidio. Pero cuánto hablamos de bromas de mal gusto bífobas y cuánto de agresiones físicas bífobas. Cuando la bifobia escala a un punto que socialmente consideramos grave, se deja de hablar de bifobia y automáticamente se interpela al machismo, a la lesbofobia o a cualquier otra violencia validada como capaz de respaldar una agresión atroz. Digo "se deja" porque me incluyo: callo por miedo a devolver esa imagen, la pesada que quiere el micrófono, la que aprovecha una desgracia para hacer política de otra cosa. Ese miedo está enraizado en la noción común de que la bifobia no es una violencia de verdad. Que no tiene consecuencias materiales. Que no tiene nada que ver con un cuerpo enfermo, golpeado, apartado o hambriento.

Nada existe fuera de su contexto. No creo que sea casualidad que, en la escalada progresiva de popularidad del fascismo y movimientos TERF que hemos vivido en los últimos años, la bifobia vuelva a ser despreciada como algo inexistente o poco relevante. El fascismo y lo TERF tienen un pilar básico en común: el esencialismo de género. El destino marcado por el supuesto binarismo biológico. El mandato que subyace bajo la idea de que como mujer deberías hacerle la cena a tu marido es el mismo que respalda la inexistencia de las mujeres trans. Y en este contexto no existen medias tintas, no existen las excepciones ni los pies de página. El binarismo sostiene el género, pero también todo lo que se ve afectado por el género. Y a veces, ese binarismo se cuela también en nuestras lógicas: el opresor es uno y únicamente su opuesto es el oprimido. Lo que no sepamos clasificar es en realidad un subtipo de alguno de los dos, una nota al pie de página. La bifobia, por tanto, pasa a ser un anexo de cualquier otra violencia que sí se considera como tal, y mientras tanto sigue atravesándonos en toda su estructura.

Después de todos estos años de esfuerzos, la pena me hunde el cuerpo sobre la silla porque cada vez es más palpable la sensación de que, fuera de esta fiesta, a menudo se nos sigue viendo como una nota al pie de página.

Parte II. El entusiasmo

Cuando le pregunté a mi amiga A, tras un largo y complicado proceso médico marcado por el miedo a recibir bifobia y acefobia sanitaria, si había salido del armario con su familia a raíz de ello, me dijo que no. Me dijo que no tenía ganas de educar, que ella tampoco lo había ocultado nunca. Que ella lo que quería era un mundo en el que no hiciera falta siquiera decirlo. Que ser bi, o asexual, en una sociedad libre, no importaría.

Pero hoy no vivimos en esa sociedad y, para que deje de importar en el futuro, tiene que importar ahora.

Coloco esta convicción junto al pensamiento —que cada vez me asalta más a menudo— de que tal vez sería mejor si no me (nos) importara tanto. Nos ahorraríamos disgustos, decepciones, silencios abatidos, ansiedad. La tentación de caer en el desencanto pesimista forcejea con la certeza de que está mereciendo la pena y de que merecerá la pena. Creo que esta cuestión atraviesa también otros movimientos que veo a mi alrededor o que me atraviesan, incluido el feminista. Pero pienso en nosotres, hace cinco, diez, quince años y lo veo cristalino. Ante esta duda elles se nos abalanzarían encima, nos zarandearían los hombros: "¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Es que quieres que nos quedemos aquí para siempre? Llévanos allí contigo". Y tendrían razón.

Si nos deja de importar en algún momento, me gustaría que fuera porque ya no es necesario que importe, no porque nos hayamos conformado con una existencia a la sombra. Nos imagino agrietando un cascarón que ya ha cumplido su cometido, deslizándonos fuera, hacia el sol, corriendo hacia les demás para abrazarnos y por el camino pisar sin darnos cuenta todas las pancartas, las actas de asamblea, los libros. Luego los guardaríamos con cariño, pero primero habría que sentir el alivio explosivo de soltarlos por fin, reconociendo que no solo nos sostuvieron, sino que también fue un esfuerzo colectivo sostenerlos.

La primavera pasada, el grupo de punk Biznaga sacó un tema que arrancaba con la frase "Cuando el desencanto es tradición, el entusiasmo es una disidencia". La escuché por primera vez caminando por Granada, tras una mesa redonda sobre diversidad en la que ocurrió algo que me ocurre a menudo en este tipo de actividades: el progresivo asombro del resto de compañeras de mesa al ver que gran parte de las intervenciones del público eran preguntas relacionadas con bisexualidad y la bifobia. Tiene un punto divertido esa subestimación de lo que crece bajo nuestras narices, porque aunque no le prestemos atención, crece. Todas aquellas preguntas, la sorpresa que habían ido trazando en los rostros junto a mí que hasta entonces no habían sido conscientes de la dimensión del asunto y el atardecer granaíno cayendo de refilón

sobre las calles de piedra pobladas de flores me devolvieron, durante un rato, el entusiasmo.

No me preocupa que sigamos teniendo preguntas, mientras sigamos atreviéndonos a ponerles voz. Ya es mucho más de lo que podíamos decir hace unos años.

Es más fácil el desencanto, eso está claro. Tal vez no a la hora de habitarlo, pero sí es más sencillo cuando sabes lo que tienes que hacer: nada. El desencanto, igual que el cinismo o el escepticismo, son atalayas desde las que contemplar al resto de personas que siguen intentándolo. El cinismo se escuda en la idea de que lo acertado, lo inteligente, es asumir la imposibilidad del cambio y eso requiere una mirada condescendiente a quien se niega a asumirlo. Pero no es lo mismo el cinismo que el cansancio. Me gustaría pensar que podemos detenernos, descansar, apartarnos durante el tiempo que necesitemos de los discursos o los activismos e incluso recalibrar nuestra implicación en todo esto, sin que eso suponga caer en la desesperanza. Me gustaría abrazar esta pena sin que eso suponga perder la certeza de que sí: aunque no siempre lo veamos, las cosas están cambiando.

Quizá la utopía bi se parece más a un paso lento, pero firme, que a un acelerón al que se le acaba rápidamente el fuelle.

Parte III. La memoria/El sueño

Dice Sayre Domínguez en su *Manifiesto para un apocalipsis bi**: "Todo esto lo hicimos soñando. Soñamos que era real. Soñamos con que éramos capaces de eso y de mucho más. Soñamos con que muchas y muches ya lo habían hecho antes, aunque no hubiéramos visto esos registros de sus luchas".

Porque fueron somos, decimos. Algo de mirar al pasado nos empuja a caminar con algo más de convicción hacia el futuro, aunque a veces se nos cuela ese intento colonial de ver el tiempo como una línea recta hacia el mal llamado progreso. La relación pasado-futuro, en cualquier caso, la tenemos clara. No ocurre lo mismo con la relación entre lo conseguido (ya confirmado como posible) y lo aún por conseguir (existente solo en la imaginación). Reconocemos la importancia de los logros alcanzados sin otorgarle esa misma importancia a la imaginación o los sueños, y sin embargo es un hecho que en nuestro cerebro es precisamente durante el sueño cuando la memoria se consolida. La fase REM, aquella en la que experimentamos los sueños más vívidos, es la misma en la que la memoria queda fijada en nuestra mente para acompañarnos a largo plazo.

Recordar y soñar habitan el mismo espacio en nuestro cuerpo. ¿Por qué no habrían de habitarlo también en nuestras comunidades?

De mi recorrido dentro de las redes de activismo

autogestionado, el hito del que estoy más orgullosa es de haber soñado, planeado y materializado las ConBivencias. Las I y II Jornadas Estatales Autogestionadas sobre Bisexualidad, realizadas con la ayuda de colectivos en 2022 y 2023 respectivamente, no fueron perfectas. Tampoco era esa la pretensión: cometimos errores, no llegamos a todo lo que nos habría gustado, enfocamos asuntos de una manera que hoy enfocaríamos de otra. Y aun con todo, me siento orgullosísima del esfuerzo titánico que hicimos para sacar adelante algo que teníamos cero garantías de que fuera a salir bien. El miedo a estamparnos no ganó el pulso a esa intuición interna que nos decía que sí, que sí. Si tuviera que poner un ejemplo de espacio en el que cohabitaron sueños y memoria, diría que fueron aquellos días. Es difícil explicar la belleza de todo lo que salió de esa combinación, pero creo que lo más importante fueron los pequeños núcleos de comunidades bi por toda la península. Esa red estatal que tanto nos había faltado empezaba a mapearse. El sueño se posaba lentamente sobre la realidad. Ahora que ese sueño se ha convertido en memoria, vuelvo allí como a un lugar donde existe una verdad más fuerte que la pena, que el desencanto e incluso que el mismo entusiasmo.

Cuando no hay impulso para imaginar un futuro, es importante recordar que ese impulso siempre estará en algún lugar del pasado, no muy lejos de aquí.

Un manifiesto es una declaración de intenciones. Me gustaría que este fuera, también, una pequeña brújula para cuando no sepamos hacia dónde caminar o incluso cómo hacerlo. Las utopías no se llevan muy bien con la impaciencia. Tienen algo de confianza en un paso lento y a veces incierto, de abrazar la imperfección aceptando los baches. Cuando preparábamos las ConBivencias y nos paralizaba la angustia de haber hecho algo mal, nos decíamos les unes a les otres: "Si la pretensión era hacer algo perfecto, entonces no habríamos hecho nada". Esa es una de las lecciones más valiosas que me llevo del activismo bi. Mientras caminamos, nos vamos dando golpes. Es inevitable. Cómo no va a estar abollada y llena de raspones una utopía bi. Si esperamos una utopía impecable y resplandeciente, podemos esperar para siempre. A mí, ese tipo de utopía me da incluso un poquito de grima: qué agobio de utopía, una que no tiene hueco para los patinazos o las angustias. Lo que quiero decir, compañeres, amigues, es que todo esto es parte de un proceso que ya nos ha devuelto una existencia muchísimo más digna. Más libre. Esa utopía a la que nos dirigimos ya está pasando. Y a veces es solo cuestión de saber atraparla cuando aparece fugazmente, en la mirada de una desconocida que asiente, en una broma que ya puede hacerse porque será recogida, en una respuesta firme sin que te tiemble la voz.

Todo esto ya está pasando, dice Sayre, porque un día lo soñamos.

Espero que, mientras seguimos soñando, hagamos también por recordarlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

(Nota de les editores: Dado que en este libro colaboran una veintena de autorxs, hemos tratado de armonizar el método bibliográfico en la medida de lo posible. No obstante, algunes prefirieron incluir sus referencias en notas al pie y otres, en un listado aparte. En un ejercicio de respeto al ritmo de lectura que establecen estas decisiones y de abrazamiento pleno de nuestra proverbial indeterminación, abajo encontraréis las referencias de aquelles autores que han querido consignarlas aparte, mientras que el resto de referencias están repartidas al pie de las páginas de sus respectivos capítulos).

2. Bisexualidad: origen y desarrollo del término

Narella Catania

— Arnés, L., Correa, M. & Itoiz, J. (2019). "Genealogías bisexuales: recorridos posibles por la historia". En VV. AA., *Bisexualidades feministas. Contra-relatos desde una disidencia situada*. Buenos Aires: Madreselva.

— Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.

— Deleuze, G., Guattari, F. (1972). *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.

— Eichel, E., Gordon Muir, J. (1990). "The Kinsey Grand Scheme". En VV. AA., *Kinsey, Sex and Fraud. The Indroctination of a People*. Louisiana: Huntington House Publishers.

— Freud, S. (1905). "Tres ensayos de teoría sexual". En *Obras completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.

— Freud, S. (1920). "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". En *Obras completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

— Freud, S. (1923). "El yo y el ello". Capítulo 3. En *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

— Kinsey, A., Martin, C., Pomeroy, W. (1967 [1948]). *Conducta sexual del hombre*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.

— Kinsey, A. et al. (1967 [1953]). *Conducta sexual de la mujer*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.

— Meyerowitz, J. (2002). *How Sex Changed: A History of Transsexuality in the United States*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

— Sardá, A. (2019). "¿Bisexualidad, un disfraz de la homofobia internalizada?". En VV. AA., *Bisexualidades feministas. Contra-relatos desde una disidencia situada*. Buenos Aires: Madreselva.

— Tin, L.-G. (2012). *La invención de la cultura heterosexual*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

9. Un cuaderno de viaje *ene-bi*: Encuentros bisexuales y nobinarios

Alba Gálvez, Eme F. Velasco y Junio Gómez

— Amigo Ventureira, A. (2022). *Biciosas o la necesidad de queerizar lo queer*. Kaótica Libros.

— Bajorufián. (2024). "Metodología de la merienda: una contradefinición". En J. M. Garcés Cabanillas (coord.),

Matorralex, una ruralidad queer. Intercambios discursivos sobre identidades y prácticas disidentes, espacios liminales, folklores y acervo (p. 32-35). Holográfica Editorial.

— Coll, E. (2021). *Resistencia bisexual: mapas para una disidencia habitable*. Editorial Melusina.

— Corrales Devesa, A. (2025). "Femeninas y tramposas. Un llamado a la persistencia fem". En A. Corrales Devesa y L. Lloret Veciana, *Fems aquí! Pensar el transfeminismo desde lo fem/femme* (pp. 23-34). Editorial Avenate.

— Foucault, M. (1984 [1967]). "Des espaces autres". *Architecture/Mouvement/Continuité*, 1-9.

— Galiano, R. (2024). *Hacia el bicioso comunismo*. Viento Sur. https://vientosur.info/hacia-el-bicioso-comunismo/

— No Binaries España [@nobinaries_es] (2024, 2 de diciembre). *Estudio sobre las violencias que sufren las personas no binarias en España*. NO BINARIES Asociación de personas no binarias de España. https://tr.ee/zjNATTcHWC

— Trujillo, G. (2022). *El feminismo queer es para todo el mundo*. Catarata.

12. No cabemos en los márgenes del deseo: Bisexualidad y gordura

Aida Sunyol

— Álvarez, C. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista*. Trío editorial.

— Bowen, S. (2021). *Bad Fat Black Girl: Notes from a Trap Feminist*. HarperCollins.

— Butler, J. (2001). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidos Ibérica Ediciones S. A.

— Carty-Williams, C. (2019). *Queenie*. Gallery/Scout Press.

— Cerro, B., Hochman, T. Rietti, S. (Idea original, producción y dirección). (2018). *Gorda* [Serie de televisión]. UN3 TV.

— Coll, E. (2021). *Resistencia bisexual: mapas para una disidencia habitable*. Melusina.

— Conte, M.T. (2018). "More Fats, More Femmes: A Critical Examination of Fatphobia and Femmephobia on Grindr". *Feral Feminisms*, 7. https://feralfeminisms.com/more-fats-more-femmes/

— Contrera, L., Cuello, N. (2016). *Cuerpos sin patrones: resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Editorial Madreselva.

— Curiel, O. (2013). *La nación heterosexual: análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la denominación*. Brecha Lésbica.

— Eisner, S. (2013). *Bi: Apuntes para una revolución bisexual*. Descontrol.

— Gay, R. (2018). *Hambre: Memorias de mi cuerpo*. Capitán Swing Libros.

— Llamas Rutanen, L. (2024). *Cuerpos monstruosos. Activación archivística en Archivo Grueso*. Universitat Politècnica de València. https://riunet.upv.es/handle/10251/211326

— Oyirum [@oyirum]. [Perfil de Instagram]. Instagram. https://www.instagram.com/oyirum/

— Piñeyro, M. (2019). *10 gritos contra la gordofobia*. VERGARA.

— Piñeyro, M. (2016). *Stop gordofobia y las panzas subversas*. ZAMBRA-BALADRE.

— Ritchie, V. [verilybitchie]. (2010, 8 de agosto). Vídeos [canal de YouTube]. YouTube. https://www.youtube.com/@verilybitchie/videos

— Santos Luy, S., Hernández Gasca, F. (Presentadores). (2024, 30 de octubre). Ep. 02 - De Body Positive y Neutrality a la Resistencia Gorda (Núm. 2) [Episodio de pódcast de audio]. En *De crónicas gordas y panzas insumisas*.https://open.spotify.com/episode/4Hwuu1eI7zISpUHZVOLqhG?si=-s0czH6JQRiLcO0mgDGYSA

— Sañudo, A. [@brownsuugahh]. (s.f.). Oshun [Perfil de Instagram]. Instagram. https://www.instagram.com/brownsuugahh/

— Schmidt, A. M., Jubran, M., Salivar, E. G., & Brochu, P. M. (2022). "Couples Losing Kinship: A Systematic Review of Weight Stigma in Romantic Relationships". *Journal of Social Issues*, 79(1), 196-231. https://doi.org/10.1111/josi.12542

— Strings, S. (2019). *Fearing the Black Body: The Racial Origins of Fat Phobia*. NYU Press.

— Thompson, A. [Ok2BeFat]. (2021, 30 de mayo). We need to talk about Dudley Dursley- Harry Potter and Fatphobia [Vídeo]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=4AziZgoi3q0

— Yu, A. (2022, 12 de abril). *The unspoken weight-discrimination problem at work*. BBC. https://www.bbc.com/worklife/article/20220411-the-unspoken-weight-discrimination-problem-at-work

— Wilson, T. (2021, 2 de marzo). *Kelli's Role on Insecure… Or Lack Thereof*. The Curvy Fashionista. https://thecurvyfashionista.com/kellis-role-on-insecure-or-lack-thereof/

— Wittig, M. (2021). *El cuerpo lesbiano*. Editorial Pre-Textos.

13. Bi-crip: ¿Existen las personas con discapacidad bisexuales?

Artemisa Martínez

— A. Celorio, A. (2019). *Movimiento Queer-Crip: Nada sobre nosotras, sin nosotras*. Rebelión Feminista. https://rebelionfeminista.wordpress.com/2019/09/10/movimiento-queer-crip-nada-sobre-nosotras-sin-nosotras/

— A. Celorio, A. (2024). *Disca, loca y bruja: Vamos a quemarlo todo*. Wolfmans Creations.

— Álvarez Ramírez, G. E. (2023). *El capacitismo, estructura mental de exclusión de las personas con discapacidad*. CERMI. http://www.convenciondiscapacidad.es/wp-content/uploads/2023/02/el-capacitismo.pdf

— Bisexual Resource Center. (2023). *Bisexuality and Disability*. Bisexual Resource Center. https://biresource.org/bi-info/bisexuality-and-disability

— Equipo Técnico FELGTB. (2017). *Guía: Cómo decírselo a tu familia (Lectura fácil)*. Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Transexuales y Bisexuales. Adaptada a lectura fácil por Plena inclusión Canarias. https://www.plenainclusion.org/wp-content/uploads/2016/12/2017-Guia-Como-decirselo-a-tu-familia_LF.pdf

— Everritt, D. (2017, 6 de agosto). *Bisexual and Almost Bipedal*. Diary of a Disabled Person. https://diaryofadisabledperson.blog/2017/08/06/bisexual-and-almost-bipedal/

— Grupo Cooperativo Tangente. (2024). *La situación de las personas LGTBI+ con discapacidad en España*. Centro de Publicaciones de la Dirección General para la Igualdad Real y Efectiva de las Personas LGTBI+, Ministerio de Igualdad. https://www.lamoncloa.gob.es/serviciosdeprensa/notasprensa/igualdad/Documents/2025/Estudio%20%E2%80%98La%20situaci%C3%B3n%20de%20las%20personas%20LGTBI+%20con%20discapacidad%20en%20Espa%C3%B1a%E2%80%99.pdf

— Paredero, I., Gil D'Avolio, W., Rodríguez-Manzaneque García, M. (2024). *Estado del odio, estado LGTBI 2024*. Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Trans, Bisexuales, Intersexuales y más (FELGTBI+). https://felgtbi.org/wp-content/uploads/2024/08/Informe-DDOO_24.pdf

— Sheets, Z. (2024). "Coming Out Twice: Being Bisexual and Invisibly Disabled". *The Mighty*. https://themighty.com/topic/fibromyalgia/being-bisexual-and-invisibly-disabled/

— Soriano García, N., Peña García, P., Escortell Valls, P. (Coords.). (2017). *Diccionario de la Diversidad Sexual y de Género*. Plena inclusión Comunidad Valenciana. https://www.plenainclusion.org/wp-content/uploads/2017/01/00_DICCIONARIO-SEXUALIDAD-LECTURA-FACIL.pdf

— The Trevor Project. (2023). *The Mental Health of LGBTQ+ Young People with Disabilities*. https://www.thetrevorproject.org/wp-content/uploads/2023/11/The-Trevor-Project-Mental-Health-of-LGBTQ-Young-People-with-Disabilities-Report-Dec-2023.pdf

— Toft, A., Franklin, A., Langley, E. (2019). "Young disabled and LGBT+: negotiating identity". *Journal of LGBT Youth*, 16(5). https://www.researchgate.net/publication/330215400_Young_disabled_and_LGBT_negotiating_identity

— Triano, S. (2006). "Disability Pride". En G. L. Albrecht (Ed.), *Encyclopedia of Disability*, Vol. 5, p. 477. SAGE Publications, Inc. https://doi.org/10.4135/9781412950510.n241

14. Truenos compartidos, espacios liminales y algunos cangrejos:
Bisexualidad y no monogamias
María de Elena Amor

— Coll, E. (2021). *Resistencia bisexual: Mapas para una disidencia habitable*. Melusina.

— De Elena Amor, M., y Sáez Sesma, S. (2017). "El desarrollo de la orientación del deseo en relación con la erotofobia-erotofilia en una muestra de personas con orientaciones sexuales diversas". En M. A. Cabello García, F. J. del Río Olvera, F. Cabello-Santamaría (Eds.), *Avances en sexología clínica* (pp. 133-140). Málaga, España: Sotavento Editorial.

— Gusmano, B. (2018). "Coming Out Through an Intersectional Perspective: Narratives of Bisexuality and Polyamory in Italy". *Journal of Bisexuality*, 18(1), 15-34.

— Sheff, E. (2005). “Polyamorous Women, Sexual Subjectivity and Power”. *Journal of Contemporary Ethnography*. Vol. 34. No. 3. Sage Publications.

— TEDx Talks. (2013, 2 de diciembre). Rewriting the rules: Dr Meg Barker at TEDxBrighton [Vídeo]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=XUOQprqrxFg

16. Habitar la grieta:
Neurodivergencia bi
Zoe Garcia

— Dattaro, L. (2020, 18 de septiembre). *Gender and sexuality in autism, explained*. The Transmitter. https://www.thetransmitter.org/spectrum/gender-and-sexuality-in-autism-explained/?fspec=1

— Harker, S. (2022, 24 de agosto). *The Correlation Between Autism and Sexuality and Gender*. Organization for Autism Research. https://researchautism.org/blog/the-correlation-between-autism-and-sexuality-and-gender/

— Pecora, L. A., Hooley, M., Sperry, L., Mesibov, G. B., Stokes, M. A. (2020). “Sexual identity and orientation in autism spectrum disorder: A systematic review”. *Autism Research*, 13(9), 1516–1526. https://doi.org/10.1002/aur.2604

— University of Cambridge. (2021, octubre 6). Autistic individuals are more likely to be LGBTQ. University of Cambridge. https://www.cam.ac.uk/research/news/autistic-individuals-are-more-likely-to-be-lgbtq

Este libro se ha terminado en julio de 2025, y su primera edición se ha impreso en septiembre del mismo año.

